

ROQUE DALTON



EL SALVADOR EN LA REVOLUCIÓN CENTROAMERICANA

IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN
EN CENTROAMÉRICA

2

Roque Dalton nació el 14 de mayo de 1935 y fue asesinado el 10 de mayo de 1975 en San Salvador, El Salvador. Es, sin duda, uno de los intelectuales más interesantes y audaces del siglo XX en Centroamérica, por sus propuestas estéticas de ruptura y por su coherencia vital. Dalton, no obstante las reticencias de algunos de sus contemporáneos, se ha convertido en el escritor que más ha influido en las nuevas generaciones. Su amplia e intensa obra literaria aún se encuentra en fase de divulgación. Desde 1961 hasta 1973 (año en el que ingresó de forma clandestina a su país para integrarse al incipiente movimiento guerrillero) vivió en Cuba y en Checoslovaquia, y viajó a diversos lugares del mundo como México, Francia, Vietnam, Corea del Norte y Chile, estancias que están expresamente registradas en sus escritos. Su poesía, el género más conocido y difundido dentro de su creación literaria, lo ha legitimado como una de las voces más originales de América Latina. Sin embargo, su obra es de amplio espectro: *La ventana en el rostro* (poesía, 1961); *César Vallejo* (ensayo, 1963); *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); «¿Revolución en la revolución?» y *la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Caminando y cantando* (teatro, 1973); *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (poema-collage, 1974); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros títulos.

Imperialismo y revolución
en Centroamérica

2

El Salvador
en la revolución centroamericana

Roque Dalton

La Habana, 1972



una editorial latinoamericana

Diseño de la cubierta: Víctor MCM

Derechos © 2011 Herederos de Roque Dalton

Derechos © 2011 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921438-94-3

Library of Congress Control Number: 2009940536

Primera edición 2011

Impreso en México por Worldcolor Querétaro, S.A. de C.V.

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: 2ª Cerrada de Corola No. 17, Col. El Reloj, Coyoacán, CP 04640, México, D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: 52 (55) 5421 4165

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones S.A. • Tel: 011 4304 8961 • E-mail: info@cartago-ediciones.com.ar

Australia: Ocean Press • Tel: (61-3) 9372 2683 • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • www.pgcbooks.ca

Chile: Editorial La Vida es Hoy • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavicacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

Ecuador: Libri Mundi S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

Guatemala: ANGUADE • Tel: (502) 2254 0880 • Fax: (502) 2254 0097
• E-mail: sandino.asturias@ceg.org.gt, ceg@ceg.org.gt

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: arandura@hotmail.com

Perú: Ocean Sur Perú • Tel: 330 7122 • E-mail: oceansurperu@gmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Uruguay: Orbe Libros • E-mail: orbelibr@adinet.com.uy

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

Índice

Pórtico editorial, por Aurelio Alonso	VII
El Salvador, el istmo y la revolución	1
Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador	34
Notas	135

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



Pórtico editorial

El Salvador en la revolución centroamericana constituye el segundo volumen del estudio de Roque Dalton *Imperialismo y revolución en Centroamérica* que, aun inconcluso, contiene, como el anterior, miradas inéditas, elementos indispensables para la reflexión de hoy, volviendo la vista con pupila crítica a la historia reciente, al pasado revolucionario salvadoreño.

Cuando apunto «crítica», no lo hago solamente para caracterizar una cualidad genérica del ensayo, sino un componente central, preciso, puntual, que ni queda en lo abstracto ni se limita a ciertos detalles; al contrario: recorre con mucha coherencia —y sin medias tintas— problemas centrales del movimiento revolucionario de 1930, y de la década de los sesenta. El lector informado lo podrá constatar enseguida.

Este volumen está integrado por dos textos que no me atrevo a llamar «capítulos», a pesar de su evidente vinculación. El primero, más breve, escrito en 1969, lleva el título de «El Salvador, el istmo y la revolución». En él, con su estilo, siempre al grano sin rodeos, Roque nos coloca ante la insurrección dirigida por Farabundo Martí en 1932, identificada como «uno de los aconte-

cimientos claves en la historia contemporánea de América Latina, que permanece aún sin ser aprovechada por los revolucionarios del continente». Escasamente conocida y casi nunca aludida hasta que el movimiento revolucionario de los setenta revivió su legado, atribuye Roque su derrota a «errores de tipo militar y organizativo», en medio de una carnicería implacable orquestada por la que considera «la primera dictadura oligárquico-imperialista».

En efecto, las dictaduras precedentes, hasta la de Porfirio Díaz, en México, se asentaron sobre puntales oligárquicos, pero la presencia imperialista norteamericana aún no se hacía visible tras ellas como un componente orgánico en la medida en que lo sería, desde la primera mitad del siglo XX, después de la usurpación de la independencia cubana, con el clan Somoza en Nicaragua, Papa Doc en Haití o Trujillo en República Dominicana. En el caso de El Salvador esta triste condición de pionero correspondía a Maximiliano Hernández Martínez.

Roque nos recuerda que la represión del movimiento de 1932 cobró cerca de 30 000 vidas en menos de un mes, que «en El Salvador, en una estadística macabra, da la cifra de muerto y medio por kilómetro cuadrado». La insurrección derrotada, que fue también la primera frustración de un levantamiento orientado al socialismo en América Latina, había sido conducida por el recién creado Partido Comunista de El Salvador (PCS), que quedó propiamente desintegrado como estructura a partir del revés hasta su recomposición hacia mediados de los años cincuenta. Su introducción concluye polemizando con las observaciones críticas a un «foquismo» guerrillero, tan repetidas por los partidos comunistas a finales de los sesenta para descalificar la experiencia guerrillera del Che Guevara en Bolivia. Aduce Roque, frente a esta lectura simplista y reductiva, que «el foco es en la obra del Che un elemento importantísimo de una etapa en la guerra del pueblo y, en todo caso, una instancia táctica en el seno de una estrategia de la

lucha armada». Se detiene en el recuento crítico realizado por el dirigente comunista salvadoreño Alberto Gualán, en 1965, publicado entonces en la *Revista Internacional*, que editaban desde Praga los partidos comunistas con liderazgo soviético con motivo del trigésimo quinto aniversario del PCS. El artículo, que parece abrir una nueva perspectiva de valoración, sirve a Roque, que lo considera «el cuestionamiento más importante de la corriente conservadora que predomina en la dirección y en extensos sectores de las bases del partido», para dar paso a la suya propia.

Este primer trabajo cobra, sin proponérselo, carácter introductorio. Le sigue el ensayo que constituye el grueso de su análisis histórico-crítico, titulado «Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador». Es la alusión a la «contemporaneidad» la que nos advierte que estamos ante la parte inicial de un estudio pensado para ser completado con los saldos de la experiencia revolucionaria armada, en la cual el autor se incorporaba a la hora de interrumpirlo. El material se divide, a su vez, en tres epígrafes, de los cuales el primero constituye un esfuerzo coherente y documentado para la descripción de la estructura de explotación de la economía agraria salvadoreña.

El autor comienza por exponer el proceso a través del cual la gran burguesía local se posicionó como un núcleo monopolístico sobre la tierra, la industria, la banca y el comercio exterior, subordinado, desde sus orígenes, a los intereses imperialistas, sin trazas de lo que tradicionalmente definimos como burguesía nacional. Tal aspecto esencial también estaba presente en sus análisis del volumen que antecede a este —ya que evidentemente se trata de una característica de toda la región centroamericana— pero aquí recibe un tratamiento propiamente probatorio a partir de la explicación sintética de la estructura de clases dominante en El Salvador, y de las potencialidades y las limitaciones de las mismas.

En el siguiente epígrafe, que cuenta con el recurso de los valiosos recuentos testimoniales y las valoraciones de Miguel Mármol, con quien Roque convivió años en La Habana antes de partir a la guerrilla, se adentra más en una crítica balanceada y rigurosa de las miradas lastradas del PCS en los mismos años sesenta. Se refiere a «consecuencias permanentes» del «corte de veinte años en la existencia del PC» en El Salvador, y a «resabios de su origen, [...] de su historia fragmentada por el enemigo, y con su anticuado estilo de trabajo».

Roque regresa al texto antes citado de Alberto Gualán, que afirmaba que «para 1962-1964 aún subsistía el viejo mal: el Partido continuaba desligado del proceso de producción y no había podido reubicarse socialmente como un organismo congruente con la estructura de las masas trabajadoras». Igualmente afirma Roque, y lo destaca como la mayor debilidad de las organizaciones salvadoreñas, que el Partido «tampoco ha podido establecer [...] lazos importantes con el proletariado agrícola hasta la fecha».

La tercera parte comienza, significativamente, observando:

Hay preguntas que tienen la virtud de ser desencadenantes de una especie de alud de respuestas que, a su vez, abren el camino para otras preguntas cada vez más complejas. La pregunta sobre por qué el actual Partido Comunista de El Salvador no se ha planteado nunca su historia y, dentro de ella, particular y principalmente, la de la etapa 1930-1932 y la de los hechos de ese último año que llevaron a la destrucción del Partido y a la muerte de 30 000 trabajadores salvadoreños, es una de esas preguntas.

Roque se empeña a fondo en esta recapitulación crítica, para lo cual no vacila en rescatar experiencias de la tradición leniniana: «Cabe repensar y elaborar teóricamente el concepto leninista de “capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones de

masas suficientemente fuertes para hacer caer al viejo Gobierno” y a la luz de ese concepto cabe pasar a analizar los factores propios de la estructura de la clase obrera salvadoreña en 1931-1932, que nos darían la medida de su *capacidad*». Con estas perspectivas se adentra en la valoración de aquella configuración para desembocar en la crítica fundamentada del plan militar mismo de la insurrección. Me detengo a continuación en aspectos que considero sustantivos, con el propósito de no dejar estas líneas de prólogo como un simple enunciado genérico:

Se trataba de un plan insuficiente, apenas esquemático, que no cubría *todos los aspectos* —como lo exigía Lenin, frente a necesidades de este tipo— ni muchísimo menos, del problema planteado. Miguel Mármol mismo indica justamente que aquello no era un verdadero plan militar para una insurrección armada nacional. Y el «plan» mismo tenía un fallo fundamental: en caso de fracasar los asaltos a los cuarteles (como en realidad ocurrió) toda la insurrección se venía abajo, pues se volvía imposible armar al pueblo y dividir al Ejército. Todo lo demás dependía de aquellos éxitos iniciales, pero según los testigos y los estudiosos de uno y otro bando (Mármol, Schlesinger, general Calderón), ni siquiera las acciones aquellas, los asaltos a los cuarteles, obedecieron a un plan táctico preciso.

Oportuno es señalar que el autor no regatea reconocimiento a la valentía y a la decisión de los revolucionarios de entonces: «no fue problema de falta de coraje. [...] El problema, a nivel del PCS, es-tribaba en que como estructura orgánica y como fuerza directriz no tenía capacidad para resolver las tareas y los problemas de la etapa insurreccional que había decidido emprender». Es aquí, precisamente, donde distingue aquella experiencia salvadoreña de la insurrección bolchevique, de acuerdo con «el principal problema

instrumental: el problema de la organización militar, de la fuerza militar organizada».

Si se quiere buscar comparaciones históricas para los sucesos salvadoreños no hay que buscarlas en la Rusia de 1917 sino, en todo caso, en el París de 1871, el París de la Comuna. Ni siquiera en la historia nacional nos encontramos un caso tan agudo de desarmamiento orgánico de las masas populares para enfrentar un combate revolucionario; por el contrario, las dos grandes epopeyas armadas de masas que resaltan en nuestra tradición (la lucha de nuestros antepasados indígenas frente al conquistador español y la gesta de Anastasio Aquino a mediados del siglo XIX) muestran incluso una gran riqueza en la inventiva de formas de lucha hasta entonces desconocidas corrientemente para enfrentar a un enemigo superior en técnica y medios de combate, y exponen una eficiente labor organizativa político-militar, hablando en términos modernos. He aquí un problema de nuestra historia nacional digno de ser meditado por nuestros especialistas, pues, por cierto, que no se trata simplemente de un «problema del pasado». Y todo esto sea comprendido sobre la base de un convencimiento muy arraigado en nosotros: creemos que para los revolucionarios salvadoreños no cabe, frente a los combatientes del año 1932 en El Salvador, otra actitud que la que tuvo Marx frente a los comuneros de París y Lenin con respecto a los revolucionarios rusos de 1905. Ni aquel ni este sacaron de tales derrotas objetivas la conclusión de que «no se debió empuñar las armas».

Dudo que ante el panorama que ofrece hoy el golpe usurpador contra el Gobierno legítimo de Zelaya en Honduras, Roque no hubiera vuelto a recordar estas críticas con la convicción de que tampoco ahora nos hallamos, simplemente, ante un «problema del pasado».

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA



Prado Nº 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



**Centro
Cultural Literario
Habana**

PUNTO DE VENTA

San Rafael y Galeano.

El Salvador, el istmo y la revolución

El hecho de que en El Salvador no haya habido después de la Revolución cubana manifestaciones permanentes de lucha armada popular (en contraste con lo acaecido en países vecinos como Guatemala y Nicaragua) y la insistencia más o menos abierta por parte de algunos sectores de la izquierda en la consideración de que en el pequeño país centroamericano *no hay condiciones* para la lucha armada, ha logrado darle a nuestra historia la apariencia general de un contrasentido, pues la historia del pueblo salvadoreño es, como la de la casi totalidad de los pueblos latinoamericanos, la historia de una violenta y variantemente armada lucha de clases.

El primer testimonio documental de que hay noticia a su respecto (las cartas de relación que don Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y de El Salvador, enviara a su jefe inmediato, don Hernán Cortés, conquistador de México, en 1524) nos muestra al pueblo cuzcatleco-pipil, antepasado indígena inmediato del actual pueblo salvadoreño, con las armas en la mano «alzado en las sierras», atacando a las columnas del invasor español con pequeñas unidades que aprovechaban las espesuras de las montañas. La culminación primaria de la conquista española y el desarrollo de la colonización no terminaron con la rebeldía indígena: esta

se hizo permanente y alcanzó momentos de auge que llegaron a poner en crisis las estructuras de aquel sometimiento. Con todo, al cabo de casi 300 años de colonialismo español cambios fundamentales se habían producido en Centroamérica. El más importante de ellos era el que significaba la unidad de una nueva nación, la nación centroamericana; la unidad colonialista, pero real, que se concretaba en la capitania general de Guatemala o «Reyno» de Guatemala, a la cual pertenecían en forma de «provincias» la mayoría de los territorios que en la actualidad forman parte de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, etcétera. Con la independencia Centroamérica nació unida a la vida republicana. Pero, como todo lo que existe en este mundo, esta unidad llevaba en sí a su contrario: en las ciudades-cabeceras de las provincias se habían desarrollado sendos gérmenes criollos de oligarquías terratenientes que se plantearon, y lo lograron, sustituir al explotador español en el área local. Para ello estas oligarquías iniciaron el más febril separatismo que terminó por dar al traste con la unidad centroamericana pese a la enconada lucha de los pueblos. Los avatares de la pugna unitario-separatista fueron sangrientos y estuvieron entrelazados mucho tiempo con los de la independencia misma de la zona. México intentó, en alianza con grupos oligárquicos centroamericanos, anexarse el istmo completo y en una ocasión los oligarcas de San Salvador plantearon la posibilidad de que la provincia salvadoreña pasara a ser parte de Estados Unidos de América. La figura egregia de Francisco Morazán presidió en estos años las esperanzas del pueblo en «la Patria Grande» desde la jefatura del Ejército Aliado Protector de la Ley, con cuya fuerza pudo imponerse la unidad federada durante algunos años en contra del separatismo de las oligarquías conservadoras locales.

La comprobación de que la independencia de España no había significado para nuestros pueblos un cambio esencial, un cambio revolucionario, quedó de manifiesto sobre todo cuando las capas

más explotadas comenzaron a buscar su propio camino hacia la violencia reivindicativa. El ejemplo más logrado lo tenemos en la sublevación indígena que encabezara en El Salvador el peón añilero Anastasio Aquino, que planteaba su derecho no solo a la tierra, al pan y a la libertad, sino también al poder político por parte de los indígenas, y llegó a estar a dos pasos de conseguirlo. Usando espontáneamente formas elementales de la guerra irregular como la emboscada y el aprovechamiento de las armas rudimentarias, las fuerzas de Aquino derrotaron militarmente al caótico Gobierno salvadoreño de entonces y lo hicieron abandonar la capital. Las limitaciones políticas de aquellos combatientes los hicieron replegarse cuando la victoria estaba en sus manos, y dieron tiempo al Gobierno para rehacer fuerzas y contraatacar violentamente. Aquino fue fusilado en 1833 y su cabeza fue expuesta en una jaula «para escarmiento de subversivos».

A fines de esa década se hundió la Federación de Centroamérica y El Salvador inicia su llamada vida de «república libre, soberana e independiente» que no ha variado en lo jurídico y lo formal desde entonces pese a nuevos y efímeros intentos unificadores, sino hasta en la época actual cuando, según nuestro criterio, el imperialismo norteamericano ha planteado y ha comenzado a estructurar la nueva unidad centroamericana: la unidad que, a través de la Integración Económica del istmo y sus unificaciones concomitantes nos lleva a la nación centroamericana enajenada con respecto a ese imperialismo.

Ya a mediados del siglo diecinueve apareció en Centroamérica el fenómeno imperialista moderno. Nuestros países fueron por muchos años a partir de entonces campo de disputa entre los intereses alemanes, franceses, ingleses y norteamericanos, que dieron un nuevo sentido a la lucha popular... y a la lucha intero-ligárquica. Las «republiquetas» de la Federación desmembrada volvieron a unirse sobre las armas ante la necesidad de rechazar

la intervención extranjera: el más alto ejemplo fue la campaña de los Ejércitos centroamericanos que terminaron por derrotar al filibustero William Walker, punta de lanza que el imperialismo norteamericano había logrado colar en Nicaragua ya para 1856. Mucha sangre de nuestros pueblos tuvo que correr en este nuevo marco: los intereses imperialistas movieron facciones, propiciaron guerras fratricidas «interestatales», derrocaron Gobiernos liberales o conservadores según las circunstancias. El siglo veinte encontró a Centroamérica desgobernada por bien consolidadas oligarquías terratenientes locales que, de la mano de los grandes consorcios extranjeros de exportación-importación, explotaban a nuestros pueblos con formas muy atrasadas, casi feudales. Sería después de la Segunda Guerra Mundial cuando el imperialismo norteamericano aparecería como el único explotador externo al desplazar a los imperialistas extranjeros de la zona. En lo que se refiere a El Salvador este proceso nos había llevado a ser un país peculiar en Centroamérica: el proceso de integración nacional en lo étnico se había completado a principios de siglo; la densidad de la población y la pequeñez territorial, si evitaron el apareamiento de la gran plantación imperialista como las de la UFCO en Honduras, crearon la explosividad del problema social en las relaciones inmediatas entre el pueblo y la oligarquía cafetalera; la lucha popular tomó tempranamente los cauces de la organización revolucionaria, lo que obligó a las clases dominantes a concentrar su respuesta represiva en el tiempo y en el espacio. Desde otro punto de vista básico las características de la oligarquía criolla, el carácter de la explotación imperialista en el país, el nivel del sector comercial local, propiciaron que el desarrollo capitalista dependiente tuviera un ritmo más acelerado que en el resto de los países de la zona. El Salvador (como núcleo de la costa pacífica centroamericana) comenzó a ser como conjunto la principal zona urbana-suburbana de Centroamérica, lo cual le impone en la ac-

tualidad características y necesidades específicas al planteamiento de su lucha revolucionaria.

A partir de 1914 apareció, con las organizaciones gremiales de artesanos urbanos, suburbanos y peones, la organización popular clasista en El Salvador. En la década de los veinte esta labor organizativa cobra un desarrollo importante a nivel nacional y funde sobre líneas político-gremiales un tanto ambiguas (anarquistas, anarco-sindicalistas, reformistas, marxistas, etcétera.) a grandes capas de trabajadores de la ciudad y del campo, a cuya vanguardia se van colocando poco a poco los representantes incipientemente marxistas de la más incipiente aún clase obrera y del proletariado agrícola. De este auge organizativo radical surge en 1930 el Partido Comunista de El Salvador, que comenzó a desarrollar, ligado a la Internacional Comunista, una labor extraordinaria; tan extraordinaria que, a menos de dos años de su existencia en el seno de la *situación revolucionaria* que en los años 1931-1932 se planteó en El Salvador como resultado nacional de la crisis mundial capitalista, nuestro Partido llamó al pueblo a la insurrección armada para tomar el poder político en el país. Los detalles y análisis de esta acción histórica sobrepasan nuestros propósitos en estas líneas: baste decir que la insurrección salvadoreña de 1932, tan desconocida aún en nuestro país, es uno de los acontecimientos clave de la historia contemporánea de América Latina que permanece sin ser aprovechado como experiencia por los revolucionarios del continente. Fundamentalmente por errores de tipo militar y organizativo aquella insurrección fue derrotada por la primera dictadura oligárquico-imperialista propiamente tal: la de Maximiliano H. Martínez. El pueblo fue asesinado y las organizaciones revolucionarias, arrasadas. El número de víctimas obreras y campesinas llegó a cerca de 30 000 en menos de un mes, lo que en El Salvador y en una estadística macabra da la cifra de un muerto y medio por kilómetro cuadrado. Para comprender la magnitud nacional

de la tragedia habría que imaginar lo que habría pasado en Cuba si la dictadura de Machado hubiese matado en un mes a cerca de 172 000 cubanos, además de arrasar con TODAS las organizaciones democráticas en 1932. ESTA PROFUNDA DERROTA, cuyo análisis no ha sido efectuado correctamente por las organizaciones revolucionarias de El Salvador, ha presidido durante décadas las concepciones organizativas y de ligazón con las masas en el seno del Partido Comunista —principal organización revolucionaria del país desde su nacimiento, a pesar de su debilidad y de sus concepciones estratégicas y tácticas no siempre justas—, ha servido como punto de referencia negativo para el planteamiento salvadoreño de la lucha armada revolucionaria, ha significado de hecho una seria ruptura entre la tradición revolucionaria de nuestro pueblo y su perspectiva de poder. Esto en lo subjetivo. En lo objetivo, la derrota de 1932 fue la base real para la construcción de un aparato de poder oligárquico-imperialista de gran eficacia, porque planteó a nivel operativo (local y nacional) el problema de la defensa del sistema frente a la lucha armada revolucionaria dirigida hacia la revolución socialista desde una época temprana como 1932.¹

La larga dictadura militar que con cambios en las personas continúa hasta la fecha, se inició entonces. Al Gobierno de Martínez (derrocado después de trece años de detentar el poder, o sea, en 1944, por una huelga nacional encabezada por los estudiantes universitarios, en la culminación de un proceso insurreccional iniciado con un levantamiento militar que fracasó) le siguieron: el del sanguinario coronel Osmín Aguirre (que sobrevivió a una etapa de acciones armadas urbanas y a una invasión armada de estudiantes, profesionales, trabajadores y militares jóvenes que entró desde Guatemala a la zona de Ahuachapán, en donde fue rechazada por la Guardia Nacional y el Ejército), el del general Salvador Castaneda Castro, el del coronel Oscar Osorio y el del coronel José María Lemus (1956-1960). La Junta Cívico-Militar que ejerció el po-

der al ser derrocado el régimen de Lemus, fue a su vez derrocada por un golpe ultraderechista al cabo de tres meses y sustituida por un «Directorio Militar» que abrió el paso al poder de una nueva camarilla en el seno del Ejército. El Gobierno del coronel Julio Rivera fue el primer representante «constitucional» de esa camarilla, que a su vez representaba el estado actual de las relaciones oligárquico-imperialistas. Las luchas populares contra el Gobierno de Lemus abrieron una nueva etapa en la situación y en las perspectivas políticas del país en el mismo período en que para América Latina en general las abría, revolucionariamente, el triunfo de la insurrección en Cuba. Y no fue sino hasta el lapso 1956-1957 que existió de nuevo, real y no solo nominalmente, un Partido Comunista en El Salvador. El fortalecimiento del Partido fue veloz y extrajo del auge del movimiento de masas propiciado por la nueva crisis económica una nueva fisonomía: el aire popular borró en su seno, aunque no sin resistencia, las bases del enclaustramiento de décadas. Cuando el Gobierno de Lemus abandonó la línea de las relativas conciliaciones y se desbordó por la ruta de la brutal represión, ya fue posible organizar la resistencia, sobrevivir en la clandestinidad activa, buscar el contraataque. Las organizaciones revolucionarias salvadoreñas (entre ellas las organizaciones de masas de los trabajadores y los estudiantes) encabezadas por el Partido Comunista, pudieron participar de cerca en el golpe militar que derrocó al Gobierno de Lemus y estuvieron en condiciones de imponer una situación política favorable bajo la breve gestión de la Junta Cívico-Militar de Gobierno. Se hizo una amplia campaña de propaganda y organización en el campo (por primera vez desde 1932) y se habló directamente con todo el pueblo de la toma del poder y de la revolución. Cuba, Fidel Castro y el Che Guevara, los cohetes soviéticos y la perspectiva socialista eran los puntos de referencia obligados en las grandes concentraciones masivas de aquellos meses. El imperialismo y la oligarquía reaccionaron a tiempo instaurando de

nuevo la dictadura militar reaccionaria, no sin antes cargar al pueblo una nueva cifra de muertos, heridos, presos, torturados. Dice el camarada Alberto Gualán, miembro del secretariado del Comité Central, al analizar este importante momento:

Nuestro Partido ajustó su línea táctica a la nueva situación creada por el golpe del 25 de enero. La tarea principal fue la consigna de prepararse para la insurrección popular y con tal fin se crearon nuevas organizaciones en el terreno clandestino (el Frente Unido de Acción Revolucionaria, FAUR, concretamente). La adopción de esta consigna fue plenamente justa. Puso al Partido a tono con el espíritu de las masas y le permitió dar enormes pasos en su crecimiento y en su desarrollo cualitativo. Por primera vez desde 1932 se planteaba el PCES el problema del poder y elaboraba en esa dirección su estrategia y su táctica. Este hecho (aun cuando vino unido a determinados errores de infantilismo izquierdista) *era la culminación del proceso del cambio en las concepciones tácticas formadas después de la masacre de 1932 [...]* Otra debilidad cometida entonces fue la de la falta de un programa del Partido. Durante décadas pudo pasarse sin programa y esto no podía apreciarse como una gran debilidad. Pero la situación cambió radicalmente en el período de auge revolucionario y de la transformación del Partido en una fuerza política influyente. La tarea de elaborar los documentos programáticos quedó así planteada en términos perentorios. El pleno ampliado del CC reunido en marzo de 1961 conoció ya un breve esquema del futuro programa y a base del mismo se elaboraron y entregaron a la discusión de todo el Partido, entre 1962 y 1963, un proyecto del Programa General y un proyecto del Programa Agrario. La debilidad teórica de todo el Partido y de su dirección hizo que se mantuviera una posición resistente a los cambios. Esto se debía a la composición no proletaria del Partido, así como también al rápido crecimiento de sus filas, a la inexperiencia y juventud de la mayoría de sus

miembros. Baste decir que en 1962 dos tercios de su membresía estaban formados por compañeros con menos de un año de antigüedad y una gran parte con menos de seis meses. Todo esto condujo en 1961-1962 a una especie de fiebre izquierdista en la táctica del Partido que le dio un carácter despreciativo de las formas económicas, legales y abiertas de lucha y mucho más despreciativo del trabajo de frente único. Especialmente perjudicial fue el manejo izquierdista de la línea de prepararse para la insurrección popular que se había trazado. Se hablaba y se amenazaba con la insurrección en la plaza pública y en la propaganda escrita. Esto creaba entre las masas la idea de que las batallas decisivas por el poder estaban a plazo inmediato. La verdad objetiva era otra. Las acciones decisivas no estaban aún maduras [...] Para tomar el poder hace falta contar con el apoyo de las masas rurales, que en El Salvador están formadas en mayoría por los asalariados de las plantaciones de café, algodón y caña de azúcar. Nuestro trabajo en este aspecto apenas había comenzado y era tan insignificante que hubiese sido prematuro esperar una gran aportación de esta categoría de trabajadores en la lucha revolucionaria de las masas de la capital. El enemigo, en cambio, cuenta con una gran influencia entre los asalariados agrícolas que forman la reserva del Ejército y ejercen funciones de control policial permanente en patrullas civiles. Mientras que la revolución no podía movilizar a su favor a las masas rurales, el enemigo podría utilizar a una gran parte de esas masas para aplastar a la revolución [...].

El análisis del camarada Gualán refleja a partes iguales los avances relativos de nuestro Partido frente a las largas décadas de prostración y a los vacíos en sus concepciones actuales. Por una parte se elaboró una buena base programática y se adoptó teóricamente la línea de la lucha armada como vía hacia el poder y la revolución. Pero al pasar a instrumentarla clasista, masiva y organizativamente, los desaciertos son evidentes. Se habla de «desviación

izquierdista» al señalar el error de plantear en voz alta la insurrección armada SIN PASAR A PLANTEARLA EN LOS HECHOS O AVANZAR REALMENTE EN EL CAMINO DE SU PREPARACIÓN, cuando ello supone un profundo resabio conservador, una profundización de la vieja línea derechista, reforzada ahora con el verbalismo, la fraseología «combativa». Se plantea la debilidad organizativa en el campo y se señala la influencia del enemigo sobre las masas rurales, pero no se advierte que el enemigo ha venido organizando al campesinado salvadoreño desde 1932 SOBRE BASES POLÍTICO-MILITARES y que en el contexto construido por él la tarea de organización *revolucionaria* del campesinado y del proletariado agrícola es en El Salvador UNA TAREA POLÍTICO-MILITAR DESDE EL INICIO, CLANDESTINA DESDE EL INICIO Y APOYADA Y ASEGURADA POR LA FUERZA ARMADA DESDE EL INICIO. De lo contrario ese trabajo no podrá hacerse o se hará fallazmente, en dirección a un tipo de organización reformista en extremo, demagógica, retrasadora inclusive del proceso general de la revolución en nuestro país. Se habla asimismo de la lucha de las masas del campo COMO APOYO para la lucha de las masas urbanas, lo cual supone una inversión fundamental, de términos de nivel estratégico, en la línea de masas del PC de El Salvador, considerando las características económico-sociales del país y de la zona centroamericana, y supone asimismo plantear la lucha en el marco y las condiciones planteadas por el enemigo de clase, aceptar sus reglas del juego a nivel estratégico. Estos y otros aspectos son expuestos con mayor amplitud por nosotros en nuestros artículos y notas sobre las tesis de Régis Debray que aparecerán próximamente en un volumen: en este artículo bastará con dejarlos apuntados.

A partir de 1962 se abrió una etapa de reflujo en la acción revolucionaria de masas. El Partido sufrió impactos serios (traiciones, desertiones, paralización de frentes enteros de trabajo, etcétera) pero pudo reponerse en la medida suficiente para estar de nuevo

al frente del movimiento obrero en las grandes huelgas de 1966, 1967 y 1968. Sin embargo, las nuevas concepciones de la lucha armada habían sido seriamente cuestionadas en la conciencia de los comunistas salvadoreños (por dos vías: la de los efectos ideológicos y organizativos del reflujo y la de la contraposición de hecho entre el movimiento huelguístico abierto y entre el movimiento proinsurreccional, contraposición esta última que en la cabeza de muchos se encarnaba en la diferencia entre las líneas políticas —y de resultados prácticos— del Partido Guatemalteco del Trabajo —señalado como un partido «aventurero» y «guerrillero», sin advertir que simplemente era un partido que se enfrentaba a una etapa superior en un proceso revolucionario más avanzado— y del PC de El Salvador), hasta el grado de poderse afirmar en la actualidad que ese cuestionamiento ha pasado a ser la labor ideológica más importante de la corriente conservadora que predomina en la dirección y en extensos sectores de las bases del Partido, lo cual se ha reflejado en distintos aspectos de su actividad práctica (tendencias en la política de alianzas, política electoralista, caída en desviaciones economicistas y legalistas en el frente obrero —sobre todo por no dar a las masas agremiadas una perspectiva revolucionaria subsiguiente al elevarse la lucha abierta hasta determinados niveles—, rupturas y escisiones en las filas del Partido a un nivel y con unos resultados sin precedentes en los últimos años, diversas carencias en el frente militar, etcétera).

¿Qué ha hecho por su parte el enemigo durante este período? A partir de 1961 el imperialismo pasó a subrayar más aún el énfasis en la solución político-militar frente a los problemas revolucionarios de Centroamérica. La perspectiva marcada por el inicio de la guerra revolucionaria del pueblo en su forma guerrillera en Guatemala aceleró esta actividad contrarrevolucionaria, iniciada aun antes del triunfo de la rebelión cubana. En lo que a El Salvador se refiere el Ejército pasó a ser mucho más directamente, incluso

ve en las formas y de acuerdo con los principios de la estrategia mundial del imperialismo (etapa de la «guerra especial» antiinsurgente), el instrumento fundamental del Gobierno y concentró gran parte de la actividad administrativa en manos de sus cuadros de mando. Incluso se lanzó una proclama (bajo el régimen del Directorio Militar en 1961) en que las Fuerzas Armadas locales presentaban al pueblo un programa de Gobierno y de reformas sociales (que nunca se cumplieron, por cierto) en su totalidad coincidentes con la Carta de Punta del Este, con los «principios» de la ALPRO. Al desarrollo de la Integración Económica Centroamericana y a la creación del Mercomún en la zona siguió muy de cerca la integración de los Ejércitos centroamericanos bajo un estado mayor conjunto y un organismo planificador y ejecutivo común: el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA). Todo este aparataje militar regional ha actuado conjuntamente, en los niveles en que hasta ahora ha sido necesario, contra los movimientos guerrilleros aparecidos en nuestros países. Para resumir la actividad del imperialismo en este terreno en los últimos años, diremos que el Gobierno de Estados Unidos HA CREADO Y PUESTO EN FUNCIÓN EN CENTROAMÉRICA LAS INSTITUCIONES Y LOS ORGANISMOS DE LA GUERRA ESPECIAL. Es decir que, hablando en términos amplios, el imperialismo en complicidad con las oligarquías y los Ejércitos locales HA PLANTEADO YA INSTITUCIONALMENTE LA GUERRA CONTRA LOS PUEBLOS CENTROAMERICANOS (independientemente de que en algunos países como Guatemala y Nicaragua esa guerra haya llegado a su etapa puramente operativa en lo militar). Retoques de últimos niveles de acabado se están dando ya a este conjunto de fuerzas, cuando, por ejemplo, se persigue una interpenetración entre el Ejército y las empresas «mixtas» de la Integración Económica usando el procedimiento de hacer de los cuadros de mando militares, accionistas, administradores o altos funcionarios

de las grandes firmas industriales o comerciales o de las instituciones estatales que instrumentan la Integración.

En El Salvador la tradicional habilidad de la oligarquía criolla y las experiencias de la lucha contra el pueblo y de las guerrillas de Guatemala han hecho que el Ejército haya tratado de llevar las consignas imperialistas de organización de la violencia a un nivel de masas populares. El coronel José Alberto Medrano, coordinador de los servicios de inteligencia del país y hombre fuerte de la CIA, ha anunciado la existencia de una organización rural paramilitar llamada ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) que con fines «anticomunistas y antiguerrilleros» agrupaba en 4 000 «células de combate» de quince individuos cada una a 15 000 campesinos en todo el territorio nacional a fines de 1968. Posteriormente se anunció que el número había llegado a 100 000. ORDEN es al mismo tiempo una especie de partido político y una organización paramilitar ultraderechista, cuyo «jefe supremo» es el presidente de la república y cuyo director ejecutivo es el jefe en funciones de la Guardia Nacional (el cuerpo represivo más tecnificado del país). Sus bases organizativas parten de la remodelación de las antiguas «patrullas militares de ciudad y campo», especie de milicias anticomunistas de base popular organizadas a raíz de los sucesos del año 1932. Estas patrullas se depuraron, se enmarcaron dentro de la nueva dislocación territorial del Ejército regular y se pusieron bajo el mando de un reservista del Ejército preparado en lucha antiguerrillera por la CIA y por los aparatos especiales salvadoreños. Periódicamente las células de ORDEN reciben adiestramiento político-militar contrainsurgente. ORDEN plantea además, desde su origen, su calidad *centroamericana*. Su declaración de «principios» dice:

ORDEN es una organización cívica, integrada principalmente por campesinos, de carácter democrático y nacionalista, exten-

sivo este último concepto a la *nacionalidad centroamericana* [...] para la defensa de los principios democráticos ante la penetración ideológica y la agresión permanente del comunismo internacional o de otras organizaciones políticas nacionales o extranjeras que pongan en peligro la vida institucional de El Salvador.

Esta organización (que será muy conveniente estudiar a fondo por parte de los revolucionarios salvadoreños), sumada a los efectivos del Ejército (infantería, Policía Militar, blindados, aviación y tropas aerotransportadas, artillería, caballería, marina, etcétera), la Guardia Nacional, la Policía de Hacienda, la Policía Nacional, las Policías Municipales, etcétera, forman una bastante bien coordinada red antidemocrática cuyo papel real en el camino de la revolución es imposible ignorar pero que hay que saber establecer en sus exactas dimensiones, pues son datos como estos (agregados a los tradicionalmente esgrimidos en esta dirección, o sea: la pequeñez del territorio, la superpoblación que hace imposible el secreto inicial, la falta de montañas o lugares «inaccesibles», la existencia en todos los lugares de buenas carreteras y caminos, la carencia de bases revolucionarias en el campo y la gran preponderancia ideológica de las fuerzas revolucionarias en dos o tres de las ciudades principales, incluida la capital, etcétera) los que hacen que las tendencias al quietismo no revolucionario proliferen bajo diversos aspectos de «sensatez y prudencia». *Del hecho de que la lucha armada revolucionaria presenta en nuestro país dificultades especiales y problemas técnico-prácticos particulares suele llegarse muy a menudo a la conclusión de que la lucha revolucionaria es allí imposible.* Esto no siempre se dice directamente en los documentos, pero se desprende nítidamente del contenido de muchos de ellos al más ligero análisis. SOLO MEDIANTE LA ELABORACIÓN EN CONCRETO DE LA ESTRATEGIA Y LAS TÁCTICAS DE LA LUCHA ARMADA

EN EL SALVADOR, DE ACUERDO CON LAS CONDICIONES CONCRETAS DEL PAÍS, Y SOLO MEDIANTE EL EMPRENDIMIENTO PRÁCTICO DE LAS TAREAS QUE IMPONGAN ESA ESTRATEGIA Y SUS TÁCTICAS, PODRÁ EVITARSE ESA PELIGROSA TENDENCIA AL QUIETISMO QUE ES, EN ÚLTIMO TÉRMINO, LA CONTRARREVOLUCIÓN. ESA PERSPECTIVA ESTRATÉGICA DEBERÁ ELABORARSE PARTIENDO DEL ANÁLISIS DE NUESTRO PAÍS NO COMO UN PAÍS AISLADO, SINO COMO UN PAÍS QUE PERTENECE A LA ZONA CENTROAMERICANA EN LOS MOMENTOS EN QUE EL IMPERIALISMO LE IMPONE UN NUEVO DESARROLLO UNITARIO CONTRARIO A LOS INTERESES DE LOS PUEBLOS. LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN SALVADOREÑA DEBERÁ SER UNA ESTRATEGIA POLÍTICO-MILITAR CENTROAMERICANA.

En virtud de estas últimas consideraciones (que son, como la mayoría de las expuestas en estas líneas, de carácter muy general, meros adelantamientos de ideas y de planteamientos de problemas que merecen ser profundizados en una labor intensa de discusión colectiva), nos parecen particularmente dignas de atención las ideas expresadas por la Comisión Política del CC de nuestro Partido en un epílogo a la edición salvadoreña del *Diario del Che en Bolivia*, intitulado «Extraigamos las mejores enseñanzas del *Diario del Che en Bolivia*». En dicho epílogo, que condensaremos aquí, la dirección de nuestro Partido comienza señalando el gran valor histórico revolucionario del *Diario...*, de cuyas páginas «[...] surge un noble aporte para la revolución latinoamericana: un altísimo ejemplo de moral revolucionaria y un caudal de datos para el análisis estratégico».

Es que el Che —se agrega— reúne la valentía ilimitada con la voluntad férrea de alcanzar el ideal aun a costa de sacrificar todo lo concerniente a uno mismo —incluso la vida—; reúne la más ardiente rebeldía contra todo lo que es injusto que pretende perdurar bajo el manto de la santificación dogmática, con la más alta y humanista militancia del internacionalismo revolucionario que le hizo combatiente de todos los pueblos: argenti-

no que combatió por la Revolución cubana y que no encontró dentro de sí fronteras para combatir por la Revolución boliviana y entregar su vida en aras de ella, como la habría entregado sin duda por la revolución salvadoreña o de cualquier otro país de América Latina y el mundo.

Señala que ninguno de los camaradas cubanos del Che se doblegó ni desertó y que su sangre «[...] regó generosamente el suelo boliviano para hacerlo más fecundo a la revolución», el PC de El Salvador señala que ellos «[...] dan prueba del internacionalismo militante de la Revolución cubana, de la que son hijos y altivos exponentes». Con respecto al *Diario...* en sí, la CP del PCES agrega que es «en extremo útil para la formación de la joven generación combatiente lo mismo que para remecer los estados de ánimo blandengues de algunos revolucionarios cansados de la vieja generación».

«Quien no sea sensible a este aspecto del *Diario del Che...* —se agrega— [...] está quizás perdido para la revolución latinoamericana». En otro nivel de consideraciones, el epílogo afirma:

El *Diario...* es, al mismo tiempo que un testimonio de la más elevada moral revolucionaria, un documento de inestimable valor para el análisis estratégico, frío, racional. ¿Cómo sale de la prueba la concepción estratégica del «foco guerrillero» como punto de partida de la revolución y como vía de la revolución? Esta es la interrogante *inevitable, ineludible*, que encierra a su vez muchas otras interrogantes y que *debe* ser respondida a la vista del *Diario del Che...*, porque durante los últimos ocho años se han realizado en el continente decenas de fallidos intentos por crear y desarrollar victoriosamente focos guerrilleros guiándose precisamente por esta misma concepción. Ninguno de esos intentos dejó un testimonio tan fiel como este de Bolivia y ningún guerrillero latinoamericano habría sido más autori-

zado que el comandante Guevara para escribirlo. Quienes se interesen por la suerte de la revolución latinoamericana y quieran llevarla a coronación victoriosa, deben plantearse la tarea de realizar el análisis del *foco guerrillero* a la luz del *Diario del Che...*, porque es indispensable que cuanto antes el movimiento revolucionario del continente evalúe ese método y todos los otros métodos puestos en práctica en los años transcurridos después del triunfo de la Revolución cubana y haga esfuerzos supremos por encontrar un camino eficaz, para derrotar a un enemigo redoblado que no puede ya ser tomado por sorpresa [...] Renunciar al análisis frío y crítico de la experiencia reflejada en el *Diario del Che...*, sería convertir este documento en un modelo de *cómo debe morir un revolucionario*, honrosamente, heroicamente; pero no le extraeríamos las enseñanzas que arroja para resolver el problema de *cómo hacer la revolución* [...] Teniendo en cuenta estas necesidades apremiantes de la revolución latinoamericana —manifiesta a continuación la CP del Partido salvadoreño— nos permitimos discordar con la opinión que vierte el compañero Fidel Castro en su prólogo al *Diario del Che...*, condenando a todos aquellos que lleguen a la conclusión de que este se equivocó [...] Fidel trata de demostrar en este prólogo que en Bolivia salió airosa la teoría del foco guerrillero (hablamos del foco y no de la lucha armada en general); explica la derrota del Che y sus compañeros principalmente por dos causas, según puede deducirse del texto: *en primer lugar*, por la actitud retranca del dirigente del Partido Comunista Boliviano (PCB) Mario Monje, quien, según se afirma, trató de disputar la dirección político-militar al Che y estuvo interceptando compañeros adiestrados para la guerrilla de modo que no se incorporaran a ella; *en segundo lugar*, por la conjugación de factores adversos deparados por el «azar».

Los dirigentes comunistas salvadoreños no ponen en duda las afirmaciones del Che sobre Monje y dicen que «[...] no harán la defensa de este». Y agregan:

Si esa fue su actuación, merecida se tiene la condena que se le hace. Pero al mismo tiempo —concluyen en este aspecto— no aceptamos el razonamiento de que la actuación de Monje y la actitud poco cooperativa o no cooperativa del PCB sean una causa determinante en la derrota del Che. En Cuba y Argelia se desarrollaron dos guerras revolucionarias que no contaron inicialmente con la aprobación de los respectivos PC y fue el desarrollo ascendente de esas guerras, impulsado por las favorables condiciones existentes y por el correcto aprovechamiento de las mismas por la dirección político-militar en ambos casos, lo que obligó más tarde a los PC de Argelia y Cuba a cambiar su línea y a dar apoyo activo a la lucha armada, participando en ella. Fidel ciertamente —concede el PC de El Salvador— no dice de modo expreso que la actitud de Monje y de su partido fueron determinantes de la derrota, pero esa afirmación se encuentra implícita en la argumentación que presenta en su prólogo.

La dirección del PCES manifiesta a continuación:

Tampoco aceptamos como válida la explicación de la derrota por la conjugación de los factores adversos del azar. Quien haya leído los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, escritos por el Che sobre la base de sus anotaciones en su diario de campaña en Cuba, verá que en contra de los expedicionarios del *Granma* se conjugó en un principio una carga muchísimo mayor de factores adversos y que, no obstante, pudieron vencerlos [...] gracias al apoyo práctico y no solo moral que inmediatamente comenzaron a recibir de parte de los campesinos. Por otra parte —se agrega— la experiencia del Che en Bolivia no es un hecho

aislado en la historia contemporánea del continente, sino que forma parte de un nutrido conjunto de esfuerzos similares en diversos países latinoamericanos. Desatender el examen profundo de estas experiencias a la vista del *Diario del Che...*, para conformarse con establecer una superficial relación entre azar y derrota, no parece ser lo que está demandando la revolución latinoamericana.

Rechaza seguidamente el PC de El Salvador los conceptos de Régis Debray que atribuyen la derrota del Che a lo prematuro del inicio de las operaciones, «[...] cuando aún hacía falta a la guerrilla dominar el terreno y consolidarse como grupo de combate adaptado al medio y poseedor de un adiestramiento militar mayor». Aducen los camaradas salvadoreños la comparación entre las guerrillas cubanas, formadas por novatos en ese tipo de lucha, y la guerrilla del Che, formada por hombres de gran capacidad combativa y experiencia militar.

Ciertamente que fue prematuro el inicio de los combates —dice el PC salvadoreño— pero no en relación con la capacidad militar del grupo, incluido el dominio del terreno, como argumenta Debray, sino en relación con el escaso, prácticamente nulo, desarrollo de la lucha de clases y de la conciencia política de las masas de la región [...] Lo que salta a la vista al leer el *Diario...*, y lo subraya así el propio comandante Guevara en sus resúmenes de mes, es la falta de apoyo campesino, y más aún la colaboración que los campesinos dieron al Ejército de Barrientos para mantenerlo informado sobre la guerrilla. Si se compara esta situación con la que describe el Che en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*, que se caracterizó desde un comienzo por el apoyo campesino, se puede comprender que es allí donde se encuentra la causa determinante de la derrota y no en los otros factores que se han alegado. Si la guerrilla se desplaza hacia una zona campesina de mayor desarrollo político, uno

se pregunta por qué no se instaló aquella desde un comienzo en una zona de este tipo y la repuesta se encuentra —afirma el PC de El Salvador— en el desprecio que la estrategia del «foco» encierra hacia la lucha política en las masas. La estrategia del «foco» no considera indispensable la existencia de un desarrollo determinado del factor de la conciencia política entre las masas para el arranque de la lucha armada porque, según se desprende de la exposición que de esta estrategia hace Debray en *¿Revolución en la revolución?*, en América Latina se encuentra invertido el esquema del estratega Karl Clausewitz de que «[...] la guerra es la continuación de la política por otros medios», y hoy aquí se presenta, no se sabe por qué, formulada así: la lucha política es una continuación de la guerra.

Termina la CP del PCES este párrafo citando a Debray: «De lo que se trata es de una nueva dialéctica de las tareas. Para expresarlo esquemáticamente digamos que se va de un foco militar al movimiento político —prolongación natural de una lucha armada de esencia política— pero no se va, salvo excepciones, de un movimiento político puro al foco militar».

Vistos los hechos fría y racionalmente, como debe procederse en todo análisis revolucionario —puntualiza el PC de El Salvador— la guerrilla del Che en Bolivia no fue parte de la lucha de clases interior de ese país, no surgió de esa lucha de clases como su forma superior, ni se desarrolló en combinación con las demás formas de esa lucha. La vieja tesis marxista-leninista de que la lucha de clases es el motor de la historia en las sociedades divididas en clases, de que la revolución es fruto de la lucha de clases que no puede por tanto exportarse ni importarse y que los revolucionarios solo pueden, como parteros, ayudarla a surgir del proceso interior de esa lucha de clases, ha demostrado una vez más ser rigurosamente válida a la luz de esta prueba de Bolivia, punto culminante de ocho años de pruebas

parecidas en América Latina. Y esta tesis leninista no está reñida con el internacionalismo en sus formas más elevadas, como la participación de combatientes de un país en la lucha armada que libra el pueblo de otro país, ni tiene por tanto nada de chovinista o mezquina [...] No pretendemos dar lecciones a Fidel y menos demostrar que el Che fue un iluso. Es el mismo Fidel en *La Historia me absolverá* y en algunos de sus discursos quien nos ha ayudado, y continuará ayudando a las nuevas generaciones de revolucionarios, a comprender el nexo esencial que hay entre la lucha política y la lucha armada, la dependencia histórica de la segunda respecto a la primera. Y ha sido el propio Che quien nos ha enseñado en su *Guerra de guerrillas* que la lucha armada solamente puede surgir y desarrollarse allí donde se ha agotado la lucha política como medio para alcanzar el poder [...] Si después el Che y Fidel sufrieron cambios en tales concepciones sobre la guerra de guerrillas, dando origen a la teoría del foco de lucha armada como fuente del proceso revolucionario, ya sea de un foco surgido dentro de un país o del foco implantado desde fuera, ese es un fenómeno que debe tener su explicación en complejas causas que arrancan de la composición social de la vanguardia revolucionaria cubana y en el desarrollo de la revolución cubana después de la toma del poder, pero este problema —afirma el PCES— no viene al caso analizarlo aquí y por lo demás no es nuevo en la experiencia revolucionaria mundial.

Dicen seguidamente los miembros de la CP de El Salvador:

Al mostrar nuestro desacuerdo con la estrategia del foco guerrillero no estamos pronunciándonos en contra de la necesidad de la lucha armada para la toma del poder ni estamos cuestionando todas las formas de la guerra de guerrillas, sino una sola: la del foco guerrillero. ¿Cuál será la forma que revista la lucha armada en nuestro país y en otros países de América Latina?

Pensamos que no tiene que ser única e idéntica en todos los casos y que corresponde a los revolucionarios de cada pueblo determinar en base de las condiciones concretas en que se desarrolla la lucha de clases interior, lo mismo que tomando en cuenta los factores exteriores de la lucha de clases, cuándo y cómo llevarían a las masas al combate armado. Nuestro Partido tiene en este punto sus propias concepciones en cuanto a la lucha armada en nuestro país pero no es esta la oportunidad para exponerla.

Terminan los dirigentes comunistas salvadoreños su epílogo al *Diario del Che...*, proponiendo una discusión basada en el análisis crítico de la práctica revolucionaria continental, de toda la problemática relacionada con la estrategia del movimiento revolucionario latinoamericano.

Desde luego, los problemas planteados por nuestros camaradas ameritan una discusión de fondo en el interior del Partido y del país, pero ello no debe inhibir a quienes por razones de trabajo revolucionario estamos en el exterior para manifestar nuestras opiniones más generales.

El epílogo de nuestro Partido al *Diario del Che en Bolivia* trata de ser un pronunciamiento contra «la estrategia del foco guerrillero». Pero en la medida en que hace del foco una abstracción y lo desvirtúa en conjunto SE CONVIERTE EN UN PRONUNCIAMIENTO CONTRA LA LUCHA ARMADA, vía de la revolución en Centroamérica surgida del análisis de las estructuras de nuestros países y de su perspectiva histórica en el marco mundial. Decimos que los compañeros abstractizan y desvirtúan en conjunto el foco guerrillero porque no se limitan a criticar los errores prácticos y teóricos de tal o cual experiencia foquista o de un conjunto de ellas, ni a señalar insuficiencias parciales en la eficacia del foco inicial para ciertas tareas organizativas, ni a cuestionar las posibilidades actuales en este momento histórico concreto de formas foquistas no aisladas

en el territorio que encierran las estrechas fronteras salvadoreñas. No hay un intento serio de discusión y profundización del fenómeno. Los compañeros toman simplemente del foco su «leyenda dorada» para dedicarse a destruir teóricamente a un fantasma. Atacan como la encarnación del foco al «grupo de doce valientes que por definición y conscientemente despreciadores de las grandes masas populares eluden todo trabajo político y organizativo y se aíslan del proceso de lucha de clases nacional». Ese no es el foco guerrillero al que se refería el Che y sobre el que ha escrito páginas brillantes pero al parecer insuficientes para Régis Debray. Lo grave es que, aunque se diga lo contrario, esa negación del foco se convierte en Centroamérica en la negación de *la única forma segura y eficaz de COMENZAR la lucha armada en el campo*. Y como hablar de lucha armada en Centroamérica es hablar fundamentalmente de lucha en el campo, como forma principal y no como simple lucha de apoyo a las acciones de masas de las ciudades, la negación del foco se convierte en negación de la lucha armada. Tenemos derecho a pensar así porque los camaradas no examinan ninguna de las otras formas de realizar la vía armada de la revolución en El Salvador y en la zona centroamericana, que es la vía planteada por nuestro Partido en sus documentos. Estas formas no son ni mucho menos ilimitadas y a las principales que las resumen a todas podemos examinarlas aquí muy brevemente. Descartado el foco ¿qué nos quedaría? ¿La lucha guerrillera urbana? ¿La preparación y la realización de la insurrección de masas en las ciudades? ¿La organización paulatina del campesinado y la elevación de su conciencia política por medio de las luchas reivindicativas hasta que estas, derivando por fuerza de las circunstancias en la violencia, lleguen a las luchas de autodefensa o a la guerra de guerrillas o a la insurrección general? ¿La insurrección basada en el espontaneísmo de las masas que nos plantean los trotskistas? Ninguno de estos métodos por sí solo resiste el menor análisis si

se les examina en concreto a la luz de las condiciones existentes en nuestros países, que son las que les imponen su carácter a la lucha de nuestros pueblos, y a la luz de la comprensión de la lucha revolucionaria como un proceso complejo, no lineal, integrado por etapas que no se superponen mecánicamente, sino que se interrelacionan dialécticamente y que, en conjunto, suponen una variedad de formas de lucha según el nivel del proceso y la correlación de fuerzas existente. Ninguno de los métodos apuntados en su pureza (y en el epílogo al *Diario del Che...*, el PC de El Salvador examina una pura concepción ideológica del «foco guerrillero») toma en cuenta el carácter prolongado y ascendente de una guerra que se iniciaría hoy y mañana a partir de una correlación de fuerzas desfavorable para los revolucionarios en la medida en que ya el enemigo construyó su aparataje de la «guerra especial» y posee medios suficientes para seguir reproduciendo su sistema socioeconómico como conjunto dentro de la confrontación cuyas reglas del juego domina en lo fundamental. Ninguno de esos métodos aislado soluciona el problema central de la instrumentalización revolucionaria: la creación de una fuerza estratégica capaz de derrotar militar y políticamente al enemigo de clase (local y externo), de tomar el poder y de conservarlo para hacer la revolución. Por el contrario, *todos* estos métodos en abstracto presentan facetas que en resumidas cuentas los hacen más aventuristas y contraproducentes para la revolución que el más ingenuo y empirista de los focos guerrilleros, pues exponen muchísimo más al pueblo a los golpes del enemigo (local e imperialista).

Habría que preguntarse si existe efectivamente una «teoría del foco», una «estrategia del foco», pues la paradoja estriba en que las totalizaciones teóricas a su respecto han sido hechas por sus adversarios (el PC de Brasil, por ejemplo, a través de G. Luiz Araujo), agotando el viejo y facilista método de atribuir a la teoría que debe ser derrotada todo cuanto de negativo se le ocurre al

atacante. Los comunistas conocemos mucho este método porque lo hemos sufrido en carne propia desde siempre. En la obra del Che existe el encuadre concreto de una práctica de lucha armada que partió de un foco guerrillero hacia una verdadera guerra del pueblo (la experiencia cubana): el foco es en la obra del Che un elemento importantísimo de una etapa de la guerra del pueblo y en todo caso una instancia táctica en el seno de una estrategia de lucha armada. ¿Es *¿Revolución en la revolución?* de Debray una obra sobre «la teoría del foco»? Podemos remitirnos a un trabajo especial en este sentido que aparecerá en breve, pero por el momento diremos que en nuestro criterio este explosivo panfleto marxista-leninista analiza la situación concreta de un momento concreto del proceso de lucha armada de América Latina, en referencia concreta al inicio de la epopeya del Che en Bolivia. En su discurso el foco es un punto de partida alternativo frente a la inacción y no una teoría-receta abstracta. Ha habido y hay, y posiblemente habrá aún por desgracia, una práctica «foquista» que es al concepto de foco como la práctica «militarista» sería a lo militar: el empirismo individualista de origen pequeñoburgués que absolutiza el punto de partida de la pequeña unidad y lo convierte, en fin, en la concepción de los doce valientes que al son del tableteo de las metralletas dominan la montaña y bajan luego a la ciudad y no paran hasta llegar al salón donde está el sillón presidencial. Más tarde o más temprano habrá que hacer un trabajo minucioso para saber por lo menos de qué habla cada quien cuando se refiere al foco y al foquismo, dentro de la polémica revolucionaria de estos últimos años. Trataremos de aclarar aquí de qué foco hablamos nosotros. Para nosotros se trata de la pequeña unidad político-militar que inicia la lucha armada irregular, particularmente en las zonas rurales, en el contexto de una estrategia revolucionaria que presupone una clara línea de masas y un trabajo organizativo de las mismas, y que no excluye otras formas de organización y de

actividad políticas. El foco es, en las condiciones latinoamericanas de hoy, la forma de *comenzar* la guerra de guerrillas en el campo y el hecho de que consideramos que El Salvador es prácticamente zona urbana y suburbana en Centroamérica no debe hacernos olvidar que El Salvador no lo es todo en el istmo y en América Latina. Que la guerra del pueblo salvadoreño depende del foco no quiere decir exactamente que ella deba iniciarse *hoy* abriendo focos guerrilleros *en el territorio de El Salvador*. Por el contrario, creemos que la lucha armada de nuestro país depende mucho más que la de los demás países del nivel del movimiento revolucionario armado en el resto de la zona, pero este movimiento revolucionario tendrá que desarrollarse a través de una guerra de guerrillas iniciada focalmente (en Guatemala, en Honduras, en Nicaragua), que extenderá las acciones a El Salvador cuando la generalización de la lucha lo haga adecuado. La lucha armada en El Salvador sería entonces (en su línea principal de desarrollo) una lucha de las etapas media-superior y superior (decisiva) de la guerra popular centroamericana, pero sus momentos altos, de gran participación de masas, de la insurrección popular generalizada, de la guerra de movimientos o de posiciones, etcétera, no deben hacer olvidar que hasta allí se habrá llegado a partir de los focos guerrilleros de las montañas del istmo; sobre todo si recordamos que hoy, que es lo que importa, estamos en la orilla del punto de partida y no en el puerto de llegada, en la orilla del triunfo. Asumir los riesgos del inicio de este proceso conociendo que la ruta será sumamente tormentosa es la dura tarea actual. Esto no quiere decir tampoco, es claro, que los salvadoreños debemos limitarnos a esperar que los hermanos guatemaltecos, hondureños o nicaragüenses transformen la situación en Centroamérica hasta una medida en que sobrevenga de manera natural la lucha armada principal del pueblo salvadoreño. No: los revolucionarios salvadoreños debemos emprender inmediatamente todas las tareas políticas y organizativas

del aparato para la guerra del pueblo en todo el territorio nacional, las tareas de organización de la vanguardia de acuerdo con las necesidades nuevas y las tareas de desarrollar el movimiento de masas de nuevo tipo (con nuevos contenidos de conciencia y nuevos fines) y el emprendimiento de las formas de lucha armada que sean posibles y convenientes para el desarrollo del proceso nacional y centroamericano en su conjunto. Asimismo tenemos la obligación revolucionaria y la necesidad, con vistas a nuestro futuro, de ayudar con todos los medios a nuestro alcance al desarrollo del movimiento armado de los países vecinos. ¿O es que solo los imperialistas, los generales del CONDECA, los piratas de cuello y corbata de la Integración Centroamericana, los organizadores de ORDEN, etcétera, tienen el derecho de borrar las fronteras entre nuestras patrias cada vez que conviene a sus intereses? ¿Tenemos el derecho de renunciar a esa actividad centroamericanista los que decimos luchar por los sagrados intereses de nuestros pueblos?

No hablamos con vanas intenciones proféticas ni deseamos amoldar la realidad a la medida de nuestros deseos. Exponemos conclusiones extraídas del análisis exhaustivo de nuestras condiciones nacionales, de la naturaleza y las formas de acción del enemigo, de la historia de nuestras organizaciones revolucionarias, otorgando en tal exposición algunas ventajas polémicas. Hablamos, por primera vez públicamente para nuestro país, de estos problemas tan delicados; debemos hacerlo en forma breve y concentrada y sopesar además el hecho de que el enemigo también nos lee y toma sus notas. Escribimos estas líneas porque consideramos que, en definitiva, es mucho más peligroso que un ataque público a la lucha armada en Centroamérica quede sin discusión y respuesta, viniendo como viene de un Partido Comunista que es, a pesar de sus limitaciones, una de las organizaciones populares más importantes de la zona.

El carácter centroamericano de la lucha de los pueblos de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica lo establece el hecho de la unidad que de nuevo le ha planteado el enemigo imperialista a la región en la forma que hemos dejado esbozada antes. La unidad económica básica no es ya El Salvador, Guatemala, etcétera, sino el conjunto de países centroamericanos que componen el Mercado Común, por encima de las crisis a que llegan las contradicciones internas del sistema. Para asegurar esta estructura económica nueva (cuyas crisis estructurales, repetimos, comienzan a ser evidentes en muchos niveles), el imperialismo ha construido y continúa construyendo un aparato centroamericano de dominación y represión. La respuesta de los revolucionarios debe ser también a nivel centroamericano. En Guatemala y en Nicaragua esa respuesta han comenzado a darla los hombres que combaten bajo la dirección de César Monte, Carlos Fonseca Amador, etcétera. Las organizaciones revolucionarias salvadoreñas no pueden ser indiferentes ante esos esfuerzos extraordinariamente abnegados, pues ello equivaldría a serlo con su propio porvenir, de tal manera que subrayar en demasía el *carácter interior* de la lucha de clases de nuestros países como lo hace la CP de nuestro Partido en el epílogo al *Diario del Che...* se convierte en Centroamérica en una contraposición frente a la necesidad de centroamericanizar la lucha, en un despropósito basado en análisis obsoletos. Sobre todo cuando se hace para, en el fondo, mantener una supuesta «exclusividad en nuestro cerrado coto político» y no para emprender las indispensables tareas locales de instrumentalización de la lucha *armada* de clases que nos espera.

Estamos de acuerdo con que el espíritu analítico y crítico debe presidir la lectura del *Diario del Che en Bolivia*. Pero ese análisis y esa visión crítica deben tener un sentido revolucionario ascendente y no un sentido regresivo. La muerte del Che y el fracaso temporal de Bolivia no ha sido «el fracaso de la teoría del foco»,

ni mucho menos el fracaso de la concepción guerrillera, ni mucho menos aún el fracaso de la lucha armada, de la guerra de los pueblos latinoamericanos. El Che y sus camaradas asumieron las necesidades actuales del proceso revolucionario de América Latina, *fueron a Bolivia a cumplir con las tareas que serán indispensables de cumplir en uno u otro momento en la casi totalidad de nuestros países, incluso en algunos considerados como «excepcionales»*. Durante ese empeño histórico fueron abandonados por las organizaciones tradicionalmente consideradas como revolucionarias en la zona, en especial por aquella en la que más se confiaba por haberse llegado, al parecer, a acuerdos concretos con sus dirigentes, es decir, el Partido Comunista Boliviano. A pesar de sus extraordinarias capacidades político-militares no pudieron superar por diversas razones, previsibles unas, imponderables otras, la etapa inicial de gran vulnerabilidad que es característica de la guerra de guerrillas. Posiblemente la acción del Che haya puesto de manifiesto de una vez por todas las necesidades que el foco inicial tiene en las condiciones actuales de América Latina *de coordinar su acción con otros tipos de organizaciones, de tener a su disposición determinada gama de instrumental organizativo para cumplir las múltiples tareas de la guerra del pueblo y al fin de abandonar la etapa focal lo más pronto posible*. Es en esta etapa inicial donde los imprevistos y el azar pueden tener una incidencia decisiva y casi siempre la tienen en el sentido negativo. Es muy ilustrativo el análisis que hizo el comandante Raúl Castro sobre el asalto al cuartel Moncada y su fracaso, y sobre el significado que esa experiencia tuvo con respecto a la estrategia posterior de los revolucionarios cubanos, quienes al desembarcar desde el yate *Granma* encabezados por Fidel, aunque todavía pensaban en términos del «pequeño motor que echará a andar al gran motor» (foco-masas, guerrilla-masas) y desarrollaron exitosamente ese pensamiento, habían aprendido a «[...] no confiarnos de los resultados explosivos de una acción,

haciendo depender los demás planes de los resultados de aquella, sino en forma tal que uno o varios fallos no hicieran fracasar la empresa» (comandante Raúl Castro, artículo publicado en la revista *Fundamentos*, La Habana, 1961). Cuando Fidel Castro en su prólogo al *Diario del Che...* evalúa determinadamente —y no en el nivel que lo afirma el PCES— el papel del azar en la gesta del Che no hace sino recoger el viejo conocimiento guerrero de quienes, como Karl Clausewitz dijeron: «[...] ninguna actividad humana tiene contacto más universal y constante con el azar que la guerra». Desde luego que, como lo decimos en otros trabajos nuestros sobre este tema, quien nos convoca ahora a la lucha no es Clausewitz solamente sino el marxismo-leninismo y que hay muchas leyes clásicas de la guerra que hemos visto hacerse pedazos en los últimos años, pero un elemento queda en pie después del mejor de los análisis: para hacer la guerra se necesita un determinado tipo de disposición moral, un determinado nivel de decisión moral. Este elemento tiene en la América Latina de hoy una importancia histórica determinante. El compañero Ernesto Guevara lo supuso mejor que nadie y aceptó la suerte de pasar a encarnar esa decisión. El movimiento armado boliviano y latinoamericano seguirá hablando por él. *Y de aquí que cada día somos más los comunistas latinoamericanos que entendemos que en la odisea boliviana fue el Che Guevara quien habló por nosotros y no el PCB, y no la línea encargada por Mario Monje.* Tal entendimiento es de hecho un compromiso de honor que coincide absolutamente con los resultados del análisis marxista de nuestra historia y de nuestra perspectiva como naciones y como individuos militantes por la revolución.

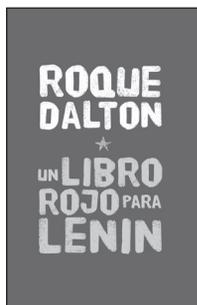
Comparar nominalistamente la experiencia del Che en Cuba con la lucha del Che en Bolivia implica un sofisma básico. Ni las condiciones fueron las mismas ni la tarea era igual ni el enemigo presentaba idénticas características. Para poder hacer esa comparación tendríamos entre otras cosas que imaginarnos al sector del

«llano» del Movimiento 26 de Julio dejando a Fidel librado a su suerte o al mismo Che muerto en Santa Clara, a los *rangers* de la guerra especial contrainsurgente en lugar del Ejército batistiano. La tarea de la organización de las masas del campo en los países latinoamericanos para encarnar la guerra antiimperialista del pueblo requerirá desgraciadamente más muertos, más retrocesos, más derrotas parciales aún; pero renunciar a ella en nombre de renunciar al inicio focal es renunciar a la revolución o aplazarla para más de cien años. Es claro que un factor objetivo importante en la caída del Che fue la falta de apoyo y de incorporación campesina, pero ¿cuáles fueron los factores que hicieron que el Che no pudiera organizar ese apoyo y esa incorporación? Volvemos a lo mismo: obstaculización activa, traición por parte de las organizaciones revolucionarias más importantes del país, forzado e inconveniente inicio de las operaciones militares a causa del temprano detectamiento enemigo, concurrencia de negativos acontecimientos tácticos (que en el caso de una guerrilla que es una unidad táctica y que de estratégico no tiene sino la perspectiva alcanzan, sin embargo, niveles estratégicos), etcétera, etcétera. Afirmar que todo se debió precisamente a que la «teoría del foco» encierra desprecio por la lucha política y por las masas es repetir un lugar común acuñado en el seno del dogmatismo más extremo en nuestras filas al cual no se ha afiliado antes, hay que decirlo, el PC de El Salvador. Muchos de nosotros, comunistas salvadoreños, habríamos estado dispuestos a arriesgarlo todo para que un revolucionario como el Che Guevara hubiera dado su aporte directo para la lucha de los pueblos centroamericanos y del pueblo salvadoreño, habríamos dado lo que hubiésemos podido para una acción del Che en este sentido se hubiera empalmado en el nivel adecuado con el proceso de nuestra lucha de clases interna para ayudarnos a hacer de él un proceso victorioso. Por eso es que nos parece que el epílogo al *Diario del Che...* no debe pasar inadvertido y que por

el contrario debe ser analizado a fondo por los militantes: porque puede ser la expresión de un desviación derechista en el seno de una línea política que ha proclamado la lucha armada como vía de la revolución salvadoreña, y que puede por ello llegar a tener perfiles verdaderamente suicidas. En la primera parte de estas consideraciones hemos dejado apuntadas brevemente algunas de las formas y los instrumentos con que el enemigo se prepara para aniquilarnos.

Desde luego, estamos por la discusión más profunda de estos problemas y de todos los demás relacionados con la lucha revolucionaria latinoamericana, una discusión correctamente procesada sobre la realidad y alejada del simple intercambio de epítetos y la contraposición de tesis abstractas. Al fin y al cabo, cuando hemos llegado juntos a la conclusión de que en nuestros países la lucha armada es el camino revolucionario consecuente con la estructura de nuestras sociedades históricas no lo hemos hecho por contrariar línea alguna del movimiento comunista o para concordar con otra por razones de simpatía o antipatía. Hemos arribado a una conclusión estratégica por la vía del marxismo-leninismo. Debemos seguir avanzando en esa dirección y tendiendo siempre a la práctica, fuente de la teoría y fuente del desarrollo de esa misma práctica. Desentrañar hasta las últimas consecuencias de elección del Che es tarea de quienes pudieron dejar definitivamente atrás las ilusiones pacifistas que se encarga siempre de estimular el enemigo, es tarea de los comunistas decididos a marchar por el duro camino de la guerra popular.²

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR

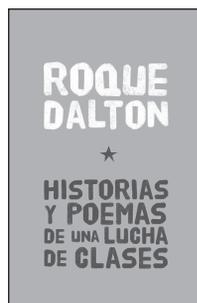


UN LIBRO ROJO PARA LENIN

Roque Dalton

Con este poema-*collage*, según la propia definición autoral, el lenguaje poético sacude la testa del discurso político, y configura una pieza de madurez que ofrece una lectura del leninismo a partir de los reclamos de América Latina. En sus páginas, Roque emprende una experimentación formal tan dinámica y revolucionaria como el mensaje que aborda, sin abandonar su persistente sentido del humor. *Un libro rojo para Lenin* viene a ser, pues, un testamento literario engendrado en un momento creador.

272 páginas, ISBN 978-1-921235-78-8



HISTORIAS Y POEMAS DE UNA LUCHA DE CLASES

Roque Dalton

Cinco poetas, cada uno con su retórica personal, se dan cita en este cuaderno para redimir a la poesía como forma de lucha, como acción revolucionaria y no como mero ejercicio de distanciamiento burgués. Todos los «autores» tienen algo en común: son seudónimos de Roque Dalton. Publicado en varias ocasiones como *Poemas clandestinos*, este libro llega hoy a los lectores con su título original, inseparable del compromiso político del gran poeta salvadoreño, sin dudas una de las voces eternamente jóvenes de América Latina.

112 páginas, ISBN 978-1-921235-69-6

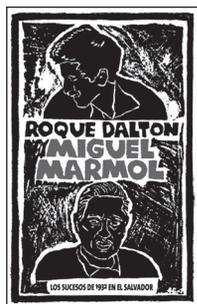


EL SALVADOR. MONOGRAFÍA

Roque Dalton

El Salvador ha vivido una de las historias más estremecedoras de Latinoamérica. Las presentes páginas fueron escritas por Roque Dalton para dar a conocer la fisonomía geográfica, social y cultural, los héroes populares, el enfrentamiento de clases, la represión política y la injerencia imperialista que la educación «oficial» había acallado. El éxito editorial de esta obra, ajena a la historiografía burguesa y antinacional, ha conquistado la atención de todos los pueblos que advierten en El Salvador un referente de lucha por la liberación nacional.

200 páginas, ISBN 978-1-921438-82-0



MIGUEL MÁRMOL

Los sucesos de 1932 en El Salvador

Roque Dalton

Texto clásico de la historia contemporánea de El Salvador, *Miguel Marmol* es el resultado de varias entrevistas realizadas por Roque Dalton en Praga, entre mayo y junio de 1966. El militante salvadoreño Miguel Marmol, sobreviviente de la masacre de 1932, narra la heroica insurrección dirigida por el Partido Comunista en esa nación centroamericana, y la brutal represión del Gobierno.

401 páginas, ISBN 978-1-921235-57-3

Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador

I

Es un hecho que el Partido Comunista de El Salvador nació del movimiento organizado de los trabajadores salvadoreños, del seno de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS), cuya estructura orgánica, dicho sea de paso, correspondía en forma muy funcional a la estructura clasista del país en su época (agrupaba a obreros-artesanos, a proletarios agrícolas y, aunque como excepción, a campesinos pobres y semiproletarios y a productores-comerciantes pobres). El proceso de la formación del Partido, el proceso de la consolidación del «grupo comunista», del «llevar la ideología revolucionaria al seno de la clase obrera» (por los intelectuales radicales salvadoreños primero, por los cuadros extranjeros de la Internacional Comunista luego, y por los militantes del Partido una vez fundado este), su fundación formal a orillas del lago de Ilopango en 1930, etcétera, pueden seguirse con algún detalle en el testimonio de Miguel Mármol.¹ A estas alturas es difícil hacer un análisis riguroso basado en datos precisos, en

estadísticas, de la composición clasista en el seno del Partido de 1930 a 1932, y los datos de su posterior desarrollo son insuficientes para analizar su composición original, porque después de la gran masacre de 1932 el PCES se vio no solo reducido a una mínima expresión, sino que fue transformado en *otra* organización, fue violentamente desplazado de su ubicación clasista primigenia (en dos sentidos: en el de la destrucción de su inserción real en las masas fundamentales y en el de la desaparición casi absoluta de su seno de los obreros y campesinos, ya que los grupos de sobrevivientes que continuaron la labor estuvieron formados exclusivamente por pequeños burgueses: artesanos, profesionales, intelectuales), retrotraído a formas ideológicas premarxistas, etcétera, y comenzó a marchar por otra vía de desarrollo organizativo y sociopolítico. Sin embargo, es posible intentar un enfoque muy general de las características sociales del Partido como instrumento clasista entre 1930 y 1932 a la luz de la formación social existente en el país en aquellos años, aclarando desde ahora que en nuestro criterio hay que considerar que lo importante es no perder de vista la finalidad política y no «académica» de este trabajo, lo cual nos permitirá (sin caer en anticientifismos invalidadores) extremar la simultaneidad en el análisis de los datos de aquella época y el examen de los problemas actuales en lo que se refiere a la organización revolucionaria y su línea estratégico-táctica. Los sucesos de 1932 casi a la manera de un fenómeno natural catastrófico dividieron en dos la historia y la forma de desarrollo del Partido en nuestro país: de 1930 (o si se quiere, desde que se inicia en el seno de la FRST el proceso hacia la fundación del Partido) hasta 1932, habría transcurrido la etapa que podría llamarse del desarrollo normal del partido marxista-leninista salvadoreño, y desde 1932 hasta la actualidad (con algunas distinciones que habría que hacer desde la mitad de los años cincuenta), la etapa de su desarrollo mediatizado, deforme, anormal. Volveremos sobre este problema, y no

solo en las presentes páginas, porque es en él donde hallaremos parte de la respuesta a la pregunta de cuál es la tradición revolucionaria que debemos reivindicar en la actualidad del conjunto de experiencias históricas del Partido Comunista de El Salvador. ¿El PCES de hoy es simplemente el PCS de 1932, el de Farabundo Martí y Francisco Sánchez, con cuarenta y un años más de edad? En una eventual recomposición de la vanguardia revolucionaria concreta nacional ¿cuáles serán los elementos de continuidad marxista-leninista que el PCES extraerá de su historia para ofrecer a la lucha ideológica y a la acción común, a la unidad y a las alianzas? Esto es sumamente importante porque no se trata tan solo de hacer la historia de un nuevo partido progresista salvadoreño, de una organización popular más, sino específicamente del Partido de la clase obrera, marxista-leninista, del «instrumento mediante el cual la fracción consciente de la clase obrera accede a la lucha política y prepara (dirige, encabeza) el enfrentamiento contra el Estado burgués centralizado, llave maestra de la formación social capitalista» (Bensaïd y Nair).

Ya la historia de lo que han sido los «partidos políticos en general» en El Salvador es una tarea difícil por la ambigüedad de la materia a tratar. Entre nosotros lo común ha sido el organismo faccional-caudillista electorero más o menos efímero (Liga Roja, Propatria, Fraternal Progresista, PID, PAN, PAC, PRUD, PCN, etcétera), salvo que la facción triunfe en las elecciones y pase a ser *base política* del sector de las clases dominantes que pasa a su vez a ejercer directamente el poder en el marco de la dependencia imperialista. Lo tradicional en estos organismos instrumentales de distintos sectores del bloque oligárquico-imperialista y de los distintos matices de su ideología (que suelen adoptar las formas más burdas del populismo —las Dolly Sisters en el desfile obrero del 1ro. de Mayo bajo el régimen de Osorio— cuando es necesario, o de la violencia fascista —del clima de 1932 y la mentalidad poli-

ciaca de los militantes de Propatria al aparato electoral del PCN, pasando por las prácticas del osminismo-castanedismo— cuando no hay más remedio) ha sido precisamente el negar su carácter ideológico: siempre han pretendido partir de programas *concretos* de mejoras sociales, administrativas, de estilo de gobierno inclusive, casuísticos y vagos a la vez, cuyo incumplimiento y fracaso no tuvo nunca que cuestionar el poder conjunto de la oligarquía o del Estado burgués o del invariable aparato administrativo, venas nutricias nacen y desembocan por mil vericuetos en los mares del comercio internacional dominados por la gran o las grandes potencias imperialistas, Estados Unidos en nuestro caso, hegemónicas por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial. Las dos únicas referencias expresas, dichas en voz alta hacia lo ideológico, de todo ese conjunto de partidos, uniones y organismos, fueron la simbología nacionalista (lo «cívico») y el anticomunismo. Su carácter permanente, su énfasis en la explicitación clasista, su esqueleto ideológico proclamado desde el comienzo ya de por sí hacen del Partido Comunista salvadoreño un fenómeno totalmente nuevo en la historia política del país. No digamos ya su naturaleza de instrumento activo para la revolución, para la revolución que surge objetivamente de una base material (la crisis de estructura, de formación social como conjunto), que se caracteriza táctica y estratégicamente por propósitos mediatos e inmediatos, y que en definitiva apunta a la destrucción de la sociedad que le ha dado nacimiento y a su sustitución por otra sociedad, la sociedad sin clases a la que se llega por el puente de la dictadura del proletariado, *pero que no se hace por sí sola*. Por eso es que los comunistas salvadoreños hemos sonreído para nosotros mismos cuando en la década de los sesenta los dirigentes de la democracia cristiana, los intelectuales repartidos en los nuevos grupos políticos llamados «radical-democráticos», «social-demócratas», «nacionalistas revolucionarios», etcétera, y hasta los autores de la Ley Electoral y los

empleados del Consejo Central de Elecciones comenzaron a hablar como de una novedad histórica de los «partidos políticos permanentes» y sobre todo de los «partidos ideológicos» en El Salvador. Pero muchas veces esa sonrisa nos llevó a olvidar que un Partido Comunista no puede ser tal si únicamente ostenta para la historia el haber inaugurado la permanencia organizativa en el seno de una formación social que se mantiene inalterada en lo fundamental, y la calidad de portavoz de una ideología clasista explícita (concretizada o no en un programa), ya que tales cualidades son solo funciones que se desprenden de una naturaleza básica que hay que conseguir: la del sujeto político de la revolución.

De ahí que sea necesario, para examinar en primer lugar la «normalidad» del desarrollo del Partido Comunista de El Salvador entre 1930 y 1932 como instrumento revolucionario clasista, hacernos un cuadro de la formación social salvadoreña de aquel momento, ya que solamente ella podrá aclararnos el carácter de la revolución que a su respecto se planteaba histórica y estructuralmente y porque, como dice Lukács, «[...] el problema de la organización de un partido revolucionario puede desarrollarse orgánicamente solo a partir de una teoría de la revolución misma»; con lo cual nos aseguramos mínimamente (es decir, guardando *todas* las distancias) la ruta elaborativa de Lenin en dirección a concebir el partido concreto de la revolución que tomó el poder en Rusia. Como dicen Bensaïd y Nair: «Lenin en sus primeros escritos de 1894 a 1898 se dedicó a definir la naturaleza de la futura revolución: ¿cuál es la formación social contra la que se combate? ¿Qué Estado debe ser destruido? ¿Qué clase debe ser vencida?». La base de la estrategia leninista descansó en la comprobación de que los revolucionarios rusos luchaban con una formación social con dominante capitalista y no feudal (aun cuando las supervivencias feudales eran importantes): por ello pudo cumplir la doble tarea de definir el sujeto teórico de la revolución preanunciada

(clase obrera, generada por la dominante de la formación social) y darle el sujeto político capaz de triunfar en ella (partido bolchevique revolucionario, de vanguardia, democráticamente centralizado; ideológica, teórica y técnicamente capaz de enfrentar en cada momento las formas de lucha dominantes dentro de la vía general – no pacífica, sino insurreccional – de la revolución; en fin, conformado de acuerdo con las normas y principios que pasarían a llamarse «normas y principios leninistas de organización»). ¿Cómo aparece ante nuestros ojos el panorama salvadoreño alrededor de 1930 al retomar cuarenta años después las líneas generales de esa elaboración leninista? ¿Cuál era la formación social salvadoreña de aquel momento y cuál era el instrumento que la misma necesitaba para dar una salida revolucionaria victoriosa a la crisis? ¿Cuál era la calidad instrumental revolucionaria del PCS, no en teoría sino tal y como existió en la realidad? Hay que ir por partes.

Si entendemos, con Poulantzas, que una formación social es el «encabalgamiento específico de muchos modos de producción puros», que «[...] constituye una unidad compleja con dominante de un determinado modo de producción», la de El Salvador en 1930 formaba parte del proceso siguiente: Después de la independencia con respecto a España, el problema de la *dependencia* de El Salvador se entremezcló con las vicisitudes de la alternativa «unidad centroamericana o fragmentación en distintas unidades nacional-republicanas». Como se sabe este último término de la alternativa fue el escogido por la historia, por la historia de la dependencia, dando al traste con los anhelos liberales de la «Patria Grande» en la Centroamérica que había nacido como un conjunto de «provincias unidas» a la vida independiente. Hubo intentos, rechazados o derrumbados, de anexas Centroamérica a México (al imperio de Iturbide), El Salvador a Estados Unidos, etcétera. En la cabeza de los sectores criollos y mestizos (concretamente, los que se beneficiaban con la producción del añil, que era la materia pri-

ma que el país exportaba entonces para el mercado internacional) que habían sustituido a la Corona española en el «frente de los negocios y de la administración pública», la idea de la dependencia real del país subyacía bajo la alharaca en torno a la independencia formal. Posiblemente era una manifestación del sentimiento de toda burguesía de asumirse como parte de una economía mundial o cada vez más mundial. Centroamérica (y El Salvador) pasó a ser campo de batalla de las fuerzas en pugna en el seno del sistema capitalista mundial, en el seno del naciente imperialismo de la segunda mitad del siglo diecinueve. Definidas las luchas tempranas entre liberales y conservadores, restauradores monárquicos y republicanos, federalistas unitarios y divisionistas, el siglo diecinueve centroamericano sería principalmente la historia de aquella pugna, siempre ocultada por los oropeles de los hechos secundarios y resultantes, por los nombres y por los acontecimientos que los historiadores burgueses harían crecer y crecer: los Barrios y los Zaldívar, los 44, los guerras intestinas, los Menéndez, los Dueñas, etcétera. La lucha del pueblo y sus sectores más progresistas (los que hoy llamaríamos «de vanguardia») fue encausada por diversos medios y, en general, sirvió apenas como término extremo de la contradicción que impulsó el desarrollo de la dependencia. Los imperialistas por su parte aprendieron rápidamente la lección del *affaire* Walker: la intervención directa no era la única vía para la incorporación de las neocolonias, y tenía además el inconveniente de unificar a los pueblos contra el invasor extranjero. Había, pues, que combinarla con otras formas políticas y económicas de asimilación más hondas y permanentes, sobre la base de una Centroamérica fragmentada (y debilitada) en cinco republiquetas y cinco pueblos acorralados. La correlación de fuerzas en el seno del sistema capitalista mundial se fue reflejando en Centroamérica (y en El Salvador) algebraica, matemáticamente. Los imperialistas ingleses, alemanes, franceses, etcétera, fueron siendo desplazados

por el cada vez más pujante imperialismo norteamericano. El proceso de su dominación exclusiva y excluyente (en lo fundamental y hablando en términos generales, ya que habría que considerar el proceso del imperialismo no solo en lo referente a sus contradicciones internas, sino en lo que se refiere a las recomposiciones e integraciones en su seno —particularmente en lo que se refiere a las corporaciones multinacionales— y otra serie de fenómenos de la llamada «repartición de responsabilidades nacionales» en la estructura mundial del mismo) tuvo para El Salvador dos momentos definitorios: el de los sucesos del año 1932 (la oligarquía se consolidó políticamente como fuerza social interna predominante y Arturo Araujo, que fue apartado del Gobierno para el que había sido elegido democráticamente por el pueblo, fue —y así lo señala Miguel Mármol en su testimonio— el último gran peón individual del imperialismo inglés en El Salvador), y el de la caída de la dictadura del general Maximiliano H. Martínez en el marco de la inicial postguerra, cuando ya aparecía Estados Unidos sin duda ni discusión colocado en la supremacía imperialista mundial.

Ahora bien, para ahorrarnos toda una enorme serie de detalles históricos diremos que la forma de incorporarse y explotar a El Salvador que usó el imperialismo norteamericano fue diferente en varios sentidos a la que usó en el resto de Centroamérica. Por la pequeñez y las características del territorio, por la ubicación del país en el istmo, pero sobre todo porque la formación social salvadoreña se nucleaba en lo interno en torno a una oligarquía terrateniente que producía desde hacía tiempo en función del mercado internacional, del comercio exterior, poseía la mayor acumulación de capital concentrada de la zona, y era por lo tanto el apoyo idóneo para estructurar y dirigir la dependencia en las condiciones de la nueva hegemonía, el imperialismo norteamericano no construyó entre nosotros la plantación al estilo ya clásico de las bananeras de la United Fruit en Honduras, en Guatemala o en Costa

Rica, sino que se limitó a coger el rábano por el rábano: se apoderó de El Salvador, lo hizo parte de su sistema mundial por medio del control de su comercio exterior. Entre otras ventajas esta manera de poseer un país eliminaba o reducía al mínimo la exportación de capital, la inversión directa en el país satélite. Además, por el poder de la oligarquía local El Salvador era el país centroamericano donde había más elementos para una eventual, futura, industrialización. El café salvadoreño, sustituto del añil en el sistema de monocultivo para la monoexportación, y sembrado en las tierras que tras un proceso de concentración y selección habían servido de base material al nuevo núcleo interno de dominación económica y social (a partir de la extinción de los ejidos y de las tierras comunales y de su traslado casi mecánico —normado por la ley de gravedad— a las manos de los abanderados de la «libertad de compra y explotación de terrenos») encarnaba con aroma y color el nuevo factor dinámico en el proceso de desarrollo-del-subdesarrollo salvadoreño: era la materia prima demandada ahora por el mercado internacional del imperialismo; y al menos por el momento incluso las otras poleas de transmisión imperialista se subeditaron a las necesidades del rubro principal de producción: el transporte marítimo y aéreo, los ferrocarriles, la importación (de combustibles, de lubricantes, de abonos y productos químicos, de productos alimenticios, etcétera), la distribución de la energía eléctrica, etcétera. Los empréstitos sirvieron para disipar las dudas y los escrúpulos en una primera etapa, y luego fueron el grillete al pie de la nación, incluidos los oligarcas locales, si no en la nación, en el grillete. Cuando las cosas marcharon tan mal que no alcanzaban a ser arregladas con las liquidaciones anuales que se hacían en Nueva York, aparecía físicamente la figura del verdadero amo: un agente fiscal norteamericano llegaba e imponía un embargo a las rentas aduaneras, por ejemplo, y cobraba en persona en los puertos «salvadoreños». Esta incorporación que el sistema mun-

dial del imperialismo hizo con respecto a El Salvador en el curso de su proceso hacia la nueva composición en que Estados Unidos ejercería la hegemonía, determinó muchas cosas pero, sobre todo, determinó la estructura de clases de nuestra nación. La estructura de clases salvadoreña resulta entonces parte de un conjunto mayor: el del imperialismo como modo de producción a nivel mundial. Solo así vistas las cosas podremos explicarnos el proceso de nuestra dependencia y podremos eliminar todas las confusiones teóricas y políticas que dimanen de considerar nuestra situación actual como el producto de un simple proceso de desarrollo clásico del capitalismo que fue «deformado» por la intromisión del imperialismo, un proceso interno que fue interrumpido y modificado por un proceso exterior convertido poco a poco en dominante. La historia de El Salvador como nación formalmente independiente (para no ir más atrás en el tiempo) es la historia de una unidad socioeconómica que desde el inicio es parte dependiente de una economía mundial (etapa temprana del imperialismo). Su formación social de dominante capitalista no surge de una revolución industrial propia: la revolución industrial para El Salvador es la revolución industrial que dio origen al capitalismo, la revolución industrial europea. El modo de producción capitalista que llegó a El Salvador es el capitalismo que llegó de Europa y nos llegó por las vías comerciales de los imperialismos europeos y posteriormente de Estados Unidos. De acuerdo con el papel que le asignó el imperialismo, el desarrollo-del-subdesarrollo salvadoreño, repetimos, se ha hecho sobre la base del estímulo que significó la importación de materias primas por parte de dicho imperialismo. No hay que olvidar que «dependencia» quiere decir modernamente, antes que todo, dependencia del mercado mundial, y luego, dependencia del dueño del mercado mundial. El punto de vista de conjunto del proceso de desarrollo de la formación social salvadoreña desde principios (primer cuarto de siglo) del siglo diecinueve

como parte de una economía mundial, nos permitirá asimismo medir en su debido alcance el valor que tienen entre nosotros conceptos tales como «resabios feudales», «semifeudalismo», etcétera, el especial y concreto tipo de coexistencia que en nuestro país se ha dado entre diversas formas y tipos de relaciones de producción, entre diversos niveles técnicos en las actividades productivas, etcétera, sin caer en equívocos de necesaria repercusión política.

El proyecto de Programa Agrario del Partido Comunista de El Salvador, aprobado como tal en el V Congreso del Partido celebrado en 1965, sintetiza el desarrollo del capitalismo dependiente en la agricultura salvadoreña hasta nuestros días, y pone de relieve el carácter esencialmente «monocultivista para la monoexportación» de la producción en ese sector, así como el proceso de formación de la clase social clave, la oligarquía criolla, instrumento fundamental del imperialismo para establecer y mantener la dependencia salvadoreña:

En El Salvador, como en toda América Latina, las relaciones de salario aparecieron en las ramas de la producción mercantil destinadas a la exportación cuando en ellas llegó a ser incompatible la necesidad de ampliar el volumen de la producción, determinada por el crecimiento de la demanda en Europa, con las relaciones esclavistas y feudales de trabajo que le imponían a este un carácter forzado e impedían la elevación de su productividad. En muchos países latinoamericanos el trabajo asalariado libre o más o menos libre apareció primero en la minería que en las demás ramas de la producción, porque la minería representaba en ellos la fuente más abundante de productos para la exportación. Pero en nuestro país, sin una minería rica, la producción de materias primas agrícolas para Europa, a través de España, fue la principal actividad destinada a la exportación. Concretamente fue en la producción del añil donde en El Salvador surgieron primero las relaciones de salario en un

principio envueltas en resabios esclavistas. El cultivo del café, que vino a sustituir al del añil a mediados del siglo pasado, se afianzó sobre la base de una completa reforma burguesa del régimen de la propiedad sobre la tierra y le imprimió gran impulso al desarrollo del capitalismo en nuestra agricultura. Tres factores se conjugaron en el inicio del cultivo cafetalero para imprimirle un rumbo capitalista:

- a) La formación del monopolio privado de la tierra mediante el despojo violento de las comunidades indígenas, de los ejidos, de los pequeños propietarios campesinos. Las leyes de extensión de comunidades, de extinción de ejidos y de registro de la propiedad raíz e hipotecas promulgadas en los años 1881, 1882 y 1897, respectivamente, vinieron a legalizar el despojo, ya realizado de hecho en gran medida, y a facilitar el definitivo asalto sobre la tierra por parte de los grandes terratenientes y, de manera especial, de los altos funcionarios estatales y municipales que estaban en mejores condiciones para utilizar en su favor la fuerza pública.
- b) La formación de una gran masa de trabajadores desposeídos de todo medio de producción, con su fuerza de trabajo para vender por un salario como único medio de subsistencia. Esta masa desposeída fue el resultado inmediato de la formación del monopolio privado sobre la tierra que ya ha sido descrito. Las plantaciones de café y el beneficio del mismo pudieron contar de esta manera con una mano de obra abundante y barata.
- c) La inversión en el cultivo cafetalero de importantes capitales monetarios acumulados anteriormente en el cultivo y la exportación del añil que, con la eliminación de los impuestos gravosos y de las trabas para su libre comercio en Europa que la independencia trajo consigo, se convirtió en

un negocio muy lucrativo y próspero durante la mayor parte del siglo pasado. Fue precisamente cuando comenzaba a declinar el añil, como consecuencia de la producción de colorantes sintéticos en Europa, que se iniciaron los esfuerzos oficiales de El Salvador para arraigar y extender el cultivo del café. En el cultivo cafetalero fueron invertidos también capitales procedentes de la malversación de fondos municipales y estatales. El cultivo del café, por ser de carácter permanente y requerir inversiones considerables en la creación de sus plantaciones, exigía la propiedad privada de la tierra. ¿Quién, en efecto, estaría dispuesto en tierra ajena a los arbustos que producen el grano mantenerlos libres de la maleza, a podarlos y abonarlos sistemáticamente durante algunos años en espera de las primeras cosechas, raquí-ticas, además, por ser las primeras? Tales inversiones no era posible realizarlas sino en tierra propia. Esta circunstancia impuso decisivamente el proceso de liquidación de las formas colectivas de la propiedad territorial (comunidades y ejidos) y el despojo de los pequeños propietarios individuales a que nos hemos referido atrás.

La producción de café, sobre la base de la reforma burguesa del régimen de propiedad, se desarrollará hasta convertirse en los últimos años del siglo pasado en el principal reglón de las exportaciones y la principal actividad económica del país. Hasta hace muy pocos años, el café representaba el 80% y a veces el 90% de las exportaciones anuales.

El cultivo, beneficiado y la exportación del café han jugado un papel de primer orden en el desarrollo del capitalismo en nuestra agricultura y también en el desarrollo del capitalismo en toda la economía nacional. El trabajo asalariado se convirtió en la forma predominante de la relación de producción en esa rama y con ello se extendió la circulación mercantil y se

dio un fuerte impulso a la formación del mercado nacional, superándose el aislamiento y la dispersión anteriores. El comercio entre el campo y la ciudad se acrecentó; la producción artesanal se convirtió por entero en una producción mercantil y se incorporaron otras ramas de la agricultura a este tipo de producción. Las relaciones de salario se generalizaron y se extendieron parcialmente a otros sectores de la producción agropecuaria. La acumulación de capital en el negocio cafetalero dio origen a la formación de una rica capa de compradores monopolistas de la cosecha para su exportación. Como una lógica consecuencia de sus negocios estos exportadores se convirtieron en habilitadores de crédito a los medianos y pequeños finqueros, y en grandes importadores de mercancías industriales. Como prestamistas, se colocaron en situación de acaparar más tierras, arrancadas de los deudores morosos, incrementando así sus ya extensas posesiones territoriales. Grandes capitales fueron acumulados por este pequeño grupo de burgueses que más invirtieron en la organización del sistema bancario y de varias compañías aseguradoras. Así pasaron a monopolizar los recursos financieros del país y a invadir otras ramas de la economía. Se convirtieron gradualmente en grandes empresarios de la industria y dieron origen a sociedades anónimas de diverso género. A este puñado de multimillonarios es al que se ha dado en llamar «los catorce grandes». Son, pues, un reducido grupo de grandes burgueses monopolistas de la tierra, del comercio exterior, de la banca y de la industria.

De los datos de este proceso que nos expone el citado documento del PCES se pueden sacar, por lo menos, las siguientes conclusiones:

1) Que el cultivo del añil, primero, y del café, después, como materias primas agrícolas para los mercados extranjeros, fueron los elementos claves del desarrollo capitalista en El Salvador. *O sea, que el capitalismo en El Salvador ha surgido determinado por el capitalismo*

internacionalizado, por el sistema imperialista en cuanto sistema mundial de producción y explotación. 2) Que el desarrollo capitalista de la agricultura —siendo El Salvador hasta la fecha un país eminentemente agrario— propició el desarrollo del capitalismo en los otros sectores de la producción, de la infraestructura y de los servicios (industria, transporte, comunicaciones, administración) y determinó el carácter del comercio interno y de la importación. 3) Que la oligarquía que este proceso produjo es un núcleo gran burgués «monopolista de la tierra, del comercio exterior, de la banca y de la industria», o sea, *un núcleo capitalista*, capaz de cumplir el papel de núcleo central del resto de la burguesía salvadoreña que (en la medida en que su núcleo central fue siempre un sector dependiente y determinado por el imperialismo) no ha podido ser nunca «burguesía nacional» (independientemente de la acción de incorporación directa, por parte del imperialismo, de las otras capas de la burguesía local, culminada en los últimos años). Este núcleo gran burgués, capitalista, es tal aunque en diversos niveles de las relaciones de producción que impone mantenga signos de atraso —los llamados «resabios feudales» o «semifeudales» (que sería más propio llamar «cuasifeudales»)—, signos que de ninguna manera han sido principales después de la independencia (al margen de su mayor o menor extensión e importancia) y no pueden servir para caracterizar en primacía la sociedad salvadoreña desde que existe como tal, ni han sido dominantes en nuestra formación social moderna, cuya independencia política formal se debió incluso a que la tendencia capitalista local y mundial terminó por romper los frenos políticos coloniales españoles para transformarse en dominante dinámica. El proceso no ha hecho más que acentuarse en nuestros días (sobre todo a partir de los últimos veinticinco o treinta años) con la extensión que ha cobrado el cultivo del algodón (cuya producción necesita técnica industrial en prácticamente todas sus fases), la caña de azúcar (sobre todo después de la usur-

pación de la cuota azucarera cubana en el mercado mundial de importaciones que han practicado los países productores de dicha materia prima, con algunas honrosas excepciones) y con el proceso de industrialización dependiente.

Es más, ya en nuestros días productos como el arroz, el maíz, los frijoles, etcétera, se cultivan para el mercado capitalista centroamericano, para la exportación al área regional integrada, para el Mercomún, hecho paradójico en un país de tan gran déficit alimenticio de su población que, a la par de exportar, importa ese mismo tipo de cereales. Esta situación se ha acentuado más en lo que respecta a la ganadería, producción que siempre mostró en nuestro país los mayores aspectos «cuasifeudales». La producción salvadoreña de carne se ha tecnificado para su distribución en el mercado interno local y centroamericano (a través de las cadenas de supermercados yanquis recientemente instalados y de acuerdo a las normas del comercio internacional). Los hatos ganaderos salvadoreños (el hato de Sola, por ejemplo) compiten ya y en algunos aspectos se dice que superan a los centroamericanamente famosos hatos del opulento Anastasio Somoza de Nicaragua. Como si ello no fuera bastante, la producción de carne salvadoreña ha recibido recientemente una cuota anual de exportación para el mercado norteamericano, lo que completa la caracterización capitalista dependiente del sector.

A estos aspectos elocuentes sobre el desarrollo del capitalismo dependiente en El Salvador, habría que agregar los avances en la infraestructura y en el transporte. Sin entrar en mayores detalles, baste con citar el estado actual de la red de carreteras en todo el país, en cuyo sistema resaltan las modernas autopistas que unen a los centros de producción con los puertos y las fronteras (autopistas Santa Ana-Sonsonate, Acajutla-San Salvador; carretera del litoral y su sistema de alimentación; carretera troncal del norte, etcétera); aunque, desde luego, subsisten aún en la actuali-

dad marcados signos de atraso, de relaciones ya arcaicas, precapitalistas, en la producción agrícola salvadoreña, que hacen que el carácter predominantemente capitalista de nuestra formación social deba matizarse conceptualmente con el término «atrasado». Y hay que distinguir también en el seno de la producción agrícola nacional la dedicada al cultivo de cereales y legumbres para el mercado interno, para el consumo mediato o inmediato, etcétera, en donde las relaciones atrasadas son incluso predominantes en algunos lugares (zona de Chalatenango y Cabañas, por ejemplo). Todo ello, tomada en cuenta la preeminencia absoluta de las relaciones de salario a nivel nacional, la universalización de la circulación mercantil en el país, la pertenencia a una economía mundial mercantil de la formación económico-social salvadoreña, etcétera, presentes y actuantes entre nosotros desde principios del siglo diecinueve en su mayoría y desde mediados del siglo diecinueve en su totalidad, hace que el término «feudal» se vuelva de uso por lo menos sospechoso en lo que se refiere a la caracterización de nuestra sociedad. Es necesario un replanteamiento profundo de este problema. Entendemos que a estas alturas hasta en el seno del Partido Comunista de El Salvador, que fue el acuñador de la caracterización de nuestro país como «semifeudal» (la cual ha mantenido hasta en sus documentos recientes), se acepta ya que somos más bien un país capitalista-dependiente, agrario y atrasado, y se comienza a aceptar una crítica retrospectiva a la correspondencia del término «feudal» aplicado a nuestra sociedad, inclusive en lo que ya se refiere al último siglo de la dominación colonial española. Es hasta corriente escuchar ya entre los revolucionarios salvadoreños la aceptación de que ciertas características consideradas anteriormente «feudales» o «resabios feudales», por ejemplo y en primer lugar la concentración de la tierra en pocas manos, ha sido, por el contrario, una medida indispensable para una producción con las características de la cafetale-

ra, una medida adecuada al modo de producción imperialista en último término, una de las bases del desarrollo del capitalismo dependiente en El Salvador. Los fenómenos del atraso en el marco capitalista dependiente entre nosotros siguen siendo concretos y pueden ser señalados específicamente para llenar de contenido la caracterización conceptual (el término «atrasado», precisamente). Es peculiar que sea el PCES quien lo haya hecho en el país antes que nadie, y que tal señalamiento no lo haya llevado antes a una revisión de sus propias conclusiones y de sus propias caracterizaciones generales. Hablando de los «remanentes feudales en nuestra agricultura», el PCES decía, todavía en los documentos del V Congreso:

En las fincas y haciendas cafetaleras, algodoneras y cañeras de más elevado desarrollo capitalista, las masas asalariadas están sometidas a un régimen de explotación que incluye grandes remanentes feudales. En los cortes de café, por ejemplo, se obliga a los trabajadores a diversas formas de trabajo gratuito: el acarreo y picado de leña, la trasegada (completar los sacos casi llenos que vienen del corte con el contenido de los más vacíos, para preparar los fletes en carreta o camión), la chapoda de pequeñas áreas gratuitamente en el día de pago, el acarreo de agua, etcétera. Todas estas formas de trabajo no pagado son restos de la servidumbre feudal. También son residuos de feudalismo en las haciendas cafetaleras, algodoneras, azucareras, etcétera, el pago en comida de una parte del salario, que obstruye el desarrollo de la circulación monetaria en el campo y por lo tanto la producción y la circulación mercantil; el uso por los terratenientes de la Guardia Nacional como tropa a su servicio; el establecimiento de cárceles en las haciendas y el «derecho» de los hacendados para ordenar la captura de los trabajadores, que son crudas supervivencias de las tropas feudales y los derechos absolutos de los señores sobre los siervos de la gleba; la forma moderna del pago en ficha: el descuento

obligatorio por planilla de las deudas con la tienda de la hacienda, cuyos precios son mucho más caros que los de afuera; la prohibición al libre comercio dentro de las propiedades del terrateniente, que son un evidente acomodamiento moderno de la autoridad que tenían los señores feudales para regular el comercio y el tránsito de las mercancías por sus dominios; el uso de las medidas arcaicas y arbitrarias para evaluar las labores, como por ejemplo «la puya» para «pesar» el café cortado por los trabajadores durante la cosecha, las «brazadas» para medir las «tareas» en las chapodas y peinas, etcétera; el régimen legal al que están sujetas las masas rurales, que prohíbe su libre organización, el desamparo en que se encuentra su vivienda ante el allanamiento de la fuerza pública; el trato humillante que reciben los trabajadores por parte de los llamados «cuerpos de seguridad» incluso por motivos fútiles como portar el machete con puñera, trato humillante y carencia de derechos que hacen de los trabajadores del campo ciudadanos de segunda categoría que recuerdan en mucho la situación de los siervos de la gleba durante el feudalismo. Estos son los más sobresalientes ejemplos de sobrevivencia del feudalismo en las haciendas capitalistas donde predomina el trabajo asalariado. Además [...] los capitalistas en las haciendas algodoneras y cafetaleras recurren frecuentemente a la colonia en sus dos formas. Pero no solamente estas son las remanencias feudales en la agricultura en nuestro país. En la parte que no está destinada a la exportación se encuentra muy extendida la parcela minifundista y de un nivel técnico atrasado, la colonia y el pequeño arrendamiento. Los terratenientes entregan la tierra a los campesinos en «colonato», es decir, a cambio de un «terraje» o canon en dinero. Ambas modalidades se combinan con diversas tareas gratuitas, sobre todo en el caso de los colonos. Entre los colonos pueden distinguirse dos categorías: los colonos propiamente dichos y los mozos-colonos. El colono recibe para sus cultivos propios una pequeña parcela dentro de la hacienda y un solar

para construir su rancho (choza, bohío). A cambio de esto debe pagar una renta en especie (censo) y realizar trabajos gratuitos o mal remunerados en los cultivos o labores ganaderas propias del hacendado. El mozo-colono recibe únicamente un pequeño solar dentro de la hacienda para construir su rancho, sin tierra para cultivar. A cambio de esta concesión está obligado a toda suerte de tareas gratuitas que varían según las zonas y según la arbitrariedad de los patrones y administradores y a trabajar por un salario miserable, inferior al común, sin que pueda contratarse libremente en otra parte mejor. Así pues, sin tener cultivos propios, el mozo colono tampoco es un asalariado libre.

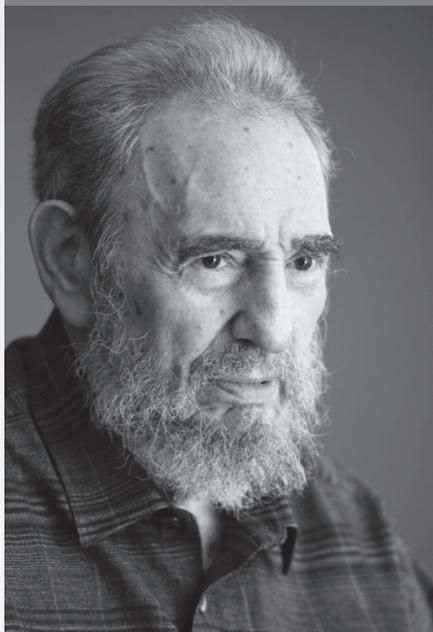
Una parte de las cosechas de los campesinos propietarios está destinada al pago de deuda con los grandes terratenientes y usureros y otra al consumo familiar. Solo llevan al mercado un pequeño excedente, si lo hay, donde caen bajo la explotación de los comerciantes acaparadores. Los insignificantes recursos monetarios de que disponen no les permiten mejorar su técnica y la tierra va perdiendo gradualmente su fertilidad. Eso redundará en un mayor endeudamiento y peores cosechas.

Los colonos y pequeños arrendatarios, además de las limitaciones y dificultades que soportan los pequeños propietarios, deben entregar al terrateniente una parte importante de la cosecha o su equivalente en dinero como pago del alquiler. La continua reducción de sus cosechas, determinada por las causas ya referidas, ha conducido a gran número de ellos a una situación en la que, después de pagar al hacendado la renta, no les resta nada o solamente les resta una cantidad insuficiente del producto, que es destinado íntegramente al consumo propio o familiar. Hay un número crecido de ellos cuyas cosechas ni siquiera son suficientes para pagar la renta y caen en un endeudamiento permanente con los terratenientes que los obliga a permanecer decenios trabajando para ellos en sus haciendas por un pequeño salario y entregándoles una alta cuota de trabajo gratuito. Cuando las cosechas mejoran, por efecto

de factores atmosféricos benignos o por el uso de variedades mejores de simientes, la renta sube y el círculo vicioso entra en una nueva vuelta. En la producción de maíz, arroz, frijoles y maicillo se encuentra la masa principal de estos campesinos minifundistas, colonos y terrajeros. Los instrumentos de trabajo que predominan en la producción cerealera son el arado de madera con punta de hierro, la tracción con bueyes, el machete o la cuma (machete de punta curva). El uso de abonos e insecticidas es casi inexistente en ella.

Entre los grandes terratenientes y los pequeños y medianos propietarios existen relaciones cargadas de remanentes feudales. El hacendado trata de ahogar económicamente a todos los pequeños propietarios vecinos para obligarlos a venderle la tierra a malbarato. En muchos casos las maniobras de los hacendados terminan con la usurpación de la tierra de los campesinos sin pago de ningún precio. Se valen con este fin del cierre de los caminos que cruzan la hacienda para impedir el paso de los campesinos con sus productos hasta las vías públicas que conducen a centros de mercadeo; se niegan a permitirles el uso del río que atraviesa la hacienda; los obligan a pagar el uso de los caminos o del río; los endeudan con fuertes intereses y los obligan a entregarles en pago sus cosechas cotizándoles precios muy inferiores a los del mercado; les ponen pleitos legales obligándolos a fuertes gastos en abogados, para hostilizarlos y llevarlos a la conclusión de que deben vender al terrateniente o irse, etcétera. De esta manera las tierras de los pequeños y medianos parceleros se van agregando a las haciendas. En las haciendas donde predominan las relaciones feudales de producción y las fuerzas productivas atrasadas hay, sin embargo, cierto grado de combinación de la técnica moderna de la mecanización, de las semillas selectas, abonos e insecticidas y de las relaciones de asalariado libre.

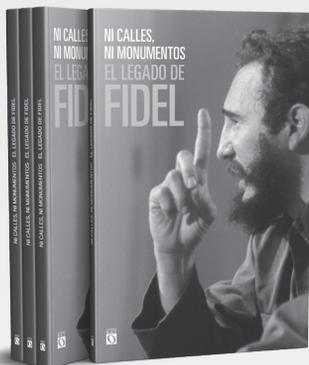
LIBROS DE LA COLECCIÓN FIDEL CASTRO



Proyecto dedicado a difundir el pensamiento y la oratoria del líder de la Revolución Cubana, una de las figuras que más ha aportado a las luchas revolucionarias, anti-imperialistas y anticolonialistas en el mundo.



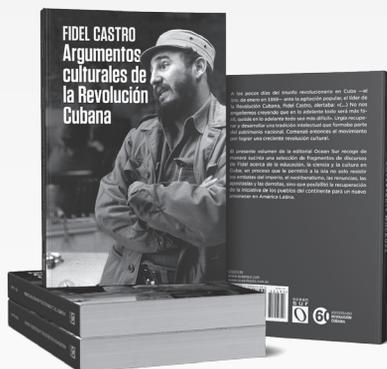
www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au



Ni calles, ni monumentos EL LEGADO DE FIDEL

Narra sucintamente la historia de Fidel Castro, la figura que guió el destino de la Revolución Cubana por casi 60 años.

72 páginas, 2019, ISBN 978-1-925756-37-1



Argumentos culturales de la Revolución Cubana

El texto recoge una selección de fragmentos de discursos de Fidel Castro acerca de la educación, la ciencia y la cultura en Cuba.

480 páginas, 2019, ISBN 978-1-925317-79-4

Dar a estos signos de atraso la categoría suficiente como para caracterizar al país como «semifeudal» resulta, como lo ha apuntado en sus trabajos sobre el desarrollo de la sociedad peruana Aníbal Quijano, del hecho de tomar aisladamente los elementos que caracterizan las relaciones de trabajo, cuya función y contenido concreto no puede dejar de ligarse totalmente *con el destino capitalista de la producción*.

Ciertamente —apunta Quijano— las relaciones de trabajo en las grandes y medianas propiedades «hacendarias» contenían y contienen una intensa impregnación de elementos de tipo señorial, agudizados por las diferenciaciones étnico-culturales entre la población de trabajadores y los dueños de las haciendas. Sin embargo, como unidades de producción estas propiedades, cuya consolidación proviene del estancamiento y de la completa agrarización de la economía desde la emancipación hasta la primera mitad del siglo XIX, fueron siempre capitalistas, tan primitivas y tradicionales como se quiera. Su producción no estaba destinada sino en parte al consumo familiar de los propietarios, sino a proveer el mercado local y regional [...].

El estancamiento de la producción agrícola, la agrarización de la economía y el mantenimiento de relaciones atrasadas, primitivas (que en determinados momentos no solo han parecido «feudales» sino hasta «esclavistas») provienen de la dependencia del mercado internacional, de las necesidades que implica producir para el mercado internacional (relación de costos y salarios, la usura intermediaria, la inversión en transportes, etcétera) y de la falta de interés en el desarrollo de un mercado interno nacional que habría supuesto, entre otras cosas, profundas reformas de estructura. Vendiendo el café en Estados Unidos y Europa, la oligarquía y la burguesía cafetalera no consideraron jamás a la población salvadoreña en términos de mercado a estimular elevando su ca-

pacidad de compra y por ende su estándar de vida. No iban a ser los salvadoreños los que comprarían el café de la oligarquía, y si esos salvadoreños nada más servían para cortar el grano, había solamente que garantizar los niveles de vida suficientes para que llegaran hasta el cafetal en las temporadas adecuadas sin morir de hambre en el camino. De ahí el atraso en el sector de la producción de alimentos para el mercado interno, los salarios bajísimos, la negociación de tierras en arriendo para el peón agrícola, las relaciones de colonato y terraje, etcétera. Y en cuanto a las importaciones, ya se ha dicho: estaban fundamentalmente destinadas a garantizar el proceso de producción de materias primas agrícolas, al consumo de las capas privilegiadas de la sociedad, al despilfarro, y también a reparar en parte el déficit permanente en la producción alimenticia. De esa filosofía mercantil básica partieron las clases dominantes salvadoreñas cuando se embarcaron en el proyecto imperialista de la Integración Centroamericana: en lugar de abrir para el desarrollo industrial un mercado interno cualitativamente elevado en su capacidad de adquisición sobre la base de una reforma agraria, etcétera, se prefirió buscar una elevación cuantitativa (mediante la aglomeración o yuxtaposición de los cinco pobres mercados internos centroamericanos que permanecieron intactos). Era una manera bastante directa de la oligarquía y de la burguesía «salvadoreñas» como conjunto, de aclarar que de nacional lo único que tenían era los títulos de propiedad raíz e industrial, el llamado «asiento de sus negocios».

El proceso de industrialización deforme tuvo dos etapas; la primera estuvo más directamente determinada por las necesidades de la producción y de la exportación agropecuaria y sus fluctuaciones dependían de esta: industria de transformación del café, industrias textiles, industria del calzado, bebidas, tabaco, industria del azúcar, aceites, grasas, jabones y productos derivados de la leche. En el citado testimonio de Miguel Mármol se comprueba

que en cuanto subían los precios del café había un relativo progreso en el estímulo a la circulación mercantil: los campesinos compraban la llamada «manta colombiana» y la «nagüilla» y proliferaban los telares del barrio de Candelaria de San Salvador, y surgían los talleres que fabricaban cumas, machetes, velas, objetos de uso diario. La industria textil tenía ante sí una buena coyuntura que era aprovechada por los capitalistas palestinos o españoles instalando fábricas relativamente grandes. Los artesanos de San Salvador y Santa Ana, de San Miguel y Usulután, los artesanos de los municipios importantes, podían usar entonces magnolias de cinco pesos en la solapa y portar pistola con mango de concha nácar. El mercado interno de productos manufacturados se nutría de la importación, pero, desde luego, los campesinos no formaban parte de este mercado. La cerveza alemana, el casimir inglés, los automóviles norteamericanos, eran para selectas capas de los núcleos urbanos grandes que se beneficiaban por estar lo más cerca posible del eje oligárquico. También es sobradamente conocido que siempre hubo en el pasado una política minuciosa para frenar la producción industrial y mantener en su ritmo soñoliento de desarrollo a la producción manufacturera artesanal. Incluso se llegó a fijar, ya en el Gobierno de Martínez, un límite para el monto del capital a invertir en la creación de establecimientos industriales, con el pretexto de proteger a los artesanos. La verdadera razón era que en aquellos momentos el desarrollo de la industria manufacturera chocaban con la base y las tendencias del modo de producción imperialista en El Salvador: requería inversiones que eran necesarias para *servir* a la producción agropecuaria para la exportación, habría dado una alternativa a la mano de obra del campo y se la habría disputado por lo menos a la producción agropecuaria, habría tendido a sustituir (aunque se lo plantease en el inicio en términos casi imposibles de competencia) a los productos de manufactura industrial que el sector importador de la misma oligarquía traía al

país, etcétera. Hay que decir que hasta una artesanía como la del calzado usaba hilo, agujas, pegamentos, clavos y chinches, pieles finas, charol, ojetes, tacos de goma, etcétera, traídos de Alemania, Francia, Inglaterra o Estados Unidos.

No ha sido sino hasta que el imperialismo decidió explotar *también* el mercado interno salvadoreño en forma directa (prescindiendo o tendiendo a prescindir, vistas las cosas a fondo y con perspectiva, de la forma antigua de intermediación de la burguesía importadora, compradora) como parte de un conglomerado mayor —el mercado centroamericano—, que el proceso de industrialización deforme (dependiente) de El Salvador tuvo un incremento notable. A partir de los años cincuenta se incrementa en El Salvador la inversión directa norteamericana (que tradicionalmente se había mantenido en términos exiguos: en 1908 era de 1 800 000 dólares; en 1929 de 29 millones y medio de dólares; en 1950 de 18 500 000 dólares). Comenzaron a aparecer bajo diversas marcas, nombres y respaldos las industrias «de Integración», las empresas «de capital mixto». Es muy difícil establecer el monto de la inversión directa norteamericana en nuestro país: es muy significativo que las generalmente ostentosas estadísticas yanquis se vuelven pudorosas en cuanto llegan a Centroamérica (por ejemplo, el último dato que se conoce en cuanto a inversiones directas yanquis en El Salvador es una cifra que se da para 1965, y ella ha tenido que ser construida por la agencia de Prensa Latina, de La Habana, a partir de diversos documentos estadísticos de la ONU y la CEPAL: 28 400 000 dólares, cifra sin duda muy alejada de la realidad); fuera de que, como dice Guillermo Molina Chocano, los monopolios extranjeros penetran y obtienen beneficios a través de formas mucho más indirectas y ocultas como el pago de derechos de patentes y marcas, las ventas bajo contrato de exclusividad de insumos y maquinarias y, sin arriesgarse a inversiones directas, obtienen cuantiosas utilidades en muchos casos

superiores a las de las firmas «nacionales». En el plano financiero el capital norteamericano participa en muchas empresas «nacionales» —agrega Molina Chocano— a través del accionariado, y logra paulatinamente su completo dominio, pero guarda la apariencia de «nacional» en formas que varían según los países. En esas condiciones el desarrollo industrial dependiente no significa otra cosa que una vía más de uncir el país al sistema imperialista. La diversificación industrial es mínima y no atiende a los intereses nacionales, sino a los planes de los monopolios extranjeros. Es un desarrollo industrial que sigue siendo complementario, no solo ya con respecto a la producción agraria para la exportación, sino complementario de las industrias imperialistas extranjeras que usan instalaciones «nacionales» para acabar, montar, mezclar, ensamblar los productos semielaborados con mano de obra barata y con la ayuda del capital financiero criollo, que en ocasiones cada vez más frecuentes termina por pasar íntegramente a los bolsillos del socio mayor. Los productos industriales que El Salvador ha exportado entre 1965 y 1972 hablan elocuentemente de esta situación (sobre todo porque el incremento industrial se hizo a partir y con rumbo al Mercado Centroamericano para «diversificar las fuentes de divisas», «sustituir las importaciones», etcétera, y se mantuvieron en lo fundamental los viejos criterios negativos con respecto a la elevación de la capacidad del mercado interno, aunque, desde luego, haya habido en estos años una relativa elevación del consumo de productos industriales sobre todo en las áreas urbanas más importantes, lo que ha hecho que algunos propagandistas del régimen caigan en el ridículo de hablar de una «nueva sociedad de consumo en El Salvador»).

Al principio del quinquenio 1965-1969 el ex secretario general del Partido Comunista de El Salvador mostraba un cuadro del imperialismo en el país cuyos datos son muy gráficos y sirven para

apoyar lo que hemos venido diciendo, aunque los datos actuales de la realidad sean aún más variados y alarmantes:

El imperialismo yanqui —dice José Sánchez en su artículo «Los cambios sociales y la política del PC de El Salvador», aparecido en la *Revista Internacional* (Praga, 1965)— no posee plantaciones ni controla totalmente la banca nacional, pero su dominio económico lo ejerce eficazmente a través del comercio exterior, de su control de vitales ramas de la industria y servicios públicos, de los empréstitos y de diversas formas de penetración económica neocolonialista. En el comercio exterior controla el 33,8% de las exportaciones (directamente) y el 36,5% de las importaciones (directamente). Determina el bajo precio de nuestros productos agrícolas de exportación y el alto precio de los productos industriales que importamos [...] La penetración del capital yanqui en la banca salvadoreña es cada vez mayor. En 1964 se estableció la agencia del First National City Bank de Nueva York con una inversión inicial de 10 millones de dólares. El «Banco Salvadoreño» ha contraído crecidas deudas con el Bank of America de California. Y el Banco Central de Reserva tiene una línea de crédito por 30 millones de colones, procedente de bancos norteamericanos. La participación del capital norteamericano en la actividad bancaria del país es superior a los 70 millones de colones. Eso representa la gradual absorción de la banca nacional por los monopolios norteamericanos [...] Las compañías imperialistas controlan el transporte marítimo, ferroviario y aéreo. Disponen de un puerto marítimo operado por una empresa subsidiaria de la United Fruit Co. Controlan y distribuyen la energía eléctrica. A los monopolios extranjeros pertenecen una refinería de petróleo, las empresas de TV, grandes tiendas comerciales, gran cantidad de fábricas establecidas en los últimos años (directamente o por medio de empresas mixtas). Las inversiones directas extranjeras, casi todas norteamericanas, solamente en sociedades anónimas (en la industria,

transporte, servicio y comercio interno) se elevaron de 16 a 66 millones de colones de 1953 a 1962. Las inversiones indirectas han crecido aún más rápidamente [...] En la agricultura el imperialismo no había efectuado inversiones apreciables, pero la penetración se está realizando por medio de préstamos directos de bancos norteamericanos a los productores agrícolas. Solo para el financiamiento de la cosecha de algodón (1962-1963) tales instituciones proporcionaron a los algodoneros 37 millones de colones [...].

José Sánchez completa el panorama con los datos sobre las transformaciones efectuadas por el imperialismo en las estructuras estatal e institucional salvadoreñas. Datos más recientes hablan de un 51% de la industria de transformación en manos de capital norteamericano, así como de una arrolladora penetración yanqui en la «nueva industria del Turismo»: restaurantes, hoteles, inversiones en zonas turísticas; y en el sector comercial, etcétera. En países como El Salvador pensaba, sin duda, el compañero Fidel Castro cuando reiteraba hace poco en Chile:

Y les dijo con toda responsabilidad que en nuestro concepto el enemigo principal es el imperialismo, tanto en Vietnam como en Cuba como en cualquier lugar de América Latina [...] Tengan la seguridad de que los reaccionarios, oligarcas, fascistas y todos los elementos de esa laya, sin el imperialismo, no son nada [...] Tanto en Cuba como en Vietnam, como en cualquier otro lugar de América Latina, el enemigo principal ha sido, es y seguirá siendo el imperialismo [...] La estrategia revolucionaria sin duda de ninguna clase, deberá subordinar la táctica a la consecución de ese objetivo fundamental que es la liberación de nuestros pueblos de América Latina del dominio imperialista.

Desde hace un tiempo se ha venido aprendiendo en América Latina, además, a no ver al imperialismo como un simple «elemento externo» sino como un sistema global que nos involucra con todo y nuestro atraso. Solo así es posible entender que el imperialismo ha estado presente entre nosotros *en* las clases dominantes locales para él, y ha obtenido en el transcurso de la operación su ganancia emparentadora, su *comisión* histórica de poderío económico y político, social y cultural; que el imperialismo sigue estando presente en las clases dominantes de hoy y, *además*, directamente, por medio de sus inversiones directas en la industria y de los otros medios y vías que han quedado expuestos. *Solamente con la comprensión del carácter de nuestra sociedad como un complejo dependiente de un complejo mayor, como un complejo fundamentalmente determinado por la relación de dependencia con respecto al imperialismo (y en cuyo desarrollo debemos ubicar entre las apariencias «feudales» del atraso, la tendencia irreversiblemente principal) será posible establecer el carácter unitario, ininterrumpido, del proceso revolucionario que deberemos impulsar, lejos de la paralizante concepción de las «dos revoluciones» (democrático-burguesa, primero; socialista luego) que necesitaría la «sociedad dual» (semifeudal, por una parte; y en desarrollo capitalista, por la otra) que, como es bien sabido, no solo el agente imperialista Raúl Haya de la Torre ha proclamado en nuestros ámbitos, y lejos también del reclamo «trotskista» de la «revolución socialista inmediata».* Una consideración de conjunto, estructural, de la relación dependiente de nuestro país en el marco del imperialismo como sistema mundial, no tiene por qué lesionar la consideración del proceso interior de la lucha de clases: de lo que se trata es de colocar este proceso interior en su verdadero marco, que no está formado, por cierto, por la zona geográfica limitada por el Pacífico, Guatemala y Honduras y las aguas territoriales de Nicaragua en el golfo de Fonseca. El marco real de operatividad de las fuerzas sociales salvadoreñas es el sistema imperialista mundial, aunque en él nuestra formación social

se ubique de una manera concéntrica y la lucha de clases a nivel nacional deba procesarse en concreto y, antes que frente a nadie, frente a la oligarquía terrateniente y a la burguesía surgida en el desarrollo del capitalismo dependiente y frente a todo el aparato local de explotación y represión. Pero solamente si consideramos a la oligarquía terrateniente y a la burguesía (primero solamente productoras de materias agrícolas para el mercado mundial y ahora además «socias» del imperialismo en las empresas industriales de supuesto capital mixto) como elementos locales indispensables para la integración del país al modo de producción imperialista, es que podremos comprender cómo el carácter nacional liberador de la auténtica revolución que reclaman las condiciones reales de nuestra sociedad no puede detenerse en las tareas «de contenido democrático-burgués», ya en la actualidad neta y objetivamente reformistas si se les aísla de la perspectiva socialista. Es un hecho que la relación de dependencia se concretiza en el territorio salvadoreño, la explotación se concretiza en los cafetales de Santa Ana y en los algodones de oriente y en las fábricas de Soyapango, y que ambas se aseguran con aparatos «salvadoreños» de represión: Ejército, Guardia Nacional, etcétera. Pero la relación misma no se agota dentro de las fronteras nacionales, valga la insistencia, sino dentro del marco internacional del imperialismo. La concreción física, inmediata, local, de una estructura clasista determinada en último término por el imperialismo, hace que la lucha inmediata se deba enfilar *contra la oligarquía y la burguesía del imperialismo*. Ello explica también que para la actual toma del poder los revolucionarios deban plantearse la eventualidad de que no bastará con destruir o inmovilizar el aparato represivo «interno», sino que será necesario absolver las instancias de una u otra formas de intervención imperialista directa. Recuérdese (pero sobre todo, analícese seriamente) el caso de la República Dominicana. Al decir que nuestra formación social se ubica de una manera concéntrica

en el sistema imperialista, partimos precisamente de la lucha de clases interna, cuyo agotamiento entre las fuerzas motrices locales no basta para hacer la revolución en nuestros países, pues lo fundamental es romper la dependencia. Si tomamos a las fuerzas revolucionarias como el factor principal dentro de este punto de vista, tenemos que ellas deben romper una cáscara conjunta para salir a la superficie revolucionaria, pero entre las capas de esta cáscara —las capas internas—, las que inmediatamente envuelven y someten a las fuerzas revolucionarias son las clases dominantes criollas. Si logramos que nuestra fuerza desgaste o haga desaparecer incluso solamente a estas capas, el resto de la cáscara imperialista nos seguirá cubriendo y, además, estará en capacidad de (por sus propios medios, externos a nuestra formación social, o por medios intrínsecos de esta) impulsar un proceso regenerativo de sus instrumentos locales de dominación. No es otro el peligro que corren los procesos latinoamericanos que «se quedan a medio camino», en la medida en que no van más allá de las reformas convencionales de orientación neocapitalista o populista, o de las reformas marginales de acuerdo a los esquemas liberales y tradicionales de modernización tecnológica.

Estas afirmaciones en nuestro criterio están exhaustivamente comprobadas por la forma en que triunfó y llegó a la vía socialista la Revolución cubana, pero también por lo que pasó años antes con los procesos reformistas de Guatemala y Bolivia, por los hechos del proceso abierto en Chile (que se mueve entre tan agudos peligros) y en el Perú, etcétera. En la comprensión de la esencia que unifica por la base a estos fenómenos está la posibilidad de captar la estrategia latinoamericana del imperialismo a fin de plantearnos la contrapartida consecuente; sobre todo para nosotros los salvadoreños cuando desde los años cincuenta la forma de explotación imperialista para la zona centroamericana ha devenido conjunta y supranacional con la Integración Económica del istmo

y la creación del Mercado Común. Nuestra historia cruel nos obliga a mirar cara a cara a los hechos y nos exige abandonar toda superstición política, pues los resultados de los fenómenos propios de la estructura crítica del imperialismo terminan siempre por pagarse con sangre y con sufrimientos de nuestro pueblo: la crisis mundial del capitalismo de 1929 nos costó 30 000 muertos obreros y campesinos y un estancamiento sociopolítico y económico que duraría lustros; la crisis reciente de la Integración y del Mercomún centroamericanos se reflejó en la guerra salvadoreño-hondureña cuyos muertos «anónimos» (para la gran prensa local e internacional) se contaron por miles; cada vez que caen radicalmente los precios del café en el mercado internacional se posibilitan en el país procesos veloces que suelen desembocar en situaciones revolucionarias más o menos completas, etcétera.

Una concepción global de nuestra dependencia tampoco niega la existencia de contradicciones entre los instrumentos sociales locales del imperialismo y los intereses más cercanos al centro del sistema. Es elemental saber que contradicciones hay en todo lo que existe; es más: sin contradicciones internas nada puede existir. Ni niega tampoco una concepción así la descomposición con fines tácticos del concepto total de nuestro sistema social a transformar revolucionariamente, en la medida o medidas que sean necesarias para cubrir las urgencias de la lucha concreta: enemigo principal y sectores y grupos fundamentales dentro de este en un momento dado, contradicciones entre sectores o grupos de una clase o capa social, formas de aislamiento del enemigo principal, alianzas tácticas, etcétera. Y se trata asimismo de la única concepción que, hoy por hoy, da una base real al internacionalismo proletario en las condiciones específicas de la América Latina, y que nos aleja de ese internacionalismo «de buena voluntad» que suele predicarse entre nosotros, ya que sin pretender lo que nadie ha pretendido jamás, o sea, partiendo de esta visión sistematizante y orgánica

de la revolución llamar al «levantamiento simultáneo antiimperialista» de los pueblos de América Latina por medio de ella es que será posible únicamente enfrentar la estrategia global imperialista con una estrategia también global, acorde con la unidad *básica*, diversificada, dialéctica, de América Latina, definida en términos antiimperialistas; tener una táctica nacional no empírica sino correspondiente a una estrategia antiimperialista cuyo objetivo sea la revolución mundial; coordinar lo coordinable en el proceso revolucionario continental cuyos flujos y reflujos son relativamente simultáneos; resaltar dentro del conjunto continental conceptos hasta ahora dejados a un lado como anticientíficos, como sería el de la «zonalidad», que reúne caracteres comunes en una unidad intermedia entre lo nacional local y lo general-latinoamericano, y que el imperialismo ha usado para su provecho desde hace tiempo (sin pedir permiso a los «marxistas tradicionales») en los casos de Centroamérica, Venezuela-Colombia, Ecuador-Perú-Bolivia, el Caribe, etcétera.

Esbozados en sus términos más generales, los criterios con los que desde hace algún tiempo tratamos de enfrentarnos (no solo en lo personal sino en compañía cada día más creciente de estudiosos y militantes revolucionarios) a los problemas fundamentales de la sociedad salvadoreña en su proceso de desarrollo dependiente, cerraremos la primera parte de estas páginas (y antes de entrar directamente a las consideraciones sobre el partido marxista-leninista en El Salvador) con una breve descripción puntualizada de las clases sociales operantes en nuestro país, tratando de conservar el enfoque simultáneo de su estado actual y del proceso de su desarrollo que hemos venido utilizando.

1) En primer lugar, en la cúspide de la pirámide, está la llamada «oligarquía», que ya hemos definido como «un núcleo gran burgués imperialista». Esta capa de la burguesía explota al resto de la

sociedad salvadoreña (y actualmente no sería impropio decir que explota también no solo al resto de los pueblos centroamericanos por medio del aparato de la Integración Económica, sino también a otros pueblos latinoamericanos y aun de otros continentes donde cuele inversiones en mixtura con el capital norteamericano de exportación) en nombre del imperialismo y en el suyo propio. Se trata de un sector muy reducido numéricamente: es muy gráfica, aunque no exacta, la calificación que le da el lenguaje convencional del periodismo: «los catorce grandes», «los catorce barones del café», «las catorce familias», etcétera, aludiendo al concentrado número de poseedores multimillonarios que ejercen una implacable dictadura económica, social y política sobre la nación y que terminó de consolidarse en la forma actual (con las variaciones secundarias, ampliaciones y entrecruzamientos posteriores) entre los años veinte y treinta del siglo veinte en el proceso que hemos dejado esquematizado más arriba. Este concentrado núcleo gran burgués imperialista está formado por:

- a) Los grandes latifundistas (productores de materias primas agrícolas para la exportación —principalmente café y algodón— en forma intensiva y en tierras seleccionadas, utilizando técnica moderna, y de productos alimenticios para el consumo nacional en áreas relativamente grandes y de baja productividad por los métodos atrasados; acaparadores de la tierra que arriendan parcelas a los campesinos o a los productores capitalistas urbanos para el cultivo del algodón, de caña de azúcar, de cereales, etcétera; acaparadores de tierras ociosas mantenidas perennemente «en reserva»; etcétera). Hay que señalar que la concentración de la tierra en pocas manos es extrema en El Salvador. En 1956, mientras el 4,10% de los propietarios poseían el 67,28% de la tierra en propiedad, el 95,90% de ellos poseían apenas el 37,72% de la tierra en propiedad. Unos tres años antes el

Frente Unido de Acción Revolucionaria, FUAR, señalaba que unos 1 000 propietarios acaparadores de la tierra tenían en su poder las dos terceras partes de la superficie en propiedad, mientras que más de 100 000 medianos y pequeños propietarios y parceleros minifundistas se repartían la tercera parte restante. En el sector latifundista se ha originado el resto de la actual oligarquía salvadoreña.

- b) Grandes exportadores de café.
- c) Grandes importadores.
- d) Banqueros.
- e) Grandes industriales. Este sector ha surgido a partir de la lenta inversión en la producción industrial del capital agrario de los grandes latifundistas y se ha incrementado con la inversión directa de los monopolios yanquis a partir de la Integración Económica de Centroamérica en la forma que ha quedado apuntada.
- g) Grandes comerciantes.

Es frecuente en el seno de la oligarquía que los individuos o las familias poseedoras sean a la vez latifundistas, grandes exportadores de café, grandes importadores, banqueros, grandes industriales y grandes comerciantes. El núcleo actual de la oligarquía debe ubicarse siguiendo la pista a la concentración mayor de capital financiero, elemento que capacita a este sector social para ser el principal instrumento socioeconómico del imperialismo a nivel local y para mantener la reproducción del sistema.

2) En segundo lugar está la burguesía llamada en otros países «nacional». Esta capa de la burguesía rodea al, depende del, y está

conformada por el núcleo oligárquico-imperialista, aunque desde luego es explotada por él y por lo tanto existen entre ambos sectores contradicciones que, si bien no han llegado hasta ahora a ser antagónicas y tienden a borrarse cada vez más en la medida en que se acentúa la vía del capitalismo dependiente como vía de desarrollo del país, pueden ser objeto de enfoques específicos, particulares (en casos individuales o de grupos e inclusive de sectores) por parte de las fuerzas revolucionarias. A ella pertenecen:

- a) Industriales fabriles que no son de la oligarquía (en su gran mayoría son ya en la actualidad socios del imperialismo en diversas formas y a través de varias vías: empresas de capital mixto, a través del crédito, etcétera). Esta capa se desarrolló en lo fundamental a partir del sector manufacturero artesanal urbano, en forma por demás veloz, después de que su expansión fue mantenida por décadas en niveles bajos y rigurosamente controlados.
 - b) Comerciantes al por mayor que no son de la oligarquía, incluidos algunos importadores medios.
 - c) Terratenientes medios (cafetaleros medios como subsector más importante).
 - d) Algunos profesionales, algunos militares.
- 3) La pequeña burguesía. Está formada por:
- a) Industriales artesanales.
 - b) Pequeños industriales fabriles.
 - c) Pequeños comerciantes (en mercados, tiendas de «artículos de primera necesidad» o pulperías, vendedores ambulantes).

- d) Estudiantes y profesionales. Esta capa es de una importancia política tradicionalmente enorme: por una parte es la fuente de cuadros de la oligarquía y del imperialismo, por otra es el núcleo de la intelectualidad revolucionaria.
 - e) Empleados estatales y privados. Militares: oficialidad de las FF.AA.
 - f) Intelectuales en el sentido más restringido del término: artistas, escritores, publicistas, etcétera. Los maestros participan de las características del sector intelectual y del de empleados estatales o privados.
 - g) Pequeña burguesía rural (campesinado). A su vez se divide en: campesinos ricos (propietarios y algunos arrendatarios); campesinos medios (propietarios o arrendatarios) y campesinos pobres o semiproletarios (propietarios minifundistas, pequeños arrendatarios, aparceros).
- 4) En cuarto lugar está la clase obrera, el proletariado.
- Se divide en clase obrera urbana y clase obrera agrícola o proletariado rural. La clase obrera urbana está integrada por:
- a) Obreros artesanales. Ha sido el núcleo del movimiento obrero salvadoreño de este siglo que se desarrolló a partir del movimiento gremial de los artesanos urbanos propiamente dichos. Fue el sector obrero que más cuadros dio al movimiento marxista salvadoreño entre 1930 y la actualidad, pero asimismo fue la base social de las tendencias anarco-sindicalistas, economicistas y reformistas en el seno de aquel.
 - b) Obreros fabriles o proletarios propiamente dichos. Se ha incrementado con el proceso de la industrialización depen-

diente que se da en El Salvador a partir de la década de los cincuenta y constituye el núcleo dinámico de la clase obrera salvadoreña.

- c) Trabajadores de servicios, transportes, obreros de las instituciones del Estado (obras públicas principalmente), etcétera.
- d) Trabajadores del servicio doméstico. Este sector de la clase trabajadora está integrado en su casi totalidad por mujeres y corrientemente es dejado fuera de la clase obrera, pero su calidad de grupo integrado al sector de los servicios es indiscutible. Su relación con la producción queda más clara después de las discusiones sobre el «trabajo doméstico» como reposición de la fuerza de trabajo social que se han llevado a cabo en derredor del problema de la liberación de la mujer del trabajo del hogar en los países capitalistas desarrollados y en los países socialistas. Además, la terrible situación social de las trabajadoras domésticas de El Salvador (las «sirvientas»), sus niveles de salario y su carencia de derechos, las vejaciones y las humillaciones excepcionales que sufren, les otorgan objetivamente una inserción muy especial en el seno del proletariado y una potencialidad revolucionaria no considerada corrientemente en los análisis sociopolíticos del país.

La clase obrera agrícola o proletariado rural es la capa social más numerosa del país. La integran:

- a) Los peones agrícolas y los colonos y mozos-colonos.
- b) Los trabajadores de los beneficios de café y los ingenios algodonereros y azucareros.

- c) Los manejadores de la maquinaria agrícola (cuyo nivel de salarios es notablemente más alto que el del resto de los trabajadores rurales).

5) Finalmente, los elementos desclasados, el «lumpen».

Desde luego, hay que hacerse cargo de que hemos construido un esquema que, por sí solo, no vale apenas nada. Un cuadro estático de las clases sociales en El Salvador sirve solamente para el tipo de visión aproximada, de términos generales y de primera intención que nos proponemos en estas líneas. Para vivificarlo y dinamizarlo —es decir, para hacerlo carne de análisis operativo en lo político— sería menester profundizar en los detalles que le dan a cada sector su «lugar en la producción» (con base en cifras fehacientes incluso), su segmento en la estructura, su campo en la formación, pero sobre todo sería necesario examinar su conjunto a la luz de una coyuntura político-social determinada y a partir de un concepto de «clase social» complejo y funcional que parta de y vuelva a la realidad histórica donde nunca se dan formaciones sociales puras.

Las carencias impuestas por la circunstancia de trabajar en el extranjero explican, aunque no justifican del todo, que no hayamos podido superar en estas líneas el tipo tradicional de «presentación y desglosamiento» de la estructura de clases salvadoreña. Habrá en el futuro oportunidades para avanzar en este camino, abandonando los criterios que absolutizan ese factor que hemos citado, el «lugar que se ocupa en la producción», para definir la clase social y dejar de lado las dimensiones verdaderamente *operativas*, insistimos, que el marxismo impone tomar en cuenta para tal definición, como sería la existencia de las clases solamente dentro de una relación social dada, la calidad permanente del enfrentamiento entre las clases, la sustantivación de la clase ante los individuos que per-

tenecen a ella (lo que abre el campo para el trabajo sociológico más amplio), la calidad que impone al concepto de clase el hecho de la dominancia social de las ideas de las clases dominantes, la actividad política de las clases (dimensión clave del concepto), su existencia en relación con una forma principal de ejercicio del poder político por parte de la clase dominante (el Estado). Ello es fundamental porque todos estos problemas se plantean para El Salvador en la lucha por encontrar una vía hacia la toma del poder, hacia la revolución, y por lo tanto es necesario actualizar la definición de clase social de Marx, centrada en lo político. Sin desestimar, desde luego, la importancia básica de la ubicación de los grupos y de las clases sociales frente a la producción, nosotros necesitamos, para la lucha revolucionaria salvadoreña, apuntar hacia un concepto que involucre la «conducta social» de aquellos y las *razones* de su participación política en una forma determinada, ya que «el análisis de clase sirve en definitiva para entender la situación revolucionaria y el proceso que culmina en ella o no sirve prácticamente para nada».

Entre 1924 y 1932 (fechas respectivas de la fundación de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños —FRTS— y de la masacre anticomunista que arrasó con TODAS las organizaciones populares del país) el panorama clasista de la nación salvadoreña no era desde luego tan acabado como para encajar perfectamente en este esquema que hemos elaborado (aun mirando hacia atrás) en 1972. No había prácticamente clase obrera industrial, ya que la industria salvadoreña estaba ínfimamente desarrollada y el gran grueso de la manufactura salía de las unidades artesanales: pequeños y medianos talleres, cuchitriles individuales, etcétera. Había solamente núcleos concentrados de clase obrera en la incipiente industria textil, en los transportes (ferrocarriles, principalmente) y en los servicios estatales (construcción, carreteras, etcétera), y el estrato artesanal era absolutamente preponderante, era *el* proleta-

riado urbano. Desde aquella época ha habido un gran desarrollo numérico de los otros estratos del proletariado urbano, aunque —no se han dado y es probable que no se darán por ahora— grandes concentraciones de proletariado industrial de acuerdo con las características de la industria moderna neocolonialista que, con los logros de la actual tecnología no promueve grandes concentraciones de personal en los centros de producción. El campesino pobre y medio era en los años 1920-1932 una capa relativamente mayor, ya que en los últimos años se ha ido reduciendo al nutrir cada vez más aceleradamente al proletariado agrícola. Pero el proletariado agrícola y el campesinado pobre formaban ya el sector más numeroso de la población salvadoreña. Junto con el artesanado urbano eran la mayoría absoluta de la población. La burguesía como conjunto transcurría un período ya viejo de recomposición interna en que el elemento dinamizador era el proceso de consolidación de la oligarquía terrateniente-cafetalera. Esta oligarquía ya tenía preponderancia económica en el seno de la estructura de la burguesía de El Salvador y ya explotaba al país para sí misma y para los capitales internacionales, y establecería su preponderancia política excluyente (en lo interno) a raíz de los sucesos de 1932 en que se inauguraría la forma de gobierno del sistema oligárquico dependiente: la dictadura militar. Sin embargo, no existía entonces el fenómeno de la capa militar como sector de la burguesía con intereses económicos propios como en la actualidad. Los sectores pequeñoburgueses estaban mucho menos desarrollados tanto en su número absoluto como en su importancia relativa en el seno del conglomerado social: desde aquellos años se han desarrollado mucho los sectores urbanos de la pequeña burguesía industrial-fabril, el comercio en pequeño, estudiantes y profesionales, oficialidad del Ejército, intelectuales. La pequeña burguesía rural (campesinos) se ha reducido mucho desde entonces. El fondo de desocupados y subocupados y el «lumpemproletariado» se han

multiplicado (sobre todo este último grupo con el fenómeno de la urbanización en desarrollo). Los cambios en la composición social de la población salvadoreña desde el período 1924-1932 hasta nuestros días corresponden al desarrollo del capitalismo dependiente en el país, tanto en el campo como en la ciudad.

II

El carácter «normal», consecuente con la realidad social del país, del desarrollo temprano del Partido Comunista de El Salvador (1930-1932) estuvo basado en los siguientes hechos:

1) El PCS *surge* del seno de la mayor organización de trabajadores de El Salvador en aquellos años (la FRTS), cuya estructura organizativa estaba conformada directamente por la propia estructura de las capas trabajadoras salvadoreñas. De acuerdo con la casi inexistencia de la clase obrera industrial, el grueso del movimiento sindical que abarcaba la FRTS (la cual llegó a tener más de 75 000 afiliados formales, aunque el número de trabajadores que influenciaba y dirigía era mucho mayor) estaba compuesto por los artesanos urbanos (zapateros, sastres, panaderos, carpinteros, albañiles, ebanistas, hojalateros, tejedores, etcétera), los trabajadores de servicios (ferrocarrileros, choferes, saloneros, barberos, etcétera), los pequeños productores-expendedores (vendedores ambulantes, golosineros), pero también, y en gran medida, por el proletariado agrícola (a través de los «sindicatos de finca» y los llamados «sindicatos de oficios varios», en los que entraban indistintamente obreros urbanos, artesanos urbanos, rurales y proletarios agrícolas y hasta, aunque excepcionalmente [sobre todo después de que los delegados salvadoreños al Congreso Mundial de la Sindical Roja, PROFINTERN, trajeron al país los criterios correspondientes a nivel mundial], campesinos pobres y semiproletarios).

2) A pesar de la preponderancia artesanal que marca al movimiento comunista salvadoreño, desde su inicio, con muchos resabios ideológicos pequeñoburgueses, el Partido mismo encarnó —aunque en niveles primitivos de manejo y elaboración para lo «concreto-nacional» salvadoreño— el nivel de la ideología sistematizada del proletariado mundial de la época, el marxismo-leninismo elemental *en la forma en que era transmitido por los canales latinoamericanos de la III Internacional*.

3) El PCS, surgido del sector más avanzado (el sector organizado sindicalmente) de las capas trabajadoras explotadas fundamentales del país (artesanado urbano con un ínfimo germen de clase obrera industrial, proletariado agrícola mayoritario y campesinado pobre) y de sectores de las capas medias (profesionales, estudiantes, intelectuales), pudo comenzar a desempeñar su papel de llevar —a través de la lucha sociopolítica y económica cotidiana y en sustitución de los primeros ideólogos marxistas nacionales y extranjeros que iniciaron esa labor— la conciencia revolucionaria al seno de la amplia clase trabajadora salvadoreña con el fin de transformarla de *clase en sí* en *clase para sí* y pasar entonces a plantearse tareas revolucionarias de alta complejidad, incluida la toma del poder político nacional. Sin duda se abre para el investigador frente a este problema un campo de trabajo decisivo: ¿cuáles fueron las formas de surgimiento, los desfases o contradicciones entre los diversos niveles de la conciencia de clase proletaria en El Salvador desde la etapa 1930-1932 hasta nuestros días, en su triple aspecto de elemento constitutivo de la clase, elemento definitorio del partido político clasista y factor básico de la revolución? ¿Hasta dónde se avanzó en este terreno entre 1930 y 1932?

Es necesario precisar el sentido del *carácter normal* en el desarrollo primigenio del Partido de que estamos hablando. Se trata de un proceso que transcurrió en un período menor de dos años,

tiempo extremadamente corto para hacer de una masa tradicionalmente dispersa y atrasada, de un movimiento organizado de trabajadores tan joven y heterogéneo, el sujeto teórico-histórico en funciones de la revolución; y de un Partido Comunista surgido en tales condiciones, su sujeto político práctico, apto para instrumentar TODAS las tareas de un planteamiento revolucionario radical en las condiciones del país y del mundo de los años treinta. Y ello a pesar de que la profundización de la crisis generalizada de la sociedad salvadoreña de la época sirviera de acelerador de la acumulación de experiencia para las masas y para su vanguardia organizada mediante la multiplicación de la actividad política popular ante el recrudecimiento de la miseria y de la represión. Se trata de un desarrollo «normal», pues, marcado por la debilidad social de la «vanguardia-de-la-vanguardia-histórica» (obreros avanzados) y por el nivel ideológico insuficiente de la vanguardia organizada en concreto (Partido, movimiento obrero, juventud comunista, Socorro Rojo Internacional, cuadros marxistas, etcétera). Esta debilidad y esta pobreza ideológica y política no obstaron sin embargo para que en derredor del PCS, la FRTS y el SRI se organizara el más grande movimiento revolucionario de masas de la historia salvadoreña, y para que el Partido se viera, a menos de dos años de su fundación, en el trance de encabezar una insurrección armada nacional para tomar el poder político en nombre de las clases trabajadoras y pasar así a hacer las transformaciones revolucionarias que iniciarían el camino hacia el socialismo, revolución social *pensada* en términos «democrático-burgueses» por la dirigencia comunista salvadoreña de aquel tiempo. La situación revolucionaria que surgió en El Salvador en los años 1930 y 1931 fue fruto de las condiciones nacionales e internacionales del sistema capitalista dependiente que, con un grado mayor de madurez y profundidad, aún se mantiene en nuestro país. *Los niveles de debilidad, insuficiencia e incapacidad del Partido y de la clase trabajadora*

salvadoreños se refieren precisamente a no haber podido dar una salida revolucionaria victoriosa a la situación revolucionaria que planteaba la crisis general aguda de nuestra sociedad. (La crisis general del capitalismo de 1929, al incidir en la estructura salvadoreña, propició la crisis social generalizada en nuestro país). O sea, que se refieren al carácter instrumental (práctico y hasta «técnico» si se quiere) del Partido y (social-histórico) de la clase, frente a la tarea de la ejecución de la revolución salvadoreña de entonces.

El testimonio de Miguel Mármol sobre el desarrollo del Partido entre 1930 y 1932 y muchas otras informaciones que obran en nuestro poder son un material bastante rico como para que podamos tratar de analizar o, simplemente, considerar algunos de los elementos en juego. En primer lugar, es un hecho que el PCS que se fundó en 1930 fue fruto del desarrollo de un pequeño núcleo de trabajadores avanzados (el grupo de los que «se sentían comunistas», como dice Mármol, y que concurrían en posiciones comunes bajo la influencia de materiales marxistas que recibían: trabajos de Lenin y Stalin, etcétera) y no de la concurrencia de grupos de diverso origen de trabajadores revolucionarios, intelectuales, etcétera, que hubieran transcurrido por su propia experiencia política hasta encontrarse y fundirse. El «grupo comunista» nace y se desarrolla en la FRST y se vuelve hegemónico, «echando por la ventana» a los reformistas que recibían la línea de la II Internacional desde Amsterdam, a los anarco-sindicalistas, anarquistas, etcétera, que entonces se disputaban a nivel salvadoreño y mundial la dirección de las organizaciones obreras. El reducido núcleo inicial comunista crece rápidamente y la fundación del Partido se impone: los cuadros internacionalistas (Jorge Fernández Anaya, de la Juventud Comunista Mexicana; Jacobo Horwits y otros cuadros de la IC; Esteban Pavletich, etcétera, y el mismo Farabundo Martí, que regresó al país en 1930 en calidad de responsable local del Socorro Rojo Internacional) hicieron que el nuevo y pequeño Partido na-

ciera vinculado al movimiento comunista internacional: el PCS nace como Sección Salvadoreña de la Internacional Comunista. La excepcional receptividad popular, acicateada por la profunda crisis económica, hace, incluso, que el Partido eche también por la ventana todo fetichismo con respecto a los esquemas organizativos y crezca sobre la base de amplios comités locales y no de células cerradas (lo que desde luego, al absolutizarse, debilitó la seguridad de la organización y la hizo muy vulnerable a la vigilancia, la información y la penetración enemigas), aunque conservando su estructura de «red de organizaciones». Sin embargo, de ese crecimiento «de bambú después de la lluvia», no se pretendía hacer lo que se llama un *partido de masas*, especie de club electoral a la manera de ciertos partidos marxistas europeos. Miguel Mármol es bien claro al decir que desde el principio la organización se orientó a construir un núcleo selecto a la manera leninista, una vanguardia organizada con normas estrictas de funcionamiento, donde estuvieran los mejores, independientemente de representar los intereses históricos de todos los explotados. Fue precisamente por la comprensión de esta última representatividad que los primeros comunistas salvadoreños entendieron que el núcleo aislado de las masas no tiene sentido, que el núcleo por sí mismo y sin ligazón o perspectiva de ligazón con las masas no es un núcleo, sino un grupúsculo estatizado para los fines históricos, y lograron que sus comités locales del Partido dirigieran la labor del FRTS en todo el país, que es lo mismo que decir —de acuerdo a las condiciones de los tempranos años treinta— la labor de la inmensa mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo, sobre todo en el centro y el occidente del país. Hay que dar los méritos del caso a otros organismos paralelos al Partido que cumplieron en la labor político-organizativa-agitativa del pueblo salvadoreño un papel extraordinario que habría que estudiar a profundidad: el Socorro Rojo Internacional, por ejemplo, instrumento que a primera vista a nadie le recuerda en nuestro país una organización de auxilio

a las víctimas de la burguesía, una especie de cruz roja proletaria internacional, sino más bien una organización militante, más radical aun que el propio PCS. El desarrollo del primitivo núcleo comunista salvadoreño es específico y no cabe cómodamente en ciertos esquemas de discusión sobre posibilidades organizacionales que se han puesto en boga últimamente. No se trata del núcleo del cual *sale todo lo demás* (organizaciones de masas, organizaciones revolucionarias militares, etcétera), pues él mismo surgió del seno del movimiento obrero organizado salvadoreño que ya tenía más de una década de nacido y que estaba centralizado por la FRTS desde 1924, ni de una selección natural de los diferentes frentes de masas y de grupos que se concentraron y se volvieron núcleo. Se trata de un núcleo que se desarrolló, se volvió hegemónico en el seno de los obreros avanzados (organizados) y tuvo las condiciones para adoptar la forma de Partido Comunista (Sección de la Internacional Comunista), en virtud de haber planteado a las masas la teoría general de la revolución más aceptada por ellas, aunque a partir de cierto momento el mismo núcleo hegemónico ya transformado en Partido se vio rebasado por esas masas, que entraron en un ánimo insurreccional directo y reclamaron del PC la dirección político-militar adecuada que suponía la teoría revolucionaria que les había transmitido aún en forma muy general y divulgativa, propagandística, agitativa.

Habrá que volver más de una vez sobre este grupo de problemas, cuya comprensión total daría nuevas claves para el presente. Quedándonos con los simples hechos, hay que señalar que antes del planteamiento de la instancia puramente insurreccional de 1932, el PCS, en su desarrollo desde un pequeño núcleo y a causa de una línea de masas adecuada en lo fundamental a la realidad nacional, presentaba aproximadamente el siguiente «panorama de logros»:

a) *Era la vanguardia organizada político-reivindicativa indiscutida del movimiento de los trabajadores salvadoreños.* Esta calidad le permitía efec-

tuar movilizaciones masivas legales e ilegales en formas que no se han vuelto a ver en El Salvador desde entonces: «marchas de hambre» de campesinos con participación normal de 50 a 60 000 personas; reuniones «de barranca o quebrada» de centenares y a veces de miles de concurrentes (generalmente clandestinas, nocturnas); manifestaciones de protesta en San Salvador que alcanzaban con facilidad los 100 000 asistentes, etcétera.

b) *Tenía una importante penetración en las capas medias urbanas: profesionales, intelectuales, estudiantes.* El principal órgano de divulgación del PCS era el periódico *Estrella Roja*, dirigido por Mario Zapata y Alfonso Luna, y aparecía como vocero del «Grupo Marxista» de la Universidad. Frente a las tareas de la insurrección, el Partido comisionó a Farabundo Martí para que «formara gobierno» con diversas personalidades universitarias.

c) *Tenía una importante penetración organizada en el Ejército, entre la base de soldados y aun entre la oficialidad baja y media.* Había células comunistas activas en casi todos los cuarteles de San Salvador y en algunos de ellos su número era importante, pensando inclusive en términos operativo-militares.

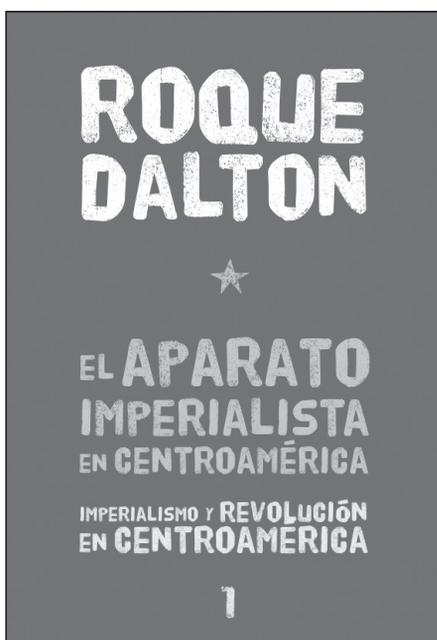
d) El PCS tenía su organización dislocada a nivel nacional. Había comités en todos los departamentos del país y fuerza ampliamente mayoritaria a nivel de organismos de trabajadores y de apoyo de masas en el occidente y en el centro del país (o sea, en la zona que concentraba y concentra la mayor parte de la población y las unidades de producción fundamentales de El Salvador).

Es decir, hablando en términos modernos, el PCS entre 1930 y 1932, sin dejar de ser un núcleo selecto de militantes de vanguardia, estuvo construido simultáneamente de arriba hacia abajo y de

abajo hacia arriba («núcleo que se desarrolló en el seno del movimiento obrero organizado, se volvió hegemónico, dirigió el movimiento del cual nació y lo hizo crecer y comenzó a crecer a su vez nutriéndose del mismo»), e inclusive «horizontalmente» (organización de la población de acuerdo a como esta se halla distribuida en el territorio dado, o sea, en nuestro caso en el territorio nacional, según una determinada división administrativa del Gobierno burgués: departamentos, distritos, municipios, cantones, etcétera). En ese sentido el PCS coincidía en la práctica organizativa en aquellos años con el criterio del líder coreano, compañero Kim Il Sung, cuando al hablar de la construcción del partido marxista-leninista ha dicho:

Para organizar un partido marxista-leninista no existen métodos ni procesos invariables. El Partido debe ser organizado siempre conforme a la realidad concreta del momento, del país y de la región en cuestión. No hay por qué tratar de ajustar mecánicamente esta cuestión a una teoría determinada. ¿Qué es lo primero, la organización de masas o la organización del Partido? Esto es un sofisma. Lo verdaderamente importante en la construcción de un partido marxista-leninista no es seguir tal método o proceso en particular, sino establecer firmemente las organizaciones del Partido *como verdaderas filas para la revolución y el combate* que permitan conducir la lucha revolucionaria a la victoria.

El PCS se desarrollaba normalmente de arriba a abajo (núcleo-masa), de abajo a arriba (masa engrosando el núcleo por la vía de la organización sindical, política, de socorro mutuo, etcétera) y horizontalmente (territorialmente), pero no tuvo el tiempo ni la capacidad de convertirse en el partido de combate que habría sido necesario para conducir a las masas del pueblo hacia la salida victoriosa de la situación revolucionaria de 1931-1932, transcurriendo la vía armada hacia la revolución.



EL APARATO IMPERIALISTA EN CENTROAMÉRICA

Imperialismo y revolución en Centroamérica

Volumen 1

Roque Dalton

Este primer volumen del ensayo, hasta ahora inédito, *Imperialismo y revolución en Centroamérica* da prueba de que las dotes de Roque Dalton como analista político fueron tan relevantes como las de poeta. Su disección de las estrategias de dominación neocolonial en el Istmo contribuye a la comprensión de los resortes contemporáneos de la injerencia estadounidense, la alianza imperial con las oligarquías locales y la búsqueda de alternativas por parte de los pueblos. Maestro, como pocos, en el uso de la ironía para desnudar la injusticia, Roque desenmascara la manipulación mediática y religiosa como estrategias de los centros hegemónicos, así como la conversión de la «integración» económica y de los conflictos centroamericanos en instrumentos del imperialismo para desarticular las luchas revolucionarias en la región.

224 páginas, ISBN 978-1-921235-98-6

Después de la masacre, el Partido simplemente no se construyó: ni de arriba hacia abajo ni de abajo hacia arriba (cuando precisamente era necesario crearlo todo de nuevo, inclusive las organizaciones de masas), ni «horizontalmente». No hubo movimiento organizativo, no hubo ese ir del uno al otro nivel que supone el encuentro del instrumento político con la masa, aun en condiciones de aguda clandestinidad, cuando ese encuentro tiene características especiales. Al negarse, por convicción y práctica, al desarrollo, el grupúsculo o los grupúsculos a que el PCS se vio reducido mediante la masacre y el terror permanente se negaron a sí mismos la posibilidad de volver a ser o de tratar de volver a ser Partido, desaparecieron como Partido Comunista.

Hablando de lo que significa construir el Partido, el máximo dirigente de los comunistas uruguayos, Rodney Arismendi, apunta en su libro *Lenin, la revolución y América Latina* (Montevideo, 1970) los requisitos formales y prácticos mínimos para que se pueda dar ese proceso orgánico (y que son, desde luego, previos a los problemas de línea política adecuada, ubicación social idónea, etcétera, que le darían el carácter de *realmente revolucionario* en una situación histórica y en una sociedad dadas):

En la concepción leninista —dice Arismendi— el Partido se forja, no nace con todas las armas. En la forja del Partido se integran tres elementos, por lo menos: *la propia práctica política, de masas y de organización*, sin la cual no podrá haber verdadera formación; *la discusión política e ideológica permanente*; y *la preparación teórica*, que no puede ser nunca hija de la espontaneidad o librarse a la voluntad individual de cada cuadro. En relación con el movimiento internacional, la formación del Partido presupone el conocimiento de la experiencia de todo el movimiento y su fusión crítica con la experiencia nacional. Y la plena conciencia de que el internacionalismo es principio inmutable de la condición marxista-leninista del Partido.

En el período de desarrollo «normal» del Partido, los comunistas salvadoreños, con todas sus carencias y desviaciones, estaban cumpliendo la tarea histórica de «delimitar la vanguardia y reagruparla en el Partido»: sus deficiencias teóricas e ideológicas eran balanceadas por el ardor de una práctica política y organizativa, agitativa y concientizadora, que partía de la realidad inmediata y volvía a ella sin perder de vista el hacer énfasis en el internacionalismo proletario. Esta labor fue interrumpida por la gran masacre de 1932 y sus resultados posteriores, entre los cuales cabe destacar los siguientes:

a) *Destrucción de TODAS las organizaciones populares existentes en El Salvador*, particularmente de las organizaciones de carácter clasista y las vinculadas con el movimiento político y social del período que transcurrió entre 1924 y 1932.

b) *Prohibición de todo tipo de nuevas organizaciones populares* (en el caso de las organizaciones gremiales o sindicales de la población rural, la prohibición fue elevada a rango de norma constitucional). La primera labor organizativa de carácter político vino a hacerse ya en las postrimerías del régimen martinista, cuando se agruparon los «intelectuales antifascistas» aprovechando el clima de repudio mundial contra el nazismo y las posiciones del imperialismo norteamericano en la Segunda Guerra Mundial, hechos que habían «ablandado» el sentimiento germanófilo del sangriento dictador. Asimismo a partir de una iniciativa de la dictadura para reorganizar a algunos sectores del movimiento sindical y lograr así su apoyo, elementos revolucionarios pudieron hacer algún trabajo organizativo independiente en la capital y en las ciudades principales.

c) *Construcción de organismos reaccionarios de carácter masivo, paramilitares, en el campo y en las poblaciones; movilización del Ejército y los cuerpos de seguridad en el sentido anticomunista; instauración de una férrea dictadura fascista que se prolongaría hasta 1944 (Gobierno del general Maximiliano H. Martínez).* Las fuerzas reaccionarias dominantes sobre El Salvador, enfrentadas a la posibilidad de la toma del poder por el pueblo encabezado por los comunistas y en uso de la vía armada, de la insurrección nacional-popular, estuvo en condiciones, después de la derrota de las fuerzas revolucionarias y del amplio genocidio contra el pueblo trabajador (30 000 muertos en menos de un mes), de organizar la violencia anticomunista con un criterio futurista de indudable eficacia que revelaba una comprensión básicamente adecuada por parte de la oligarquía y del imperialismo de las necesidades represivas que planteaba el sostenimiento del poder consolidado en forma tan bárbara y criminal. Un cuadro de los organismos de control territorial nos dejó trazado nada menos que el general José Tomás Calderón, uno de los ejecutores directos de la gran masacre (fue jefe de la «columna punitiva» que arrasó la zona occidental del país), en las páginas de un extraño *Prontuario comercial*, aparecido bajo sus auspicios en 1937 (y en cuya primera página, dicho sea de paso, aparece acuñada para la historia latinoamericana la localmente célebre frase de este gran asesino: «El Salvador: un país donde nadie se muere de hambre ni de sed, ni de frío, ni de calor»). Es el siguiente:

En los cantones, en los cuales están comprendidas las aldeas —dice el general Calderón—, existen servicios para el mantenimiento del orden público tanto en el orden civil como en el militar, con un total este último de varios miles de ciudadanos, voluntarios, que se relevan cada año en los primeros cinco días de enero. El jefe del servicio civil se denomina «comisionado» y el del militar «comandante». También en los barrios de las poblaciones existe servicio civil y militar, pero en algunos

se les denomina «alcaldes auxiliares» a los jefes del primero. El servicio civil de orden público depende del Ministerio de Gobernación, gobernación departamental y alcaldías municipales; y el militar, de las comandancias locales, estas de las comandancias departamentales y estas a su vez del Ministerio de Defensa Nacional. En resumen, el mantenimiento del orden público descansa en la Guardia Nacional, Policía de Línea, Policía de Tránsito, de Seguridad, municipales, forestales, servicios civiles y militares de barrio y de cantón, comandancias locales, jefes expedicionarios militares de servicio permanente, gobernaciones departamentales y, finalmente, en los cuerpos de tropa del ejército de guarnición permanente en cada departamento.

Este aparataje represivo fue aumentado sucesivamente con nuevos cuerpos armados como la Policía de Hacienda, la Policía de Aduanas, etcétera, con la proliferación de los servicios secretos, y modernizado para conservar su eficacia en la nueva situación (sobre todo a partir del triunfo de la Revolución cubana y del apareamiento de la lucha armada en Guatemala y en Nicaragua, cuando las llamadas «patrullas militares cantonales o de los barrios urbanos» —formadas por «varios miles» de voluntarios— se reorganizaron y tecnificaron en el sentido «antiinsurgente» de la CIA y el Pentágono norteamericanos, bajo la dirección inmediata de los servicios de inteligencia «nacionales» dirigidos por el general José Alberto Medrano hasta hace algunos años. La organización paramilitar anticomunista rural ORDEN es la versión moderna de la milicia anticomunista formada en derredor de los años treinta bajo la forma de «patrullas» de voluntarios. En nuestro artículo «El Salvador, el istmo y la revolución» (*Tricontinental*, La Habana, 1969) y en el libro «¿Revolución en la revolución?» y *la crítica de derecha* (Cuadernos Casa de las Américas, La Habana, 1970) hay referencias concretas a este fenómeno tan peculiar de nuestro país.

d) *Desalojo violento del Partido de su ubicación social primigenia mediante su casi total destrucción física y el corte de sus nexos con las masas.* La casi total destrucción física del PCS, la prohibición organizativa bajo el martinismo, la represión a nivel nacional mediante todos los medios político-militares, sociales y de organización al alcance de la dictadura imperialista-oligárquica, hicieron que los elementos de reorganización del Partido fueran ínfimos y que no pudieran desarrollarse normalmente en el seno de las clases trabajadoras explotadas fundamentales, como había ocurrido entre 1930 y 1932. El PCS pasó a ser en concreto *un pequeño grupo de artesanos y pequeños burgueses urbanos, desligados completamente de las masas y del proceso de producción del país.* Diversos grupos comunistas del interior del país que trataron de reorganizarse terminaron por desaparecer o sucumbieron ante la represión. Solo en San Salvador y en Santa Ana los pequeños grupos lograron funcionar como tales y sobrevivir. El hecho de que carecieran de una perspectiva estratégica de desarrollo que no fuera esa sobrevivencia del grupo, niega en los hechos su carácter germinal. Esta situación marcó un corte profundo en el proceso de continuidad real, orgánica, del PCS: una interrupción relativamente prolongada de su desarrollo seguida, después de algunos años, de un desarrollo no solamente lento y débil, sino deforme, anormal, socialmente incongruente y políticamente equivocado. La deformidad y la mediatización de este desarrollo orgánico produjo en lo que podría haber sido el núcleo del nuevo órgano de vanguardia del pueblo salvadoreño una falsa conciencia revolucionaria concretada en *una ideología de la sobrevivencia en defensiva perenne*, una vida definida en términos eminentemente negativos (no ligarse con la masa mientras no cambiasen las condiciones —que no podían cambiar por sí solas—; no ser imprudentes; no provocar al enemigo; ocultar la existencia del Partido; no hacer propaganda; no actuar, en suma) que, fuera de su dañinidad inmediata, al ac-

tuar durante años y años abonarían el campo para las posiciones reformistas, quietistas, derechistas, etcétera, que pasaron a actuar cuando el organismo que pasaba por Partido tuvo de nuevo condiciones político-sociales, de marco nacional e internas de su propia estructura, para transformarse en un verdadero partido marxista-leninista congruente con la realidad salvadoreña, ella sí en desarrollo ininterrumpido. Esto ha sido, por supuesto, más evidente a partir de los años cincuenta y ha llegado a ser, dijéramos, flagrante, a partir del triunfo de la Revolución cubana. El artículo del compañero Alberto Gualán, máximo dirigente actual del Partido Comunista de El Salvador, «Años de lucha heroica: el 35 aniversario del Partido Comunista de El Salvador» (*Revista Internacional*, 1965), es indispensable para conocer sintéticamente ese proceso, que no es simplemente el fruto trágico de la abulia. Tal artículo constituye, de hecho, el reconocimiento oficial por parte de la dirección de nuestro Partido Comunista de su inexistencia como partido marxista-leninista durante por lo menos veinte años, o sea, aproximadamente entre 1932 y 1952.

e) Esta interrupción en el desarrollo del Partido tuvo su consecuente aspecto internacional. Los vínculos normales con el movimiento comunista y obrero mundial quedaron rotos. Hubo débiles y esporádicos intentos de restablecerlos a través del PC de México, por ejemplo, pero lo cierto es que el contacto permanente se vino a establecer de nuevo desde Guatemala ya en el proceso de la llamada Revolución guatemalteca (1944-1954), por medio del Partido Comunista Mexicano, el Partido Socialista Popular de Cuba, el naciente Partido guatemalteco y mediante viajes de camaradas dirigentes a Moscú y Pekín, etcétera. De esta manera el organismo que mantenía el nombre de PC no pudo recibir asistencia, crítica, experiencia internacional del movimiento comunista y, al no haber tomado parte en sus vicisitudes internas, en la sucesión de

sus éxitos y sus fracasos, en su avance, se crearon las condiciones para que su reincorporación formal fuera acomplejada y tímida y comenzara a permanecer marcada por las más agudas formas del *seguidismo*.

Y decir esto no es caer en un remedo de ciertas actitudes descalificatorias que contra todos los PC latinoamericanos, sin excepción y sin establecer las debidas diferencias, se han visto surgir en diversos sectores de la nueva izquierda revolucionaria de nuestros países en los últimos años. Por el contrario, se trata para El Salvador del planteamiento de problemas de nuestra historia revolucionaria aún no resueltos satisfactoriamente y que gravitan de una u otra forma en las concepciones de los revolucionarios de hoy, desde luego que no se trata de imponer un criterio caprichoso, sino más bien de abrir la discusión entre revolucionarios, la sustanciación de nuestras discrepancias, diferencias de puntos de vista, etcétera.

Por ejemplo, en este aspecto de la «desaparición por veinte años del Partido Comunista en nuestro país» podría decirsenos lo siguiente: es por lo menos durante veinte años. Ambos fenómenos depararon otro que en la práctica y en la teoría significaba la desaparición de la calidad instrumental que con respecto a las clases explotadas tiene el partido del proletariado: la renuncia a la toma del poder, la renuncia al poder político. El problema del poder se volvió para los restos sobrevivientes del PCS un problema tan lejano que llegó a desaparecer del léxico corriente de los comunistas. Incluso, cualquier conocedor de la teoría del partido político burgués nos dirá que lo que define a un partido político es su perspectiva de poder, su actividad tendiente a realizar su programa desde el poder. Cuánto más este es un problema básico para el partido del proletariado, que pretende destruir revolucionariamente un tipo de poder para luego instaurar el suyo propio: un organis-

mo que no lucha por el poder para el proletariado y para el pueblo no es, no puede ser, un Partido Comunista, independientemente de su fuerza numérica, de las coyunturas difíciles, de las oscilaciones en su actividad. Y como tal situación duró en El Salvador más o menos veinte años, nosotros insistimos en que durante ese lapso no hubo entre nosotros Partido Comunista.

Creemos asimismo que el verdadero núcleo de la reorganización del PC entre nosotros comenzó a formarse en derredor de los años cincuenta, cuando de nuevo a partir del movimiento de los trabajadores urbanos surgió por lo menos un centro de dirección que había logrado acumular experiencia, que se había despojado de los elementos corrompidos (los profesionales pequeñoburgueses como Julio Fausto Fernández —que había llegado a ser secretario general— y otros) y de los vacilantes más influenciados por las posiciones y por la ideología burguesas y que verdad que Miguel Mármol deja claramente descrito en su testimonio el carácter no marxista-leninista de la organización a que se vio reducido el PCS después de 1932 y que el citado artículo de Alberto Gualán confirma aquella descripción e incluso la conceptualiza en diversos aspectos (Miguel Mármol es miembro del CC del PCS y Alberto Gualán primer secretario del mismo). Por parte de ambos, se agregaría, se borra toda duda de que lo que quedó llamándose Partido Comunista de El Salvador después de la matanza fue un pequeño grupo de artesanos y pequeños burgueses intelectuales *que bien pronto se dividió por lo menos en tres grupúsculos, cada uno de los cuales era nada menos y casi nada más que un Comité Central*. Pero aun en este caso, se nos seguirá diciendo, ¿no se trata de un momento común, normal, natural, en la construcción de un Partido Comunista dada en las condiciones de correlación de fuerzas extremadamente desfavorable que existe para los revolucionarios en el seno de una sociedad en desarrollo capitalista que, además, ha consolidado sus estructuras políticas y sus aparatos represivos y

administrativos por medio de la violencia abierta más aguda? ¿No existía de nuevo el Partido, aunque fuera de nuevo en germen en aquellos grupúsculos? ¿No es acaso nada más que la situación de un Partido Comunista que, a causa de la violencia reaccionaria, fue retrotraído a su calidad embrionaria pero que, precisamente por ello, seguía subsistiendo en esencia, en núcleo, en los grupúsculos, y que solamente precisaba el cambio de las condiciones extremadamente opresivas para volver a su cauce normal de desarrollo y crecimiento? Nosotros creemos que los dos elementos apuntados, el desalojo social y el apareamiento de la ideología de la supervivencia-alejamiento de las masas, hicieron desaparecer al Partido Comunista en El Salvador, y este volvió a la actividad en los frentes de masas como Partido Comunista de El Salvador. Por la actividad del PCS se reorganizaron el movimiento sindical democrático, los frentes políticos de masas y se impulsaron con contenidos nuevos los movimientos estudiantil, de mujeres, juvenil, etcétera, a lo largo de la década de los cincuenta. Asimismo el Partido estaba dotado ya de una concepción estratégica que se reflejó en su programa y en otros documentos fundamentales de su actividad.

El corte de veinte años en la existencia del PC de nuestro país tuvo, sin embargo, consecuencias más permanentes: las concepciones ideológicas acuñadas en ese lapso no desaparecieron y, por el contrario, siguieron manteniendo una influencia importante. En 1952, en 1957, en años de actividad obrera y popular posteriores, el PCS se enfrentó a la lucha con muchos resabios de su origen y preponderancia artesanales, de su historia fragmentada por el enemigo, y con su anticuado estilo de trabajo. El compañero Gualán apunta en su citado artículo que para 1962-1964 aún subsistía el viejo mal: el Partido continuaba desligado del proceso de producción y no había podido reubicarse socialmente como un organismo congruente con la estructura de las masas trabajadoras de El

Salvador. Habiéndose jugado las cartas a favor del artesanado urbano (cuya desaparición por la vía del desarrollo capitalista puede ser más o menos lenta pero irreversible en lo principal) el Partido ni siquiera estaba ligado en 1964 al nuevo proletariado fabril que surgió de la instalación de las industrias de la Integración, las llamadas empresas «mixtas». Tampoco ha logrado establecer (y esta es en nuestro criterio la mayor debilidad de las organizaciones salvadoreñas —impuesta a sangre y fuego y a base de seguridad organizativa militar por la burguesía y el imperialismo desde 1932—, pero especialmente perturbadora en el caso del PC) lazos importantes con el proletariado agrícola hasta la fecha (aunque hay que señalar que entre 1970 y 1972 el PC logró establecer algunos organismos en el campo y había formado de hecho un frente campesino de trabajo que pudo llegar a tener gran importancia). En todo caso su trabajo posterior a 1964 (en cumplimiento de la tarea principal impuesta por el V Congreso celebrado en aquel año), o sea, su trabajo en el movimiento sindical y su penetración entre el proletariado fabril, su actividad en los frentes estudiantiles, magisteriales, político-electorales, etcétera, parecen confirmar que el Partido Comunista de El Salvador ha sido en realidad y a partir más o menos de 1950-1952, un núcleo marxista-leninista en desarrollo, aunque marcado por graves deficiencias y debilidades en su ubicación clasista, en sus concepciones y en la aplicación de su línea política (deficiencias originadas, en los años de su inexistencia como partido propiamente dicho, en los grupúsculos que institucionalizaron *a contrario sensu* su desaparición, por la incidencia de las posiciones derechistas surgidas a nivel internacional que, repito, han encontrado un terreno ideológico propicio y han mantenido una gravitación definitoria en sus concepciones estratégicas, etcétera).

Los sectores más consecuentes de la nueva izquierda salvadoreña (y decimos *nueva izquierda* porque se trata de un sector de

reciente formación en sus perfiles actuales y no como una referencia mecánica a lo que se llama «nueva izquierda mundial» o «nueva izquierda latinoamericana») señalan que el apareamiento y el desarrollo de los nuevos núcleos marxistas-leninistas en la ruta de una praxis nacional verdaderamente revolucionaria tendría efectos positivos, inclusive, en el propio desarrollo organizativo y revolucionario del actual Partido Comunista, maniatado en el presente por la gran trampa multiforme del sistema imperialista y de la dictadura militar electorera.

Sería impropio negar que, en determinadas coyunturas (y el proceso electoral que se desarrolló en el inicio de 1972 parece ser una de ellas), el Partido crece y se fortalece y llega incluso a tener su aparato distribuido en la mayor parte del país o en todo el país (así pasó en los años 1960-1962). Pero la experiencia histórica de nuestro país señala cuán fácilmente *desacumulable* es esa *acumulación de fuerzas* de militantes y organismos en la simple perspectiva de la política nacional (burguesa) cambiante, en ausencia de una línea auténticamente revolucionaria. En las condiciones de la dominación imperialista de nuestro país esa acumulación de fuerzas solo tendrá una *utilización* revolucionaria si a partir de un momento (el momento en que el enemigo procede a desacumularlas violentamente) el nivel de esa acumulación y su desarrollo posterior se defienden y se realizan con la violencia revolucionaria. Y esto sin considerar la que llamaríamos *desacumulación coyuntural* no violenta: la del reflujo revolucionario. La historia contemporánea de nuestro país muestra por lo menos las coyunturas de 1932, 1944-1945, 1948, 1952, 1962-1964 como ejemplos de distintas formas de *desacumulación* de las fuerzas populares: por medios agudamente violentos, por la demagogia social, por el terrorismo ideológico, por la corrupción, por el aprovechamiento de los relativos «auges» económicos, etcétera. Lo que sí hay que decir es que a partir de la presente coyuntura y según lo indican los hechos el Partido Comunista

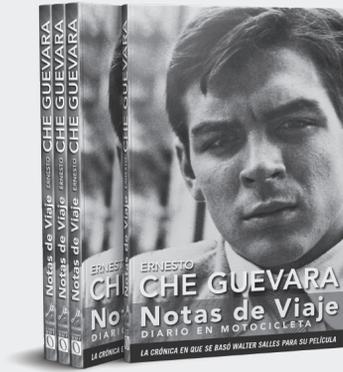
de El Salvador no será ya el único núcleo marxista-leninista por desarrollarse en el seno del pueblo y su lucha. Posiblemente se abra en nuestro país, y no precisamente a largo plazo, un proceso de desarrollo concurrente de varias fuerzas marxistas-leninistas para la conformación del futuro partido de la revolución salvadoreña, correctamente ubicado en nuestra estructura nacional y social, verdadera vanguardia organizada del pueblo para el cumplimiento de sus tareas revolucionarias. Y es claro que no se trata de un fenómeno nuevo; por el contrario, parece ser una constante —con diversos tipos de variantes internas— del desarrollo del partido de la revolución en el proceso nacional liberador y en las condiciones de existencia de un campo socialista consolidado.

La experiencia narrada en el testimonio de Miguel Mármol, específicamente su experiencia organizativa en Usulután (oriente del país) y en sus alrededores después de la masacre de 1932, antes de ser recapturado por las fuerzas represivas del martinismo, es un índice más que evidente de que el camino hacia la desaparición prolongada del Partido por la vía «prudente» del enconchamiento inmóvil de los grupúsculos pequeñoburgueses no era, ni mucho menos, fatal. Cuando aún se mataba en las calles a los acusados de comunistas, Mármol y un mínimo grupo de bisoños organizadores, sin ninguna experiencia, pudieron construir en breve tiempo una red de organizaciones comunistas, urbanas y suburbanas, que habla por sí sola de la politización que subsistía a flor de piel en las masas, aun con la proximidad de la matanza. De ello habla también el trabajo reorganizativo llevado a cabo por los camaradas Roca y Ponce (un testimonio del cual obre también en nuestro poder), Segundo, etcétera, en la ciudad de Santa Ana. *El camino de la organización clandestina de una verdadera vanguardia de las masas explotadas fundamentales* (particularmente el proletariado agrícola y el campesinado pobre que formaban el sector más bárbaramente golpeado por la represión y que aun en la derrota no podía ser

dejado a su suerte por el hecho de que se parecía menos que el artesano al proletariado industrial) *fue la alternativa desechada por la ideología de la sobrevivencia del pequeño aparato, la ideología del aislamiento de las masas*. Ello hizo del trabajo organizativo comunista algo extremadamente parcial, extremadamente ensimismado, más limitado y revertido sobre sí mismo que la labor efectuada en el caso más extremo y empirista de las desviaciones de la llamada «teoría» del foco guerrillero, con la desventaja suplementaria de que aquel llamado PCS renaciente carecía entonces inclusive de otra estrategia que no fuera la de esperar que cambiaran las condiciones reinantes en el país.

Nada de esto resta un ápice de gloria revolucionaria y de heroísmo a muchos camaradas que con toda abnegación y sinceridad recorrieron ese lento camino con la convicción de que recorrían la única ruta revolucionaria posible para las condiciones de El Salvador. Desde el punto de vista moral esos camaradas solo nos merecen a todos los revolucionarios el mayor respeto y admiración. No es necesario abundar sobre esto: los numerosos camaradas perseguidos, encarcelados, torturados, hambreados, humillados que durante años y años mantuvieron indeclinablemente sus posiciones frente al furor del enemigo; los miles de muertos; los abnegados y heroicos comunistas de siempre que, individualmente, grupusculariamente o en el seno del Partido en desarrollo participaron mejor que cualquier otro individuo o grupo de individuos u organización en la lucha social concreta de nuestro país, inspiran las luchas de los revolucionarios actuales de El Salvador, dentro y fuera de las filas del actual PC. Sus aciertos y sus errores son patrimonio de las nuevas generaciones de revolucionarios y nos motivan y nos comprometen a todos.

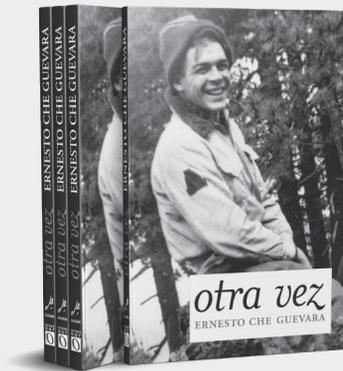
LIBROS DE LA COLECCIÓN CHE GUEVARA



ERNESTO CHE GUEVARA **Notas de viaje** **Diario en motocicleta**

Libro sugerente e inspirador de la película Diarios de motocicleta, donde el Che narra las aventuras y primeras reflexiones de su viaje inicial por América Latina, realizado desde fines de 1951 hasta mediados de 1952 en compañía de su amigo Alberto Granado.

168 páginas + 24 páginas de fotos, 2004, ISBN 978-1-920888-12-1



ERNESTO CHE GUEVARA **Otra vez**

Ya graduado de Medicina, en 1953, Ernesto emprende su segundo viaje por el continente. La lectura del diario nos revela su inmenso humanismo identificado en esos primeros pasos con el hombre latinoamericano.

208 páginas + 32 páginas de fotos, 2007, ISBN 978-1-920888-78-7

III

Hay preguntas que tienen la virtud de ser desencadenantes de una especie de alud de respuestas que, a su vez, abren el camino para otras preguntas cada vez más complejas. La pregunta sobre por qué el actual Partido Comunista de El Salvador no se ha planteado nunca su historia y, dentro de ella, particular y principalísimamente, la de la etapa 1930-1932 y la de los hechos de ese último año que llevó a la destrucción del Partido y a la muerte a 30 000 trabajadores salvadoreños, es una de esas preguntas. ¿Por qué se tenía que esperar hasta que las iniciativas personales de un testigo y un autor posibilitaran por primera vez en 1966 el trato relativamente in extenso, aunque, desde luego, parcial, de aquella historia tan aleccionadora? ¿Por qué se ha callado durante tantos años y se habría seguido callando presumiblemente de no haber sucedido que en diversos sectores progresistas, exteriores al PC, se comenzaron a organizar investigaciones, discusiones, etcétera, sobre los sucesos de 1932 a partir inclusive de la publicación de algunos fragmentos del testimonio de Miguel Mármol que, aparecidos originalmente en Cuba, fueron reproducidos en los medios universitarios salvadoreños antes de que en Costa Rica apareciera el testimonio completo? Aun sobre la base de considerar que el Partido no existió como tal durante veinte de los cuarenta años que nos separan de 1932, hubo otros veinte años en que sí se han dado las condiciones para enfrentar con resultados positivos esa tarea. La explicación está en que ese silencio no ha sido motivado por falta de tiempo para las investigaciones, la falta de capacidad o de cuadros suficientes para enfrentar el problema: el silencio sobre los sucesos del año 1932 es una actitud política determinada que es menester estudiar y desentrañar pero que, en términos generales, se refiere en nuestro criterio a la necesidad de ocultar que en lo fundamental las debilidades organizativas y de concepción estratégica del actual PCES siguen siendo las mismas que posibilitaron

la derrota del pueblo hace cuarenta años. En la base de esa actitud están los resabios del sectarismo de la época grupuscularia que prefería los mecanismos de defensa a la autocrítica constructiva, pero también otras actitudes «tradicionales»: cierta subestimación de la sistematización de la experiencia histórica en nombre de las «urgencias del presente». Además, es un hecho que para extensos sectores de base tal actitud no es del todo consciente y se acepta como algo normal, y que ciertos sectores de dirección argumentan en último término y no sin alguna razón que el planteamiento mismo de toda esa problemática es algo inclusive «peligroso», por cuanto podría desencadenar el planteamiento de infinitos problemas colaterales a los de 1932 (sobre todo problemas de carácter internacional) donde el enemigo de clase hallaría el río revuelto ideal para el diversionismo ideológico.

Haciéndonos cargo de todos estos hechos, actitudes y afirmaciones, estamos de acuerdo con que se trata de una materia compleja y delicada y que para hacer el más pequeño aporte en el camino de ponerla a funcionar en favor del avance revolucionario de nuestro pueblo hay que enfrentar serias responsabilidades. Entendiendo que algo hemos dejado sentado en las páginas anteriores sobre el desarrollo sociopolítico del PCS entre 1930 y 1932 y en años posteriores, y que avanzamos en este terreno con concepciones preliminares que necesitarán de un desarrollo en muchos sentidos en el futuro, pasaremos a plantear directamente un criterio sobre los sucesos del año 1932, meollo histórico de los problemas que hemos venido exponiendo.

En 1931-1932 se planteó y se desarrolló en El Salvador (en el marco de la crisis mundial del capitalismo de 1929) una situación revolucionaria típica de acuerdo con la descripción leninista. (La cita de Lenin al respecto es clásica: «¿Cuáles son —se pregunta en “La bancarrota de la II Internacional”—, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no cometeremos

un error si señalamos estos tres signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes para mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las “alturas”, una crisis en la política de la clase dominante que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta además que “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable por estas causas de la actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por la situación de crisis, como por los mismos de “arriba” a una acción histórica independiente»). En realidad, pocas situaciones revolucionarias en nuestro país han cumplido tan exactamente con encarnar los signos distintivos de la atinada descripción de Lenin. La situación revolucionaria salvadoreña de entonces se vio agudizada aún más con hechos como la caída del Gobierno de Araujo, el fraude electoral contra el PC (cierre de la última vía legal en el camino del poder para el pueblo) y el recrudecimiento de la represión y los crímenes del Gobierno a nivel nacional.

En 1930-1932, existía en El Salvador un partido marxista-leninista en desarrollo, algo mucho más allá que un germen grupuscular de Partido, capaz de dirigir a la clase obrera y a las masas populares dentro de la confrontación política, económica e ideológica normal en que se traducía la lucha de clases en el país, excepto en el terreno militar. El PCS se desarrollaba con las características apuntadas arriba: era la vanguardia organizada, político-reivindicativa e indiscutida del movimiento de los trabajadores salvadoreños; tenía contactos suficientes, para los fines de no ir aisladamente a la insurrección, con las capas medias de la población y con el Ejército (luego de haber resuelto a niveles importantes, por única vez en nuestra historia,

la alianza obrero-campesina para la acción revolucionaria) y tenía una organización a nivel nacional-territorial. La calidad de vanguardia había sido ganada en la práctica política de masas de la que habla Arismendi, y mantenía, aunque a niveles elementales, la discusión política e ideológica permanente. La preparación teórica tenía el bajo nivel normal para la época en el seno del movimiento comunista latinoamericano. Desde el punto de vista de la insurrección parece claro que el PCS contaba con los medios suficientes para *iniciar* un proceso que a plazo intermedio *culminara* con el alzamiento en armas de las masas trabajadoras del país.

El PCS fue capaz de conducir a las masas dentro de los cauces corrientes de la lucha de clases desarrollada en los marcos de la sociedad oligárquico-dependiente (que involucraban inclusive diversas formas parciales de violencia), y llegó a poner al pueblo salvadoreño en condiciones de ganar legalmente posiciones básicas del aparato del Estado —que podrían a su vez haber abierto el camino al poder a través de un proceso democrático prolongado— por medio del triunfo en las elecciones municipales y parlamentarias. Solo por medio del fraude y la amenaza con el uso de fuerza el inicio de la represión en forma localizada pero brutal, la olímpica suspensión de las elecciones y las innumerables arbitrariedades y crímenes aquí y allá (que eran ya puras y simples provocaciones) pudo el Gobierno ilegal de Martínez evitar el triunfo del pueblo encabezado por el Partido Comunista y por el movimiento obrero en las elecciones de enero de 1932. La actitud del enemigo de clase prueba que el PCS era un organismo político eficaz en lo referente a la movilización de masas para instrumentar la lucha de clases dentro de los límites (aun los más extremos) de la legalidad (o *normalidad*) burguesa. Pero como es bien sabido la legalidad burguesa y sus formas, incluidas las elecciones para la formación del Gobierno, no son más que un recurso previo, sustitutivo del recurso fundamental de sobrevivencia

y continuidad de la estructura social clasista: la violencia armada directa. Este recurso pasó a ser el medio fundamental (y ya no parcial, esporádico, aplicado a casos concretos y localizados) del Gobierno oligárquico y proimperialista de Martínez una vez que el PC demostró tener capacidades para ganar la batalla dentro de las normas que hoy llamaríamos «democrático-representativas». El primer acto de violencia global del régimen martinista fue desconocer los resultados de las elecciones, a las que las masas habían asistido con la conciencia de estar usando el último recurso *normal* para el cambio de la situación crítica, ya que en las circunstancias de 1932 en El Salvador recursos previos a la insurrección como la huelga política general eran ya, en la práctica, actividades violentas, *anormales*, que suponían el desencadenamiento de la confrontación armada a niveles por lo menos suficientes para transformar radicalmente la situación política nacional.

Se hace necesario examinar aquí con más detenimiento algunos aspectos del primer problema planteado atrás, o sea, el de la situación revolucionaria dentro de la concepción leninista. En Lenin, el concepto de situación revolucionaria es una especie de núcleo teórico desde el cual es posible ir hacia el análisis de una situación concreta como la de El Salvador en 1932 sin perder de vista los aspectos básicos: los de la relación «clase revolucionaria-masas-organización revolucionaria-acciones de masas suficientemente fuertes para hacer caer el orden constituido». Refiriéndose a los signos con que ha descrito la situación revolucionaria, sigue diciendo Lenin después de los párrafos que citamos arriba:

Sin estos cambios objetivos, no solo independientes de la voluntad de grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se llama situación revolucionaria. Esta situación se dio en Rusia en 1905 y en todas las épocas revolucionarias en

Occidente; pero también existió en la década del sesenta del siglo pasado en Alemania, en 1859-1861, y en 1879-1880 en Rusia, sin que hubiera revolución en esos casos. ¿Por qué? Porque no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan solo la situación en que a los cambios objetivos arriba enumerados se agrega un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la *clase* revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, *caerá si no se le hace caer*.

Cabe repensar y elaborar teóricamente el concepto leninista de «capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones de masas suficientemente fuertes para hacer caer al viejo gobierno», y a la luz de ese concepto cabe pasar a analizar los factores propios de la estructura de la clase obrera salvadoreña en 1931-1932 que nos darían la medida de su *capacidad*.

Hay un elemento que concretiza y resume la capacidad de la clase para llevar a cabo esas acciones *suficientemente fuertes* de que hablaba Lenin: la organización revolucionaria. Lenin estableció en otro lugar de su obra citada en este problema («La bancarrota de la II Internacional») los requisitos y las condiciones para que las acciones de la clase puedan llegar a ser *suficientemente fuertes* para hacer caer al viejo orden, para dar una salida victoriosa a la situación revolucionaria: a) *la organización* (porque «las masas privadas de organización carecen de una voluntad única», dice Lenin) y b) *el planteamiento de la lucha como una tarea sumamente compleja, larga y difícil*, («la lucha contra la potente organización terrorista militar de los Estados centralizados —apunta Lenin— es una empresa larga y difícil») *que haga que las masas puedan acumular experiencia práctica de las formas de lucha determinantes*. Sabiendo, con Lenin, que la revolución «no se hace», no se «saca de la nada», que las

revoluciones surgen de las crisis y los virajes históricos que han madurado en virtud de leyes objetivas (independientes de la voluntad de los hombres, los partidos y las clases) podríamos decir lo siguiente: la clase obrera salvadoreña, como vanguardia social del pueblo, desarrolló entre 1930 y 1932 acciones masivas que en principio no estaban destinadas a «hacer caer» al Gobierno burgués. Con la radicalización de la lucha y el surgimiento de una vanguardia objetiva (o sea, con el surgimiento y desarrollo del PCS) se planteó la tarea de «hacer caer al viejo gobierno y tomar para el pueblo el poder político con vistas a la realización de la revolución». La clase obrera, guiada por su Partido, encabezó al pueblo salvadoreño en acciones que aunque llevaban como fin último (y más o menos consciente a nivel de las masas) el «hacer caer» al viejo gobierno, no fueron suficientemente fuertes para lograr tal fin (la participación en las elecciones de diputados y alcaldes es el ejemplo concreto de tal tipo de acción), porque el «viejo gobierno» opuso una acción superior: la violencia organizada del aparato estatal. Es *entonces* que surge para la mayoría de los comunistas salvadoreños el convencimiento de que las acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes para destruir (o quebrantar) al régimen opresor y hacerlo caer serán aquellas que puedan destruir o volver insuficiente para detener al pueblo a la violencia organizada del Estado burgués (encarnada principalmente en sus instituciones armadas y policíacas). Sin duda esas acciones revolucionarias de masas tendrían que ser *armadas*. Es *entonces* que se plantea la insurrección armada para la toma del poder en El Salvador *como una tarea a corto plazo*.

Sin hacer consideraciones demasiado amplias al respecto, como corresponde al punto de vista de acercamiento preliminar que en estas páginas mantenemos, diremos que del material informativo directo que hemos tenido a mano (que incluye testimonios de parti-

cipantes en las discusiones internas del Comité Central en funciones en 1932 sobre la insurrección) se desprenden los siguientes hechos:

1) La insurrección se acordó (en la dirección del PCS):

a) por haberse considerado que el fraude electoral y la posterior suspensión de las elecciones *habían cerrado las vías pacíficas hacia el poder* e incluso hacia las transformaciones políticas importantes. Sin embargo había sectores en el seno del mismo PC (Miguel Mármol pertenecía a esos sectores) que sostenían que aún había otros escalones a superar antes del planteamiento insurreccional: huelgas parciales, la huelga general política, etcétera;

b) por haberse considerado que las masas populares habían entrado en un ánimo insurreccional directo a nivel nacional; que las masas, sobre todo en el campo, en el centro y occidente, estaban «moralmente en armas»;

c) por haberse desatado la represión generalizada, armada, por parte del Gobierno martinista, la cual en determinados lugares estaba claramente dirigida a provocar insurrecciones parciales, fácilmente aplastables, surgía la inminente posibilidad de una gran insurrección nacional espontánea, carente de cualquier tipo de dirección centralizada, de consecuencias imprevisibles (en los hechos esta fue la situación impuesta por la acción «represiva-preventiva» del Gobierno).

A pesar de los criterios anteriores, se agotó aun el recurso de una negociación del conflicto con el régimen martinista (en concreto la propuesta por parte de la dirección del PC a Martínez de «apaciar los ánimos de las masas» si el Ejército paraba la ya iniciada masacre), negociación que fue rechazada burdamente por los personeros de este (el presidente Martínez se negó a asistir a la reunión

pretextando un dolor de muelas y el ministro de la Guerra, general Valdez, se negó a aceptar las proposiciones de los comunistas y levantó finalmente la entrevista alegando que «no estaba autorizado para negociar»). La decisión de ir a la insurrección se adoptó inmediatamente después de haber fracasado este intento de conciliación a proposición —asegura él mismo en su testimonio— de Miguel Mármol (que cambiaba así radicalmente su posición anterior por el resultado de la entrevista con el Gobierno), respaldada, con base en citas de textos marxistas, por Farabundo Martí, que fungía entonces como secretario general interino del CC y que fue fusilado al inicio de la «fase organizada» de la masacre, después de un juicio militar sumario (Ver: Jorge Arias Gómez: *Farabundo Martí* (Biografía), Colección Rueda del Tiempo, EDUCA, San José de Costa Rica, 1972).^{*} Un importante grupo del CC, inconforme con la decisión de la mayoría, se retiró de la discusión. Al conocerse la captura de Martí y de otros dirigentes miembros de este grupo discrepante convocaron a una nueva reunión del CC para reconsiderar la decisión insurreccional, pero esta fue ratificada.

Estos hechos si bien prueban para la historia los propósitos de paz del Partido Comunista, sus intenciones de evitar el derramamiento de la sangre popular, y desenmascaran los propósitos genocidas, fríamente planificados, del Gobierno de Martínez como brazo ejecutor de la oligarquía y de los capitales extranjeros, revelan también la vacilación esencial con que se enfrentó desde el principio la salida insurreccional, que no se dejó ver nunca, o por lo menos sino hasta que ya era demasiado tarde, como una *posibilidad a evitar* (en vez de una *acción histórica a preparar* de acuerdo a su envergadura y su complejidad).

* Ver la reciente edición: Jorge Arias Gómez: *Farabundo Martí. La biografía clásica*, Ocean Sur, México, 2010 (N. del E.).

2) La decisión insurreccional adoptada fundamentalmente por la presión de la represión enemiga imponía el emprendimiento de una tarea gigantesca para la cual no se habían hecho con la debida anticipación los preparativos necesarios. Este retraso objetivo, histórico, era un hecho que no se podía hacer desaparecer, sin embargo se intentó hacerlo recurriendo a la prisa. Se dieron OCHO DÍAS para preparar todos los aspectos organizativos político-militares de la insurrección (incluso programa, política de alianzas en la nueva situación, organización militar de la insurrección, o sea, fundamentalmente, organización del ejército popular, acopio de armas, difusión de la consigna insurreccional dentro del aparato del Partido en todo el país para movilizarlo como vanguardia operativa, designación de las tareas locales, aspectos internacionales, etcétera) en condiciones en que las más amplias masas del país estaban, por cierto, enardecidas por la agudización de la crisis económica y por las acciones criminales del régimen, *pero no se les había planteado concretamente la salida insurreccional, sino que, por el contrario, habían sido constantemente «aplacadas» por el PCS y convocadas única y exclusivamente a acciones no armadas, electorales, sindicales, etcétera.* Solo la fe en el «espontaneísmo todopoderoso» (y antileninista) de las masas puede explicar esta actitud del PCS. Y fuera de este error básico de concepción estaba la existencia de un factor absoluto, natural-histórico, si cabe la expresión: la extrema cortedad del tiempo. Esos ocho días implicaban la imposibilidad de la creación y del desarrollo de un ejército revolucionario capaz de quebrar la fuerza armada de la burguesía, lo cual es un proceso complejo que no puede ser instrumentado eficazmente ni siquiera con la simple repartición de armas entre ciudadanos llenos de coraje y de ilusiones (hay que decir que en el caso salvadoreño no se llegó ni siquiera a esa repartición de armas). Volveremos sobre este aspecto fundamental.

3) Las vacilaciones, el desconocimiento de las más elementales normas de seguridad conspirativa, la falta de información y coordinación en el apresurado trabajo preparatorio marcaron desde el inicio la «puesta en práctica del trabajo organizativo para la insurrección». El momento del inicio de la acción insurreccional se pospuso tres veces con días de intervalo entre cada fecha (lo que supuso que los mensajeros del CC se regaran en cada ocasión por todo el país para «contener» a las bases. Los detalles preparatorios y los propósitos de la insurrección, la concepción estratégica de la misma, pudo así ser conocida con suficiente anticipación por el enemigo que la desmontó en lo fundamental y estuvo en capacidad de aplastar los brotes insurreccionales que se dieron como respuesta a la consigna original del CC del Partido. La actitud «apaciguadora» que como hemos señalado el Partido mantuvo frente a las masas hasta última hora llegó a ser repudiada inclusive en términos amenazantes por algunos sectores de la base campesina (entre ellos los que llegaron a decirle a Mármol que el PCS «no debía seguir echando agua al fuego» y que si volvían a plantearles términos apaciguadores, los mensajeros correrían el riesgo de ser los primeros ejecutados por la ira popular).

4) El plan militar de la insurrección se circunscribió al asalto de algunos cuarteles importantes de la capital y de algunas cabeceras departamentales con el fin de obtener las armas para las masas que coronarían la insurrección ya con poder de fuego en las manos, y al nucleamiento de las masas así armadas en derredor de la dirección del Partido y de las células comunistas de soldados y oficiales del Ejército que pasarían a integrar el Comité Militar Revolucionario que dirigiría los aspectos técnico-operativos de la acción a nivel nacional, etcétera. O sea, que se trataba de un plan insuficiente, apenas esquemático, que no cubría *todos los aspectos* —como lo exigía Lenin frente a necesidades de este tipo— ni mu-

chísimo menos del problema planteado. Miguel Mármol mismo indica justamente que aquello no era un verdadero plan militar para una insurrección armada nacional. Y el «plan» mismo en sí tenía un fallo fundamental: en caso de fracasar los asaltos de los cuarteles (como en realidad ocurrió) toda la insurrección se venía abajo, pues se volvía imposible armar al pueblo y dividir al Ejército. Todo lo demás dependía de aquellos éxitos iniciales, pero según los testigos y los estudiosos de uno y otro bandos (Mármol, Schlésinger, general Calderón) ni siquiera las acciones aquellas, los asaltos a los cuarteles, obedecieron a un plan táctico preciso. En la capital no pasaron de ser intentos de asaltos que se interrumpieron cuando falló el apoyo interno (al ser reducidos los oficiales y los soldados comunistas, e inmediatamente ejecutados), en lugares como Sonsonate se llevaron a cabo por la masa «a pecho desnudo y a machete pelado», lo que determinó el fracaso frente a la defensa de los cuarteles dotada de armas automáticas.

Dijimos antes que volveríamos sobre el problema fundamental de la no-resolución del aspecto organizativo militar para la insurrección, de la no existencia en la situación insurreccional armada de una fuerza organizada político-militarmente. Los hechos son abrumadores en este sentido. Examinemos esta situación en dos niveles: a nivel de Partido, de organización de vanguardia, y a nivel de masas y organizaciones de masas.

Acordada la insurrección en el seno del CC del PCS se proyectó la constitución de un Comité Militar Revolucionario como órgano supremo nacional de la insurrección, que no llegó a funcionar como tal. La destrucción física del núcleo de militares comunistas en el seno del Ejército burgués y la captura de Martí y sus camaradas de dirección impidieron aquel funcionamiento. Durante los preparativos de la insurrección los mandos siguieron siendo exclusivamente políticos. El Partido no marchó hacia su conversión en el aparato político-militar básico que sustentaría la actividad

más directamente operativa del Comité Militar y lo que es más, de lo que en las esperanzas del Comité Central sería el Ejército Rojo de El Salvador. Los contactos conspirativos se centralizaron tan absolutamente en Farabundo Martí y en otras dos o tres personas del CC que bastó con que ellas fueran capturadas para que toda la preparación insurreccional quedara acéfala, descoordinada y totalmente desconcertada. Además, los problemas de la unidad de criterio en la dirección del Partido frente a un hecho tan grave como es una insurrección no se resolvieron en ningún momento. Cuando se llevó a cabo la reunión posterior a la captura de Martí en que se trató inútilmente de revocar la aprobación de la insurrección, la marcha de los acontecimientos no dependía ya en absoluto de la dirección del Partido y de sus decisiones. Lo único que le quedaba era prácticamente la decisión, moralmente valedera, de tratar de ponerse al frente de aquellos sectores de las masas que habían procedido a alzarse en armas y a tomar poblados para morir en las primeras filas de combate contra las bien organizadas fuerzas del Gobierno oligárquico. Esta actitud ha sido señalada tradicionalmente entre los comunistas salvadoreños como la que se mantuvo por parte de la dirección cuando la represión se desató con la mayor intensidad, y corresponde a la realidad en muchos casos concretos, sobre todo entre los dirigentes comunistas campesinos; pero hubo un importante sector de la dirección cuyos miembros fueron copados, capturados o asesinados por el enemigo cuando estaban sumergidos en el desconcierto, sin saber qué hacer, sin tareas concretas que realizar dentro del cuadro general, sin saber exactamente lo que estaba pasando («Con los pantalones en la mano», como apunta Miguel Mármol en una frase insustituible por criolla y exacta). Y no fue problema de falta de coraje: el coraje, como en todas estas ocasiones de que está llena la historia de la revolución mundial, es lo que se suele derrochar, lo que abunda. El problema, a nivel del PCS estribaba en que como estructura

orgánica y como fuerza directriz no tenía capacidad para resolver las tareas y los problemas de la etapa insurreccional que había decidido emprender. Atado en la práctica a una concepción limitada sobre el partido marxista-leninista, aunque de palabra y en los documentos se fuera más allá (concepción economicista-sindicalista-ideológico-agitativa-político-electoral), el PCS estaba atado de pies y manos en una situación que debía ser resuelta por la fuerza, bien por la clase trabajadora, bien por la clase burguesa. No había ni organización ni dirigentes político-militares, y la situación requería soluciones político-militares. Había llegado *el momento* en que, como dice Lenin: «el problema militar se convierte en el problema político fundamental», pero es claro que el problema organizativo para enfrentar esa conversión no es cuestión de un momento, sino resultado de un proceso.

La fuerza de masas con que se contaba para la insurrección no llegó tampoco a tener estructura orgánica militar. En términos militares la masa a insurreccionarse permaneció a nivel nacional (y salvo algunas excepciones donde la masa actuó en uso de formas muy elementales de ordenamiento operativo) desorganizada, lo cual es grave de por sí para los fines de una insurrección revolucionaria, y lo es más aún tratándose de una masa que no tiene en absoluto, *como tal masa*, ninguna experiencia militar. Esta situación que aparece ante nuestros ojos como otro ejemplo casi increíble de fe en el espontaneísmo de las masas por parte de un Partido Comunista, o como un caso de improvisación y de ligereza sin paralelo hasta aquel entonces, no es sino resultado de una determinada concepción sobre las masas y sobre el papel de estas en las luchas no armadas, que van creciendo hasta enfrentar posibilidades de luchas armadas, de una insurrección, *concepción que todavía prevalece y en nuestro criterio como concepción principal y determinante de la línea política de muchos partidos comunistas y de organizaciones revolucionarias de América Latina y del mundo*. Después del triunfo

de la Revolución cubana y en las nuevas condiciones del dominio imperialista sobre nuestros países que dicho triunfo determinó esa concepción ha estado en la base de muchas frustraciones espectaculares, de muchos fracasos sufridos por la causa del pueblo. Creemos que ella estuvo claramente presente en los acontecimientos bolivianos acaecidos durante el Gobierno de Torres, durante la confrontación armada que impuso el golpe fascista y durante la etapa transcurrida bajo el gorilato de Hugo Banzer. Ella determinó asimismo la forma con que el pueblo salvadoreño tuvo que enfrentar la lucha contra la dictadura de Lemus y sobre todo la forma en que al pueblo se le planteó el problema de la organización revolucionaria bajo la Junta Cívico-Militar de Gobierno, en la resistencia contra la represión del Directorio Cívico-Militar y en las crisis políticas posteriores (incluidos los auges huelguísticos de 1966 y 1970 y la campaña electoral 1971-1972). Ella, para no entrar en detalles de todos conocidos, ha presidido penosos procesos de lucha popular en Colombia, Venezuela, Argentina, Brasil, Perú, Panamá, República Dominicana, Guatemala, Ecuador, Uruguay, Paraguay, etcétera, y podría tener efectos desastrosos en el futuro del proceso chileno si lograra imponerse como criterio permanente de los sectores fundamentales de la izquierda organizada. *Es la concepción de pensar en la masa en términos de fuerza política exclusivamente y de creer que la fuerza militar, de violencia armada organizada, es precisamente su fuerza política.*

¿Con quién contamos para hacer la insurrección y tomar el poder? —se tuvieron que preguntar en un momento dado Farabundo Martí y sus camaradas, para volver al caso salvadoreño. Y la respuesta, a juzgar por lo que se desprende de los hechos y de la forma como ellos se dieron, fue, en esencia: «Con la masa. Con la masa que influenciamos y dirigimos. Con la *misma* masa que va a las manifestaciones, con la masa que hace desbordar las marchas de hambre, con la masa que soporta los culatazos de la poli-

cía en las protestas por el encarcelamiento de sus dirigentes, con la masa que ha hecho temblar a los ricos de San Salvador y a los tenderos timoratos que solo pensaban en el destino de sus *ahorritos* al oír sonar los caites y los pies descalzos sobre el pavimento en el gran desfile del Primero de Mayo». Y el hecho es que en una insurrección, fenómeno materialmente militar aunque de contenido y fines (y presupuestos, claro) políticos, la masa pasa a ser un elemento encuadrado en parámetros y en leyes de nuevo tipo: los de un hecho político-militar. Todos los puntos de vista deben cambiar porque *en la realidad* ha ocurrido un salto (dialéctico) de la lucha de masas circunscrita a los límites del juego legal hacia la lucha armada, hacia la insurrección. Las masas en uno y otro casos no pueden ser las *mismas*, pues las tareas incluso son distintas. Y valga la insistencia: el salto no se da por consigna del Comité Central ni por el solo hecho de distribuir armas entre la población inexperta; salvo en casos excepcionales, el salto no se da de un día para otro o en cortos días. Si se piensa que la misma masa que desfila frente a los edificios públicos con los puños en alto (y que incluso apedrea esos edificios e incendia automóviles y tiene escaramuzas con tal o más cual policía o grupo de soldados) puede pasar a ser la masa de la insurrección armada con solo cambiar de propósitos y objetivos inmediatos o elevar la graduación de su cólera, no se advertirá que la masa de los puños en alto es una fuerza política que presiona al Ministerio del Interior y a la Policía y pone en actividad los teléfonos a Casa Presidencial, y propicia reuniones de ministros y representantes de los partidos políticos y los sindicatos donde se examinan y reexaminan las concesiones exigidas, pero que cuando se declara en armas para tomar el poder pasa a ser un *objetivo material* de las preocupaciones destructoras del estado mayor conjunto de las Fuerzas Armadas, un objetivo de las ametralladoras y los morteros, de los blindados y los tanques, de las bombas y los *rocketts* de los aviones de la fuerza aérea «na-

cional», de las tropas especiales antiinsurgentes y de la eventual intervención extranjera masiva, zonal-local (centroamericana en el caso salvadoreño) o norteamericana (todo ello en orden sucesivo o simultáneamente, de acuerdo con la urgencia de la situación) y se pensará en ella con interrogantes tales como cuántos proyectiles de mortero se necesitan para dispersar la concentración de insurrectos del centro de la ciudad y diseminar su masa en grupos pequeños que a su vez serán objetivos de las unidades especializadas, o con cuántas bombas pesadas de avión hay que atacar la concentración obrera que se apoderó de tal y cual fábricas, o cuál deberá ser la instalación ideal de las ametralladoras pesadas para rechazar a los atacantes del cuartel de la Guardia Nacional.

Es evidente que para triunfar en la insurrección la masa deberá estar preparada (tener la capacidad) para triunfar sobre el Ejército «nacional», derrotar la intervención supranacional-zonal (centroamericana en el caso de El Salvador) y la intervención norteamericana —viendo las cosas en perspectiva— y, mientras tanto, deberá estar preparada para evadir el fuego de mortero, saber defenderse de la aviación y de los grupos especiales y saber tomar un cuartel moderno a pesar de los nidos de ametralladoras, lo cual supone una experiencia militar que solamente puede ser obtenida en la práctica de la lucha armada desde sus niveles más bajos hasta sus niveles decisivos. La práctica de las masas se obtiene sobre la marcha y en las condiciones de desfavorable correlación de fuerzas del movimiento revolucionario latinoamericano de hoy, de las cuales hay que partir. Esa marcha no durará unos cuantos días. El lapso será siempre más o menos prolongado en dependencia de muchos factores, la calidad político-militar de la vanguardia, entre otros.

Y esto era cierto ya en 1932 —con algunas diferencias no principales— y quedó brutalmente comprobado con el aplastamiento de la insurrección y con la posterior masacre. También quedó comprobado *a contrario sensu* por el hecho conocido de que la

masa salvadoreña que en 1932 se insurreccionó y se apoderó de poblaciones, lo hizo donde no había fuerza enemiga militarmente organizada, y permaneció en dichas poblaciones hasta que llegó o se anunció la llegada de la «columna punitiva» del Ejército proveniente de San Salvador y al mando del general Calderón. *Todas las confrontaciones de la masa salvadoreña con la fuerza militar organizada del enemigo de clase fueron adversas para aquella, para el pueblo, en 1932.* Y mientras los muertos de los obreros y de los campesinos se contaban por decenas de millares, los muertos del Gobierno (concretamente, del Ejército en operaciones represivas) se cuentan con los dedos de *una* mano. Analícese por ejemplo la frustrada toma del cuartel de Sonsonate y se comprenderá más claramente esta verdad, en el fondo de la que surge la vieja oposición entre fuerza organizada y fuerza no organizada, entre fuerza librada a su espontaneísmo y organización tecnificada. En el mejor de los casos, entre nosotros, el puñado de machetes impulsados por la sed de justicia y el coraje mancomunados, contra los nidos de ametralladoras y las unidades de infantería y motorizados que obedecían a un plan de fuego establecido por una técnica determinada, garantizado por una capacitación adecuada, y aprobado por un estado mayor. En lo que al pueblo interesa, la aceptación de una confrontación en tales circunstancias responde a una concepción, por decir lo menos, premarxista, cuya vigencia debería haber muerto en la derrota de la Comuna de París, pero que, repetimos, por el contrario, sigue inspirando numerosas líneas políticas contemporáneas que pasan aún como revolucionarias a pesar de su esencia populista, reiteradamente evidenciadas como destinadas al fracaso e inclusive a hacer retroceder al movimiento revolucionario popular.

Aunque nuestro propósito fundamental es exponer hechos tal vez sea ya el momento de intentar algunas conclusiones provisio-

nales. Ellas serían (y desde luego, no se trata de las únicas posibles) las siguientes:

I. *La insurrección es un hecho cualitativamente distinto de la acción política no armada de las masas.* La insurrección es la continuación histórica de la lucha política no armada, *por otros medios, con otros elementos, con otros objetivos y con otras leyes de operatividad.* Entre la actividad no armada de las masas y la actividad insurreccional no hay una continuidad mecánica sino un salto dialéctico, un cambio de calidad, no de simple intensidad o cantidad.

II. *La transformación de las masas políticamente activas en términos no insurreccionales, no armados, para pasar a ser las masas de la insurrección, no puede ser espontánea, ni mecánica, ni, por regla general, inmediata.* Es un proceso más o menos prolongado que en circunstancias especiales puede reducirse muchísimo (e incluso puede ser «interrumpido» por el triunfo al desmoronarse el aparato del Gobierno burgués por la concurrencia de factores político-sociales concomitantes al hecho armado en el seno de una tradición nacional determinada, como ocurrió, según nuestro criterio, en Cuba) y que en otras ocasiones puede prolongarse por años y años de acumulación de experiencia de tipo insurreccional, armada, militar, del bajo al alto nivel. Se trata de una empresa que Lenin consideró en principio, con las excepciones que puedan darse, «larga y difícil». Un ejemplo aleccionador: el de la larga lucha del pueblo de Vietnam. Dice al respecto el general Vo Nguyen Giap:

Durante el largo proceso de lucha bajo la dirección del Partido, el pueblo de Vietnam ha venido acumulando fecundas experiencias en todos los aspectos. *En lo que se refiere al enemigo y sus formas de guerra de agresión,* nuestro pueblo ya tiene experiencias en la utilización de la insurrección armada y guerra revolucionaria para derrotar sucesivamente a tres grandes paí-

ses imperialistas de tres continentes: los fascistas japoneses, los más feroces fascistas; los colonialistas franceses, una vieja potencia colonialista de Europa; y el imperialismo norteamericano, cabecilla imperialista y gendarme internacional. Hemos vencido *todas sus formas de guerra de agresión* desde la guerra colonialista de viejo tipo de los franceses hasta la guerra de agresión neocolonialista de los imperialistas norteamericanos; desde la política de subyugamiento neocolonialista con medios fascistas, mediante un poder títere, hasta «la guerra especial» y «la guerra local», así como la guerra norteamericana de destrucción aeronaval. *En lo que se refiere a métodos de lucha y de utilización de la violencia revolucionaria* para la toma y la defensa del poder, la liberación nacional y la defensa de la patria, nuestro pueblo tiene ya ricas experiencias de *insurrección de todo el pueblo*; insurrección en el campo e insurrección en la ciudad, insurrección parcial e insurrección general en todo el país; experiencias de guerra del pueblo de larga duración con luchas armadas como forma principal, contra la guerra de agresión colonialista de viejo tipo; experiencias de guerra del pueblo, de guerra revolucionaria contra la guerra de agresión neocolonialista de combinación de la lucha armada con la lucha política, de combinación de ofensivas militares y levantamientos armados; experiencias de guerra del pueblo tierra-aire vencedora de la guerra de destrucción norteamericana. En lo que se refiere a las condiciones y circunstancias internas y externas, nuestro pueblo ya tiene experiencias de guerra del pueblo, guerra revolucionaria en condiciones históricas muy variadas, en condiciones en que nuestro pueblo todavía no tiene su propio poder revolucionario o cuando ya tomó el poder, bien en regiones aisladas o en todo el territorio nacional; se apoya en la fuerza del régimen democrático popular en proceso de formación o se apoya en la superioridad absoluta del régimen socialista en construcción; cuando en todo el país se realiza una misma estrategia revolucionaria que es la estrategia de la revolución

nacional, democrática y popular, o cuando el país se halla dividido en dos partes, con estrategias revolucionarias diferentes; en condiciones de una guerra mundial en que se hallan los imperialistas peleando unos contra otros en escala mundial, o se levanta en insurrección y en guerra de resistencia en circunstancias en que se halla rodeado por el imperialismo, con sus propias fuerzas aún en pañales, o cuando ya puede apoyarse sólidamente en el inmenso campo socialista, etcétera. Nuestro pueblo ha llevado a cabo una lucha revolucionaria prolongada, dura, complicada y encarnizada. Es debido a la posición estratégica sumamente importante de la revolución vietnamita en el sudeste de Asia que durante varios decenios el imperialismo internacional —los japoneses tras los franceses, de nuevo los franceses y luego los norteamericanos y sus satélites— no ha cesado de emplear de manera frenética y continua la violencia contrarrevolucionaria para tratar de reprimir a nuestro pueblo. Frente a enemigos tan poderosos y feroces, nuestro pueblo, bajo la gloriosa bandera del Partido, ha mantenido en alto el espíritu de resistencia firme, indoblegable, el espíritu revolucionario radical, ha mantenido firme y ha desarrollado la posición de ofensiva de la revolución, ha llevado la causa revolucionaria de victoria en victoria, anotándose verdaderas proezas en la historia nacional, haciendo su digna contribución a la causa revolucionaria mundial. Por otra parte, esta situación pone de relieve la base práctica, fecunda, de la línea revolucionaria y de la línea militar de nuestro Partido. Se nos planteó la necesidad de un alto espíritu de independencia, autodeterminación, un elevado espíritu creador, ya que no debemos copiar sencillamente las experiencias extranjeras ni detenernos en nuestra propias experiencias ya existentes».

III. *La vanguardia deberá estar preparada para conducir a la masa en los aspectos estratégicos y tácticos, organizativos y técnicos, especiales de la insurrección, lo cual supone en ella —en la vanguardia— un tipo especial*

de acumulación de experiencia político-militar que no se puede, nunca, improvisar.

IV. *La insurrección masiva es un proceso de lucha en el cual el uso de la fuerza armada puede comenzar en formas muy diversas (autodefensa, focos guerrilleros, alzamientos de sectores del Ejército, etcétera) y a partir de formas inclusive no armadas de lucha (huelgas, elecciones, etcétera), y se va generalizando hasta alcanzar nivel nacional, internacional, etcétera.* Valga la oportunidad en este punto para rechazar ese argumento que a partir de varios sectores políticos del país y con distintas intenciones se ha levantado frente a los hechos de 1932: el que pretende ver en la insurrección salvadoreña de aquel año una copia, un calco de la insurrección bolchevique de 1917. La comparación entre los dos hechos no puede ir más allá de las motivaciones ideológicas marxistas, de algunas apariencias muy superficiales y, efectivamente, los intentos conscientes de traslado mecánico de las experiencias bolcheviques que en algunos aspectos no fundamentales se dieron entonces entre nosotros (por ejemplo: en El Salvador se levantó mecánicamente la consigna «Todo el poder a los Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados», similar a la expresión verbal de la consigna bolchevique de 1917, pero que en nosotros nunca pasó de ser una simple frase para finalizar los manifiestos agitativos por la sencilla razón de que entre nosotros no existían —y no existieron en la realidad, a pesar de algunos intentos por demás heroicos de establecerlos en algunos lugares a raíz de la insurrección— los soviets). Estas especificaciones resultan innecesarias para quien tenga una idea de lo que pasó en El Salvador en 1932 y conozca los hechos de la insurrección de octubre en Rusia (*que fue, entre otras cosas, un prodigio de organización pero que, sobre todo, fue el acto final de un largo proceso de luchas de masas en Rusia, luchas de masas de todo tipo —incluidas las luchas de masas armadas, la lucha guerrillera, insurrecciones en el Ejército y la Flota, terrorismo, acciones*

de recuperación de fondos y armas, sabotajes, etcétera — que se prolongó por años y que tuvo aún, como lo dijo el propio Lenin, su «gran ensayo general» en 1905). El énfasis en esto se explica por los «argumentos» ya citados, entre los cuales, incluso, algunos pretenden tener un origen revolucionario al señalar que el fracaso de 1932 se debió al «intento de copia mecánica de 1917». Desde luego que toda copia mecánica es impropio cuando se trata de revoluciones, pero creo que antes que hacer esa afirmación a que nos referimos sería correcto decir que si en 1932 se hubiera tenido en El Salvador la forma militar organizada de una manera por lo menos parecida a la de los bolcheviques de 1917 y se hubiera tenido un *partido de combate* como el que dirigió Lenin, la salida de la situación revolucionaria salvadoreña de aquel año habría sido del todo diferente. Por el contrario de la bolchevique, la insurrección salvadoreña se planteó en la práctica, en los hechos y no en las palabras y los comunicados, espontáneamente: a pesar de que existía una vanguardia política, hasta hasta los días anteriores al planteamiento insurreccional no hubo vanguardia político-militar, no hubo vanguardia insurreccional y en las nuevas condiciones deparadas por el llamamiento a las armas y la represión desatada la vanguardia no pudo sino actuar (como apunta Mandel en su «Teoría leninista de la organización») «improvisadamente, desorganizadamente, intermitentemente y sin planeación alguna». Por el contrario de la bolchevique, la insurrección salvadoreña de 1932 no solo se planteó espontáneamente sino que fue controlada en lo fundamental por las fuerzas del enemigo de clase desde antes que se iniciara, lo que llevó a su temprana decapitación: los sectores de las masas que se insurreccionaron lo hicieron en ausencia de toda dirección centralizada. Contrariamente a la bolchevique, la insurrección salvadoreña de 1932 fue planteada por el PSC sin tener resuelto el principal problema instrumental: el problema de la organización militar, de la fuerza militar organizada. Si se quiere

buscar comparaciones históricas para los sucesos salvadoreños no hay que buscarlos en la Rusia de 1917 sino, en todo caso, en el París de 1817, el París de la Comuna. Ni siquiera en la historia nacional nos encontramos un caso tan agudo de desarmamiento orgánico de las masas populares para enfrentar un combate revolucionario; por el contrario, la dos grandes epopeyas armadas de masas que resaltan en nuestra tradición (la lucha de nuestros antepasados indígenas contra el conquistador español y la gesta de Anastasio Aquino a mediados del siglo diecinueve) muestran incluso una gran riqueza en la inventiva de formas de luchas hasta entonces desconocidas corrientemente para enfrentar a un enemigo superior en técnica y en medios de combate, y refieren una eficiente labor organizativa político-militar, hablando en términos modernos. He aquí un problema de nuestra historia nacional digno de ser meditado por los especialistas, pues por cierto que no se trata simplemente de un «problema del pasado». Y todo esto sea comprendido sobre la base de un convencimiento muy arraigado en nosotros: creemos que para los revolucionarios salvadoreños no cabe, frente a los combatientes del año 1932 en El Salvador, otra actitud que la que tuvo Marx con respecto a los comuneros de París y Lenin con respecto a los revolucionarios rusos de 1905. Ni aquel ni este sacaron de tales derrotas objetivas la conclusión de que «no se debió empuñar las armas». Por el contrario, su conclusión fue, en ambos casos, la que resumió Lenin con sus palabras: «Sí, hicimos lo debido al tomar las armas, al insurreccionarnos; pero debimos haberlas tomado, debimos habernos insurreccionado, con más firmeza, decisión y organización».

En los trabajos de Lenin —se lee en los manuales— podemos encontrar un análisis completo de la «forma especial de la lucha política» que es la insurrección armada. Al respecto, daba los siguientes «consejos» a los revolucionarios:

1) No jugar nunca con la insurrección, y si se comienza, hay que saber firmemente que es preciso ir hasta el fin. 2) Es necesario reunir una gran superioridad de fuerzas en el lugar decisivo, pues de otra manera el enemigo, mejor preparado y organizado, destruirá a los insurrectos. 3) Una vez la insurrección ha sido empezada, hay que obrar con la mayor decisión y obligatoriamente, forzosamente, pasar a la ofensiva. La defensa es la muerte de la insurrección armada. 4) Hay que tratar de coger de sorpresa al enemigo, aprovechar el momento en que sus tropas se hallan dispersas. 5) Hay que conseguir éxitos, aunque sean pequeños, diariamente (podríamos decir que cada hora si se trata de una sola ciudad), manteniendo la superioridad moral a toda costa.

En un artículo publicado en *Proletari* en octubre de 1905 ya Lenin escribía sobre la necesaria «fuerza militar del pueblo» (del pueblo revolucionario y no del pueblo en general, especifica el jefe del proletariado soviético), puntualizando que está formada por «1) el proletariado y el campesinado *armados*, 2) los destacamentos de avanzada compuestos por los representantes de estas clases, y 3) las unidades del Ejército dispuestas a pasarse a la causa del pueblo». «Todo ello —agrega Lenin— tomado en su conjunto, constituye un *ejército revolucionario*». Y luego: «Hablar de insurrección, de su fuerza, de la transición hacia esta, y no hablar del ejército revolucionario, es un absurdo y un confucionismo tanto mayores cuanto más avance la movilización del ejército contrarrevolucionario».

Insurrección —afirma Lenin— es una palabra muy grandiosa. El llamamiento a una insurrección es un llamamiento sumamente grave. Cuanto más compleja es la estructura social, cuanto más perfecta la organización del poder estatal, cuanto más alta la técnica militar, tanto más imperdonable es el planteamiento a la ligera de semejante consigna. Y más de una vez dijimos que los socialdemócratas revolucionarios

han estado mucho tiempo preparando su planteamiento, pero lo plantearon como un llamado directo solo cuando no podía haber ninguna vacilación en cuanto a la seriedad, amplitud y profundidad del movimiento revolucionario, ninguna vacilación en cuanto al hecho de que la situación se acercaba a su desenlace en el verdadero sentido de la palabra. Es necesario comportarse muy cuidadosamente con las palabras grandiosas. Las dificultades para convertirlas en grandiosas obras son enormes. Pero precisamente por eso sería imperdonable obviar estas dificultades con una frase, rechazar las tareas serias por ficciones [...], cubrirse los ojos con la visera de dulzonas quimeras acerca de una supuesta «natural transición» hacia estas tareas difíciles [...] Ejército revolucionario: estas también son palabras muy grandiosas. Su creación es un proceso difícil, complejo y largo. Pero cuando vemos que ya se ha iniciado y se desarrolla, fragmentariamente, episódicamente, pero en todas partes; cuando sabemos que sin este ejército la verdadera victoria de la revolución *es imposible*, debemos plantear la consigna categórica y directa, predicarla y convertirla en eje de las tareas políticas cotidianas. Sería erróneo creer que las clases revolucionarias poseen siempre fuerza suficiente para realizar la revolución cuando esta ha madurado por completo en razón de las condiciones del desarrollo económico-social. No. La sociedad humana no está estructurada de una manera tan racional y «cómoda» para los elementos de vanguardia. La revolución puede haber madurado y los creadores revolucionarios de esta revolución pueden carecer de fuerzas suficientes para realizarla. Entonces la sociedad entra en descomposición y esta descomposición se prolonga a veces por decenios. Es indudable que la revolución democrática en Rusia ha madurado. Pero no se sabe si las clases revolucionarias tienen ahora bastante fuerza para realizarla. Esto lo decidirá la lucha, cuyo momento crítico se aproxima con enorme rapidez, si no nos engañan una serie de síntomas directos e indirectos. La preponderancia moral es indudable, la fuerza moral es ya aplastante; sin ella, por

supuesto, no podría hablarse siquiera de revolución. Es una condición indispensable *pero todavía insuficiente*. Y si llegara a transformarse en fuerza material, suficiente para quebrar la resistencia muy pero muy seria de la autocracia (no cerremos los ojos ante eso), quedará demostrado por el resultado de la lucha. La consigna de la insurrección es la consigna de la solución del problema por medio de la fuerza material. Y en la cultura europea contemporánea, esta solo lo es la fuerza militar.

La experiencia práctica de las masas en el camino hacia la formación del ejército revolucionario no se hace desde el inicio en grupos de 1 000 personas para arriba, como lo sueñan quienes creen en la organización espontánea y en la lucha armada popular espontánea. Siempre será necesario partir de lo pequeño a lo grande en el terreno de la organización militar del pueblo. Y lo pequeño en las condiciones modernas son los núcleos organizados de la lucha armada, llámeseles como se les llame: focos de guerrilla urbana o rural, destacamentos de propaganda y organización armadas, unidades tácticas de combate, células político-militares de la vanguardia en formación o recomposición, siempre y cuando dependan en su labor de una perspectiva estratégica correcta en lo fundamental que involucre una línea de masas adecuada para dar un contenido real al concepto de «guerra revolucionaria del pueblo». Tal es el sentido y la función que nosotros siempre dimos al foco guerrillero (dentro de la discusión latinoamericana de la llamada «teoría del foco»): método no único para comenzar la lucha guerrillera, concepción y metodología que solo cubre una etapa del proceso organizativo político-militar y que no supone, ni aun en los momentos en que el foco sea lo único que exista como organismo revolucionario, un criterio de aislamiento con respecto a las masas, sino precisamente todo lo contrario. Porque así vistas las cosas el foco o los focos guerrilleros pasan a ser la forma guerrillera, es decir, inicial, de la insurrección de las masas. Lenin

mismo saluda con entusiasmo un hecho «focal» específico en el proceso de la revolución rusa: el paso a la revolución del acorazado *Potiómkin*. Usando varias de las que ha llamado «palabras muy grandiosas» dice Lenin:

[...] el acorazado *Potiómkin* era y sigue siendo territorio invencible de la revolución y, cualquiera que sea su suerte, podemos registrar desde ahora un hecho indudable y de una significación extraordinaria: *el intento de formación del núcleo de un ejército revolucionario*. Ninguna clase de represalias o de victorias parciales sobre la revolución podrán restar importancia a este gran acontecimiento. Se ha dado el primer paso. Se ha cruzado el Rubicón [...] Revueltas, manifestaciones, combates de calle, destacamentos de un ejército revolucionario: tales son las etapas del desarrollo de la insurrección popular. Hemos llegado, por fin, a la última etapa. Esto no significa, por supuesto, que el movimiento en su conjunto se encuentre ya en este nuevo y elevado peldaño. No; hay todavía en el movimiento mucho aún por desarrollar, y los acontecimientos de Odessa presentan todavía claros rasgos de viejas revueltas. Pero ello significa que las primeras olas del torrente espontáneo han llegado ya hasta los mismos umbrales de la fortaleza zarista. Significa que los representantes más avanzados de la masa del pueblo han arribado ya a las nuevas y más altas tareas de la lucha, de la batalla final contra el enemigo del pueblo ruso y no precisamente a la luz de consideraciones teóricas, sino bajo la presión del creciente movimiento [...].

Siguiendo con el recuento de los hechos de 1932 en El Salvador, señalaremos los siguientes, que evidencian la carencia organizativa político-militar del pueblo salvadoreño de entonces, la incapacidad real de nuestro pueblo y de su clase obrera para llevar a cabo «acciones de masas suficientemente fuertes para destruir o quebrantar al viejo gobierno», precisamente por no haber podido

quebrantar o inmovilizar al Ejército de ese «viejo gobierno» al carecer de un ejército revolucionario propio (cuyas acciones serían las acciones de masas «suficientemente fuertes» a que se refiere Lenin, sin descartar otras que en su conjunto produzcan el colapso final del aparato estatal burgués):

a) No hubo coordinación real de las acciones a nivel nacional en ningún momento. Se trabajó en este terreno sobre la base de consignas generales que llevaban a las zonas insurreccionales los emisarios del Comité Central. O sea, como lo dijimos antes, no hubo, sobre todo a partir de los momentos cruciales en que comenzó a funcionar la criminal maquinaria represiva del Gobierno, dirección centralizada de las acciones parciales de insurrección que se dieron en distintos lugares del país. No hubo dirección nacional que siquiera tomara nota de la toma efectiva de Izalco, por ejemplo, o de la fundación de un soviét en Juayúa o de la disposición combativa de más de 700 efectivos que se quedaron en el cementerio de San Miguel esperando órdenes para la acción que nunca llegaron.

b) No se contó con el armamento necesario ni para asegurar las acciones primarias contra los cuarteles, de las cuales dependía TODA la insurrección, ya que, como apuntamos arriba, de esos cuarteles se obtendrían las armas necesarias para pertrechar a las masas. Es más: no se contó ni con las armas necesarias para que los cuadros comunistas se defendieran en lo personal de la acción policial, evitaran ser capturados, etcétera. Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata, que en aquellos momentos constituían el núcleo principal de la dirección insurreccional, fueron capturados sin disparar un tiro, y fusilados. Nuestro informante principal, el compañero Miguel Mármol, fue capturado en San Salvador mientras se movía de un lugar a otro sin saber exactamente qué hacer,

con quién contactar, a quién coordinar, sin saber si buscar refugio o ir a la zona insurrecta de occidente y, según manifiesta él mismo «sin tener ni siquiera una hojita de afeitarse en el bolsillo». Las acciones de la insurrección en la zona occidental del país se efectuaron por las masas rurales y suburbanas con sus instrumentos de labranza, principalmente machetes. Las raras armas de fuego en manos del pueblo fueron viejas escopetas de caza y revólveres.

c) No llegó a funcionar ningún tipo de servicios y habría que aclarar definitivamente si ellos estaban previstos seriamente y en detalle o si habían comenzado a organizarse, ya que los únicos documentos públicos en que se habla de estos aspectos del trabajo insurreccional y del aseguramiento insurreccional son aquellos que, entre otros, Miguel Mármol señala como apócrifos, como producidos por la Policía con fines de propaganda anticomunista justificatoria de la masacre. Me refiero a servicios de seguridad para la dirección y por los puntos vulnerables del aparato del Partido, transporte, comunicaciones, información y contrainformación, abastecimientos primarios.

Frente a este panorama caótico y poblado de vacíos, carencias decisivas, desventajas determinantes, etcétera, ¿cómo actuó el enemigo? No hay necesidad de extenderse mucho en este punto porque la acción del enemigo fue tan contundente y tan certera (hablo tan solo de lo que se refiere al desmontamiento de la insurrección tan espontaneísticamente, tan empíricamente planteada por el Partido y no a la gran masacre posterior, horrible y burdo crimen sin duda desproporcionado desde todo punto de vista) que no hay lugar a buscarle vericuetos accesorios. El enemigo de clase dirigió su acción desde el inicio a lo más importante, es decir, a lo verdaderamente valedero desde el punto de vista político-militar. En una operación escalonada que revela un punto de vista ade-

cuado a la lógica del opresor, sobre la base de una información exhaustiva, la fuerza militar de la oligarquía y el imperialismo, el Ejército que en esos momentos jefaba el general Maximiliano H. Martínez, procedió a: I) destruir el mando político nacional de la insurrección (mediante la captura y el posterior asesinato de sus miembros); II) destruir físicamente el núcleo de la fuerza militar con que los comunistas contaban en el interior del Ejército burgués, o sea, el núcleo formado por los soldados y los oficiales comunistas o influenciados por los comunistas que debía haberse convertido en la avanzada militar de la insurrección en el seno del Comité Militar Revolucionario en proyecto. Los soldados de los distintos cuarteles que estaban involucrados en la conspiración fueron identificados, bien por delación, bien por haber evidenciado prematuramente sus propósitos, y fueron aniquilados con firmeza criminal. Las tropas que se suponía podían reaccionar aún positivamente a la influencia comunista fueron trasladadas al oriente del país, de donde fueron traídas *tropas no contaminadas por la propaganda* para hacerse cargo de las primeras tareas de la represión. En el transcurso de esos traslados algunas unidades sospechosas fueron asimismo aniquiladas por medio de emboscadas. Por otra parte, los «asaltos» a los cuarteles de la capital, como ya lo apuntamos, no fueron tales, apenas tanteos sumamente débiles, intentonas de pequeños grupos rechazados con dos o tres pases de ametralladora: al parecer se dependía demasiado del alzamiento exitoso de los oficiales y los soldados revolucionarios. III) Lanzar una fuerte columna punitiva contra las zonas insurrectas y las poblaciones que habían caído en poder de los comunistas. En ningún lugar se llegó a producir un choque frontal y prolongado entre las fuerzas fundamentales de ambos bandos. Los comunistas se retiraron de las posiciones tomadas (pueblos y ciudades) ante la llegada o el anuncio de la llegada de la columna punitiva, salvo algunas excepciones en el departamento de Ahuachapán, donde

se entablaron combates esporádicas y la retirada fue organizada con algunos elementos de resistencia activa. Se puede decir que en esos momentos y desde el punto de vista militar, que era el decisivo en tales circunstancias, el Gobierno de Martínez dominaba en absoluto la situación en todo el país al grado de que pudo rechazar (y se dio el lujo de rechazar, podría decirse) el ofrecimiento de ayuda militar de las fuerzas inglesas y norteamericanas que llegaron en sus respectivas unidades navales a puertos salvadoreños y se disponían a intervenir en la matanza contra el pueblo bajo el tristemente célebre pretexto de «proteger a sus connacionales residentes en El Salvador». La intervención extranjera directa se produjo de todas maneras, ya que las unidades yanquis e inglesas (en barcos canadienses estas últimas) permanecieron a la expectativa en aguas territoriales salvadoreñas y sus oficiales desembarcaron para comprobar que el empleo de los infantes de marina no era en realidad necesario. Todo el mundo conoce el telegrama usado por el presidente Martínez para disuadir a los marinos yanquis e ingleses de efectuar el desembarco masivo: en él se transcribía una parte del jefe de operaciones punitivas, general Calderón, dando cuenta de los miles de «comunistas» que llevaba liquidados hasta ese momento. El dato de ese crimen y el control por el terror que el mismo implicaba fue, según los ideólogos de la oligarquía, el gran argumento que impidió que un desembarco extranjero «pisoteara la soberanía nacional». IV) Asesinar masivamente a la población en las zonas insurrectas, asesinar selectivamente a los militares revolucionarios, activistas sindicales y simples personas progresistas en todo el país. Estas medidas bárbaras, que causaron más de 30 000 muertos al pueblo salvadoreño, la mayor parte de los cuales cayeron durante el mes de enero de 1932 y los restantes a lo largo de la sistemática matanza que «al por menor» continuó prácticamente durante todo el Gobierno de Martínez (que duró trece largos años), estaban destinadas a destruir hasta y desde la

raíz todas las posibilidades de labor revolucionaria entre las masas. Con ellas se lograba destruir el aparato del Partido, del movimiento obrero, etcétera, y se diezmaba a la masa. No se trataba de medidas militares destinadas a terminar con la insurrección, que ya había sido liquidada, sino de un crimen político masivo, de un genocidio perfectamente calculado por el Gobierno de la oligarquía antinacional con una perspectiva futura: se trataba de evitar que en muchos años pudiera resurgir una actividad revolucionaria como la que en 1930-1932 había puesto seriamente en peligro, a pesar de todos los errores de la organización dirigente, la estabilidad del poder explotador en El Salvador. Hay que aceptar que la infame medida logró sus objetivos pues aún en la actualidad las fuerzas revolucionaras salvadoreñas resienten los efectos (políticos, organizativos, ideológicos, etcétera) de aquel salvaje golpe.

Sobre todos estos problemas (y sobre muchos otros relacionados con ellos que no hemos enfocado aquí específicamente, por ejemplo: los cambios introducidos por el enemigo en su aparato represivo a partir de 1932, que hemos tocado muy lateralmente; la ideología del fascismo en la historia salvadoreña; las organizaciones de la lumpemburguesía: desde las «guardias cívicas» de 1932 hasta ORDEN y las organizaciones paramilitares terroristas en formación, etcétera, etcétera) habrá de sustanciarse aún una muy profunda discusión entre los revolucionarios salvadoreños. Si esta discusión se logra procesar bien atendiendo al fondo de las cuestiones y buscando no simples triunfos polémicos sino soluciones, vías nuevas, estímulos para la lucha revolucionaria actual, todos estos esfuerzos elaborativos habrían cumplido con creces sus objetivos, que no son, por cierto, ni mucho menos, los de sentar «últimas palabras».

Como creemos que se hace evidente nos hemos limitado aquí, en resumen, a bordear dos problemas centrales de nuestra historia revolucionaria: el problema del partido marxista-leninista sal-

vadoreño y el problema de la lucha armada y sus formas entre nosotros a partir de la experiencia de 1932. Ambos problemas se levantan en relación con el problema central de nuestro pueblo en la actualidad: el problema de la toma del poder político y de la creación de las condiciones para la realización de la revolución antiimperialista y en desarrollo hacia el socialismo.

El tiempo no ha transcurrido en vano desde 1932. El pueblo salvadoreño ha acumulado en los últimos cuarenta años —con derrotas y sufrimientos enormes— valiosas experiencias que serán recogidas en toda solución correcta de los grandes problemas apuntados en estas páginas. A ese fin deberán estar dirigidos los esfuerzos de los diversos núcleos y organizaciones marxistas-leninistas que hoy están desarrollándose, naciendo, reorganizándose en el seno del pueblo. La actual situación internacional, marcada por la derrota yanqui ante el pueblo vietnamita, el fortalecimiento de las posiciones mundiales del campo socialista y de los pueblos que luchan y triunfan en la lucha nacional-liberadora, el avance del proceso latinoamericano iniciado con la Revolución cubana, que sigue siendo su faro y su ejemplo, las situaciones abiertas en Chile, Perú y Panamá, el mantenimiento de la lucha armada popular en la ofensiva o la resistencia en diversos países del continente, contribuyen de manera decisiva en su conjunto para que un país pequeño como El Salvador encuentre cada día mejores condiciones para llevar a buen término su proceso revolucionario nacional (que en nuestro caso está ligado indisolublemente con el proceso revolucionario centroamericano), sustanciado principalmente por la vía armada. En este proceso, marchando con espíritu unitario y fuera de todo sectarismo —pero sin renunciar a la crítica y autocrítica vivificadoras—, las fuerzas revolucionarias salvadoreñas que reivindican los principios marxistas-leninistas se enfrentan a la tarea de solucionar el problema organizativo to-

mando en cuenta las lecciones concretas de nuestra propia historia y la experiencia internacional.

Una nueva visión de la estructura de nuestra formación social, un conocimiento exhaustivo de la experiencia organizativa del Partido Comunista de El Salvador (que es la más prolongada que se ha dado en el país), la explicación definitiva de los acontecimientos de 1932 a nivel de masas populares, el énfasis de la categoría marxista de lo político-militar para enfrentar las tareas organizativas, teórico-ideológicas, etcétera, de la revolución que hoy nos planteamos, son elementos básicos para la lucha concreta del pueblo salvadoreño, aunque no sean los únicos. En todo caso tales elementos son indispensables como armas para aquellos hombres y aquellas organizaciones de nuestro país que, llegado el momento, harán el nuevo llamado a las armas, armas de todo tipo, para usarlas contra un enemigo implacable que también usará todas las suyas.²

La Habana, 1972



**HEGEMONÍA Y CULTURA EN TIEMPOS
DE CONTRAINSURGENCIA <<SOFT>>**

Néstor Kohan

¿Y si se hacen públicas las fotos de torturas en Guantánamo y Abu Ghraib? La «democracia republicana» y su liberalismo solo «interrogan de manera fuerte». ¿Y si se descubre el dinero sucio de la inteligencia norteamericana en ONGs, blogs y sitios webs? ¡Negar todo! ¡Son iniciativas de «la sociedad civil»! ¿Se puede entonces resistir? Sí, se puede. Baraguá. Moncada. Girón. Goliat no es invencible.

120 páginas, 2021, ISBN 978-1-922501-29-5

Notas

El Salvador, el istmo y la revolución

1. En el ensayo «Partido Revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador» que se incluye en este volumen se intenta hacer un análisis de algunos problemas fundamentales, teóricos y prácticos, que plantean los hechos conocidos de la insurrección de 1932.
2. Algunos meses después de publicada una versión de este material en la revista *Tricontinental*, apareció en el diario habanero *Juventud Rebelde* una nota nuestra, «El Che entre Vietnam y América Latina», en que se ratifican algunos conceptos centrales sobre el papel histórico del Guerrillero Heroico. La nota parte de la concentración en honor de Vietnam y de Tran Buu Kiem, que se celebró en la Plaza de la Revolución el 3 de junio de 1970 y es la siguiente:

«El Comandante Ernesto Guevara, por todas las circunstancias tan conocidas de su vida y de su muerte, es para América Latina, para los revolucionarios latinoamericanos, una concentración de experiencia histórica sin precedentes a nivel individual. Precisamente en estos días, dos materiales emitidos desde Cuba nos han llamado intensamente a la puerta para recordarnos que ese conjunto de experiencia que es la vida y la obra del Che y que esa forma tan concentrada con que tal experiencia nos llega, plantean el problema de su evaluación como una tarea abierta, como una tarea que aún comienza pero de cuya perentoriedad no cabe dudar, para beneficio de las filas revolucionarias. Nos referimos a los discursos de los compañeros Fidel Castro y Tran Buu Kiem en la concentración de apoyo a la lucha de Vietnam llevada a cabo el pasado 3 de junio en La Habana.

»El discurso de Fidel, resumen de uno de los actos políticos más emotivos y justicieros de los últimos tiempos, fue, además de la expresión del máximo responsable de la dirección revolucionaria de Cuba, del estadista y dirigente partidario, *la intervención del latinoamericano a quien los camaradas del FNL han dado la palabra para exponer a nuestros pueblos la verdad vietnamita*. En ese discurso Fidel nos recuerda y nos confirma que el Che murió en nombre de una concepción estratégica profunda y global, en nombre de la única perspectiva que deja en manos del proletariado mundial de los pueblos explotados del mundo, el problema de *su* revolución y que hoy se encarna, para admiración de todos los revolucionarios, en la lucha victoriosa del pueblo vietnamita. Creemos que siempre ha habido varias maneras de plantearse una estrategia revolucionaria, pero la única forma revolucionaria de plantearse una estrategia es aceptando sus estancias tácticas, instrumentándolas en el ejercicio ni más ni menos que en el nivel planteado por la encrucijada histórica.

»La comprensión de la dialéctica viva de la historia latinoamericana impuso al Che la grandeza de asumir el enfrentamiento de su gran tarea estratégica desde sus niveles más elementales: sabía que el estado actual de la correlación de fuerzas entre nuestros pueblos y el imperialismo nos es desfavorable todavía (lo del tiburón y las sardinas no es simplemente la frase feliz de un sinvergüenza, por el contrario, obliga a las sardinas a usar tácticas de sardinas, aunque tengan la perspectiva cierta y final, en el mar de la historia, de acabar con el tiburón), sabía que nuestra historia política contemporánea está marcada por la debilidad, la inexistencia o la declinación de las vanguardias revolucionarias concretas y que es necesario formar estas vanguardias para llevar a las grandes masas populares al nivel revolucionario adecuado para los golpes decisivos. Ni Ho Chi Minh, ni Kim Il Sung iniciando la lucha guerrillera desde la Manchuria, ni los integrantes del primer grupo de propaganda armada vietnamita comandado por el general Giap, ni Fidel Castro desembarcando en Cuba para hacer la guerra, ni el Che en Bolivia, entendieron la estrategia como una perenne manera de eludir la táctica, ni eludieron tampoco hacer de la estrategia y la táctica una unidad dialéctica con nombre y apellidos, es decir, una unidad revolucionaria, una unidad de pensamiento y acción *político-militares*, consecuente con los resultados del análisis de las fuerzas y las estructuras sociales actuantes en Asia y en América Latina en su momento. De ahí que cuando Fidel y Tran Buu Kiem coincidieron en unir el nombre y el recuerdo del Che a la lucha del pueblo vietnamita, profundizaron en una lección efectivamente impecable, cuyo sentido cobra una dimensión práctica e inmediata si recordamos que el acto del 3 de junio fue dirigido a la opinión pública internacional “especialmente –según dijo Fidel– a América Latina”.

»El Che: históricamente un hombre entre Latinoamérica y Vietnam. El Che: un gran precursor latinoamericano de ese camino revolucionario

inevitable: el camino de Vietnam y de Cuba, el camino de la lucha armada popular, revolucionaria, antiimperialista».

Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador

1. A lo largo de este trabajo se harán repetidas referencias al testimonio del compañero Miguel Mármol (*Miguel Mármol: testimonio biográfico-político*, de R. Dalton, Editorial EDUCA, San José de Costa Rica, 1972, N. del A.). [Véase nuestra edición de este volumen: Roque Dalton: *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, Editorial Ocean Sur, México, 2007. N. del E.]. La revista cubana *Pensamiento Crítico* publicó en su número 48, enero 1971, varios capítulos de dicho libro. Miguel Mármol es uno de los fundadores del Partido Comunista de El Salvador. Participante en el levantamiento popular de 1932, fue fusilado en el inicio de la gran masacre que cobraría 30 000 víctimas, aunque logró sobrevivir milagrosamente. En el momento en que escribió este ensayo era miembro del CC del PCES. Su testimonio vital, que es un trozo de la historia del movimiento obrero y comunista de El Salvador y Centroamérica, ha sido prohibido por el actual Gobierno salvadoreño. Con todo y su importancia, el testimonio de Mármol no es sino uno de muy diversos documentos, entrevistas, análisis de interpretación, que nos han servido de base para la confección de este trabajo.
2. Una bibliografía mínima sobre los hechos de 1932 y los problemas concretos relacionados con ellos no podría excluir los siguientes títulos que son los que nos han servido de base para la elaboración del presente trabajo:
 - Arias Gómez, Jorge: *Farabundo Martí* (biografía), EDUCA, San José de Costa Rica, 1932. [Véase nuestra edición: *Farabundo Martí. La biografía clásica*, Ocean Sur, México, 2010].
 - Calderón, José Tomás: *Breve reseña histórica del comunismo en El Salvador*, San Salvador, 1932.
 - Dalton, Roque: *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, EDUCA, San José Costa Rica, 1972. (El material presente iba a ser incluido como epílogo de este testimonio nuestro, pero no pudo ser terminado a tiempo y el texto de Mármol apareció en la edición costarricense acompañado de una simple introducción nuestra, N. del A.). [Véase la edición *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, Editorial Ocean Sur, México, 2007. N. del E.].

- Gualán, Alberto: «Años de lucha heroica. El 35 aniversario de la fundación del PC de El Salvador», en *Revista Internacional*, Praga, 1965.
- Luna, David: «Un heroico y trágico suceso de nuestra historia», ponencia presentada en el Seminario de Historia Centroamericana, Universidad de El Salvador, 1962. La ponencia y la discusión posterior fueron publicadas por la Editorial Universitaria, San Salvador, 1963.
- Méndez, Joaquín: *Los sucesos comunistas de El Salvador*, San Salvador, 1932.
- Ponce, León: *Una época negra de nuestra historia (1932-1944)*, art. mimeog., sin fecha, escrito entre 1966 y 1967.
- Schlésinger: *Guatemala en peligro: la revolución comunista en El Salvador*, Guatemala, 1946.



ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

EL SALVADOR EN LA REVOLUCIÓN CENTROAMERICANA

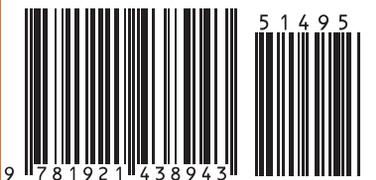
Hay preguntas que, al decir de Roque Dalton, desencadenan un alud de respuestas y a su vez abren el camino para otras preguntas más complejas. Esa es la intención de este libro —segundo volumen del ensayo *Imperialismo y revolución en Centroamérica*—, que potencia un acercamiento crítico a la insurrección salvadoreña de 1932 y a la desintegración del Partido Comunista de El Salvador provocada por la represión gubernamental.

Roque rescata la experiencia de lucha popular de su país, aunque reprocha los lastres ideológicos y organizativos que atentaron contra la cohesión del movimiento comunista, y alerta a la izquierda salvadoreña de los peligros externos e internos que amenazaban sus objetivos, cuando el camino armado se perfilaba como única vía posible para alcanzar la liberación nacional.

Roque Dalton (El Salvador, 1935-1975) es, sin duda, uno de los intelectuales y revolucionarios más interesantes y audaces del siglo XX en América Latina. Aunque ha sido más conocido por su poesía, sus títulos abarcan todos los géneros literarios, e incluyen: *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); *¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros.

US\$14.95

ISBN 978-1-921438-94-3



9 781921 438943



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au